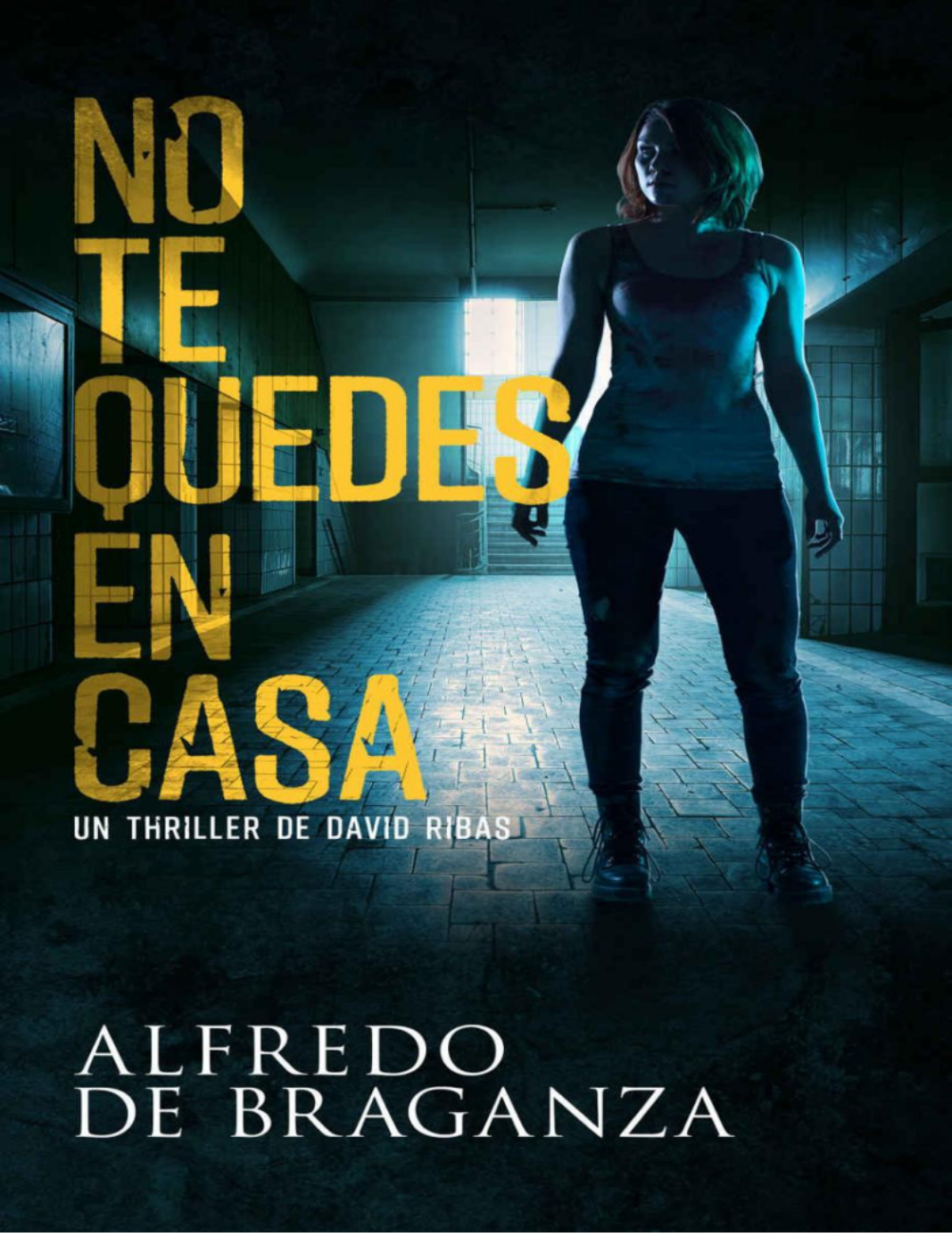
NO TE QUEDES EN CASA
UN THRILLER DE DAVID RIBAS
ALFREDO DE BRAGANZA

NO TE QUEDES EN CASA

ALFREDO DE BRAGANZA

No te quedes en casa
Copyright © 2022 Alfredo de Braganza
Edición: Kassfinol
Todos los derechos reservados.
Portada: Shutterstock

Este libro digital está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Web del Autor:
https://alfredodebraganza.com/
Redes sociales del autor:
Amazon
Instagram
Facebook
Twitter
Goodreads

Suscríbete a mi lista de correo https://alfredodebraganza.com/ para mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones.

CONTENIDO

NOTA
PREFACIO
PRIMERA PARTE: EL CIRUJANO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
SEGUNDA PARTE: CRÍMENES Y CASTIGOS
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
TERCERA PARTE: EL ASESINATO DE SONALI
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
CUARTA PARTE: UN FINAL INESPERADO
37
38
39
40
41
42
43

NO TE QUEDES

A Ariam y Dino
A Eliyahu y Khuri

«*Homo homini lupus* (El hombre es un lobo para el hombre)».
Thomas Hobbes, *El Leviatán*

NOTA

En la India como ciudadano tienes tus derechos, pero en ciertos lugares y ocasiones, a menos que seas una persona muy rica, tengas una familia con mucho poder e influencia o seas familiar de un político, estás totalmente desprotegido.

Las mujeres indias sufren continuamente discriminaciones y sus libertades son vulneradas a diario. Prácticas como la dote, los infanticidios, las violaciones y la prostitución son habituales en la India. Los cambios inducidos por las luchas feministas siguen siendo muy débiles en el plano económico y social, por el bloqueo jurídico y el peso de las tradiciones religiosas.

Esta novela es una historia de ficción. Sin embargo, algunos hechos están basados en sucesos que han pasado y desgraciadamente siguen sucediendo a día de hoy. Se cometen secuestros a personas vulnerables, a las que sedan y luego se despiertan con un inmenso dolor en el abdomen y un riñón menos. En otras ocasiones se deshacen del cuerpo mutilado. Muchas de las víctimas son jóvenes adolescentes.

La falta de una organización de bancos de órganos que pudiese conectar a los hospitales para sus donaciones y coordinar los trasplantes hace que la India se convierta en un gran bazar para redes de tráfico de órganos, donde están implicados desde las fuerzas del orden hasta médicos, enfermeras, paramédicos e incluso hospitales privados.

La ciudadanía sufre a manos de las instituciones que supuestamente están para protegerlos, y en vez de eso, muchas veces están implicadas en los crímenes. Y en otras ocasiones los medios de comunicación son cómplices, capaces de denigrar a una familia inocente difundiendo extrañas historias y alimentar por las redes sociales acusaciones falsas sin apenas un murmullo de disidencia.

Como dijo el padre de una víctima, personaje que aparece en esta novela, exonerado tiempo después de las acusaciones falsas que vertieron sobre él: «Creía que la India era un buen país para vivir, pero hay tanta injusticia en todos los sectores que la gente no es consciente de lo que hace y se siente impune hasta para acusarme del asesinato de mi propia hija. Ningún medio de comunicación ni ningún policía han admitido que se equivocaron».

PREFACIO

Naga Chaitanya escrutó la oscuridad. Se enderezó en el asiento de conductor del vehículo, mirando hacia afuera en la oscuridad. No había nadie. Consultó la hora. La persona que estaba esperando llegaba con retraso.

Aquello era un imprevisto. Nunca había sucedido. Siempre era puntual. ¿Y si le hubiera ocurrido algo?

Naga iba a pagar por un corazón y salir de aquella población lo antes posible. Trabajaba para una de las personas más buscadas en la India debido a sus actividades ilegales: el tráfico de órganos. Esperaba a uno de sus proveedores más importantes, un cirujano como él. Comenzó a llover. Mientras, lo invadió otra oleada de nerviosa impaciencia.

Las gruesas gotas de lluvia caían sobre el cristal. Aquello lo empeoraba. Siempre tenía la mayor precaución, pero ahora con aquel tiempo no podía vigilar lo que se moviera alrededor. ¿Y si era una trampa?

No, podía haber sido engañado. Además ¿por qué? La codicia y el dinero eran la motivación que arrastraba a personas como a la que estaba esperando a cometer crímenes. Su jefe pagaba mucho dinero por aquellos órganos que extraían de personas anónimas en el interior de la India.

Naga quiso secuestrar a una joven habitante de una de las muchas chabolas de Bombay y extraer él mismo el corazón. Su jefe se negó. Aprovechando las fuertes lluvias habían secuestrado y hecho desaparecer a muchas chicas en un periodo corto de tiempo. Por eso decidieron contactar con un cirujano de las afueras de la ciudad al que acudían en situaciones como estas.

Una figura se acercó corriendo. Naga bajó la ventanilla. Las gotas de lluvia penetraron en el coche. Era su contacto. Estaba empapado de agua. Llevaba consigo un grueso maletín. Las cerraduras de metal brillaban. En el interior estaría guardado como era debido, el órgano.

—Creo que me siguen —dijo nervioso al aproximarse.

—Tranquilo, hombre. Deben de ser los nervios.

—Dame el dinero o me voy —ordenó con voz amenazadora.

—Toma, hombre, toma —contestó Naga con voz ahogada, tendiéndole un abultado sobre—. Siempre te hemos pagado en el momento, ¿a qué viene ahora esta desconfianza?

El hombre se guardó el sobre en el interior de su ropa.

—La policía está en alerta por el elevado número de desapariciones

—respondió. Abrió la puerta trasera y dejó el maletín bajo el asiento de pasajeros—. Dile a tu jefe que deje pasar un tiempo. Os habéis excedido y esto ha causado que estén detrás de nosotros.

Justo cuando cerraba la puerta un relámpago iluminó la zona de alrededor. Un grupo de hombres en uniforme se aproximaban.

—¡Largo! —gritó Naga.

Arrancó, dio un volantazo, cambió de marcha y pisó el acelerador a fondo. Por el espejo retrovisor vio *jeeps* de la policía. Giró de nuevo con violencia el volante y pisó con energía el acelerador. Sonidos de disparos. Echó la vista hacia atrás y vio al hombre que le había entregado la mercancía siendo inmovilizado en el suelo. Desapareció a toda velocidad en la oscuridad.

Su jefe estaba muy enfadado. Se llamaba Manzoor Khan. Llevaba puesto un gorro de encaje blanco propio de un *hajji* —nombre que reciben los que ha hecho peregrinaje a la Meca— y vestía con un largo camisón marrón que llegaba hasta los tobillos. Tenía la frente descolorida por el moratón circular y oscuro que algunos musulmanes adquieren de tanto tocarse la frente con una piedra en el curso de sus devociones.

Sobre una mesa estaba el grueso maletín metálico. Naga destilaba sudor y estaba ensangrentado de la nariz a la barriga por un golpe en el volante al cruzar un bache durante su huida.

—Debiste cambiar la matrícula.

Naga abrió los ojos como platos, respiraba entre dientes con dificultad.

—¿Cómo iba a saber…?

No acabó de hablar. Manzoor le abofeteó.

—Vete. Huye de la India. La policía ya sabrá de ti. Conocerá tu descripción. Ahora mismo representas un peligro para mi organización. Si dan contigo podrán hacerme daño. Tú no querrás eso, ¿verdad?

—Pero… —musitó Naga. Intentaba recobrar el aliento—. ¿Dónde voy a ir? El aeropuerto de Bombay estará vigilado.

—Te irás a Europa. Desde allí operarás a través de nuestra red internacional.

—Puedo quedarme. Tú sabes que yo nunca mencionaría tu nombre.

—Irán a por ti. Y yo no doy nada por seguro —replicó Manzoor con tranquilidad.

Un hombre con bata de médico entró en la habitación. Manzoor le señaló el maletín. El hombre lo abrió e inspeccionó el interior. Lo volvió a cerrar.

—Perfecto —sentenció.

—Pues ya sabes dónde tienes que guardarlo, doctor. —Cuando el hombre se marchó, Manzoor se dirigió a Naga—. Vamos a dejar pasar un tiempo. Hasta el próximo monzón.

—¿Un año?

—Este negocio es muy lucrativo si sabemos cómo llevarlo. Para eso se necesita tiempo, paciencia y… productos de calidad.

—Yo mismo he extraído órganos en buen estado. Y nuestros proveedores nos lo garantizan —murmuró Naga.

Manzoor tomó asiento, se observó las manos. Un silencio espesó el ambiente. Con las piernas cruzadas, balanceándose despacio en su sitio, parecía reflexionar su decisión.

—No es así siempre. Recibí ciertas quejas de nuestro cliente de Tailandia sobre los últimos hígados. Por eso, esta situación se nos ha presentado en el mejor momento. Te irás a un país donde seguirás operando. Aquí trabajaré con otro cirujano. Tengo a Chandru, por ejemplo.

—Ese médico es un imprudente, un loco.

Manzoor soltó una carcajada. Se rascó sus pobladas cejas con el pulgar y el índice.

—Tenéis algo en común los dos: el sadismo —dijo con voz queda y apretó los dientes—. Os conozco y por eso trabajáis para mí. Todos hemos sufrido en mayor o menor medida en nuestro pasado. Es una especie de ira que habita dentro de nosotros. Tú y gente como Chandru os rebeláis contra ese resentimiento, contra la injusticia de vuestra triste suerte.

—*Ah-chah, ah-chah* —murmuró, utilizando la palabra repetitiva en hindi que significa «bueno» y que se traduce también como «bien, bien»—. Pero yo me controlo las emociones. Soy precavido.

Manzoor sacudió la cabeza en señal de asentimiento y le miró bajo su poblada cornisa de cejas negras. Se levantó.

—Por eso he tomado una decisión. Aquí te sustituirá Chandru. Paralelamente, contigo en el extranjero podremos vender a terceras personas en Europa y países árabes. Nada de órganos indios. Tú te ocuparás de personas blancas, sanas.

—Pero ¿dónde iré? —preguntó temeroso.

Manzoor se acercó a él, le tocó el hombro y puso su cara más seria antes de contestar.

PRIMERA PARTE
EL CIRUJANO

1

En Madrid todo parecía que fuera un día de lo más habitual para Carmen, una joven estudiante de la ESO de dieciséis años. Se había levantado a las seis y cuarenta y cinco de la mañana y había salido con tiempo suficiente de casa para coger el autobús público.

Un grupo de jóvenes entraron en la siguiente parada. Vestimenta que proclamaba a gritos que estaban a la moda. Pesada cartera llena de libros y libretas a la espalda. Críos confusos por un sistema académico al que no podían seguir el ritmo y no comprendían, instaurado por unos políticos que en verdad a esos estudiantes les importaban más bien poco o nada sus futuros.

Aquel día tenía tiempo de sobra. La profesora de Matemáticas había anunciado el día anterior que no asistiría a primera hora. Por este motivo Carmen había quedado con un grupo de compañeras a tomar una tostada de aceite con tomate y zumo de naranja en una popular cafetería concurrida por los jóvenes estudiantes.

Se bajó del autobús. Decidió ir antes al cercano supermercado Consum para comprar un botellín de agua. Era mucha la diferencia de precio en comparación a cómo cobraban en la cantina del instituto o en la máquina dispensadora.

Cruzó el *parking* con los auriculares puestos y canturreando ensimismada. No lo vio venir. Tampoco tuvo tiempo de reaccionar. Alguien se aproximó por detrás, rápidamente le puso en la nariz un pañuelo empapado con una sustancia que la hizo perder el conocimiento casi de inmediato y, acto seguido, la empujó al interior de un vehículo.

Carmen abrió los ojos. Estaba todo oscuro. El aire era pegajoso ¿Dónde estaba? Intentó respirar hondo. Un aire caliente la oprimía. ¿Estaba sumida en un sueño? Intentó hablar, pero tenía tapada la boca. «¿Qué está pasando?». Cerró los ojos. Igual se levantaría al cabo de un momento. Dormitó hasta que una voz la despertó en la negrura. Más que voces parecían cantos.

Conforme alguien pronunciaba unos mantras en sanscrito, su miedo iba en aumento. Intentó moverse, pero tenía todo el cuerpo paralizado. Estaba desnuda. Eso sí que lo sabía, porque notaba el aire sobre la piel. Algo le constreñía los tobillos, las piernas, las muñecas, la frente. «¿Habré tenido un accidente?». Además, no sentía nada. No podía cerrar la mano ni mover un pie. Era como si tuviera la cabeza

cortada, desprendida del cuerpo.

Alrededor percibía un olor a antiséptico que asoció al centro de salud donde recientemente le habían puesto una vacuna. «Debo de estar en un hospital. Qué raro. No recuerdo haber tenido ningún accidente».

Un haz de luz la cegó por un instante. Oyó el roce de unos zapatos. Una figura se acercó. Lo vio. Era un hombre con rasgos morenos. Sostenía una lámpara con una pequeña vela. Seguía pronunciando una extraña lengua al tiempo que movía al aire un extraño candelabro.

Los ojos de Carmen se llenaron de lágrimas. «Mamá, papá, ayudadme. Quiero salir de aquí».

—*Om Namah Shivaya*. *Om Namah Shivaya* —repitió el hombre alargando las palabras. Detuvo la lámpara frente al campo visual de Carmen y con un extraño acento dijo—: Son salutaciones al Señor Shiva. Significa: Me inclino ante el Ser interior. Tranquila. Todo acabará pronto. Sé lo que pasa por tu cabeza. No eres la primera ni tampoco la última. —Y repitió de nuevo las palabras en aquella extraña lengua a la vez que reanudaba los movimientos circulares de la vela—: *Om Namah Shivaya*. *Om Namah Shivaya.*

De repente todo se iluminó.

Carmen vio las lámparas. «Son como las del dentista». Aquel hombre se situó a su lado. Iba vestido como un cirujano. Le puso una mano sobre la frente. La sintió insoportablemente fría, como cuando te ponen un hielo sobre la piel durante un tiempo. El corazón le dio un vuelco. «¿Qué va a hacer?, ¿me van a operar?». Oyó el inconfundible tintineo de instrumentos metálicos.

—Comprendo tu inquietud —dijo el hombre—. Te voy a sacar una serie de órganos de tu cuerpo. No sentirás dolor porque todo tu cuerpo está dormido.

La joven no pudo controlar el miedo. Aquel hombre sostenía un escalpelo. La mente de Carmen comenzó a nublarse. Se fue apagando hasta hundirse en la más completa oscuridad.

2

Laura García no escuchó los golpes en la puerta. Estaba sumida en un profundo sueño. Un instante después la llamaban por su nombre a escasos metros de distancia. «Laura, Laura, despierta». Abrió los ojos en la oscuridad y fijó la vista en la figura de un hombre en su habitación, junto a la puerta. Su instinto de supervivencia se activó. Agarró con tal rapidez la pistola que tenía guardada en el cajón de la mesita de noche que el hombre encendió el interruptor al tiempo que se tiraba al suelo.

—¡Soy Tom, no dispares! —gritó.

—¡Cabrón! ¡Qué susto!

Laura se aproximó aún con la pistola en la mano. Iba vestida únicamente con una camisa blanca de manga corta y ropa interior. Tom se levantó del suelo.

—Te he estado llamando al móvil. Lo tenías desconectado —dijo dando una rápida explicación del porqué había entrado en la vivienda.

—Anoche no pude dormir y me tomé un somnífero que me ha dejado KO. ¿Qué sucede?

—Otro cuerpo mutilado.

Tras las recientes noticias de cadáveres mutilados en la Comunidad de Madrid, desde el Cervantes lanzaron una serie de drones con sensores especiales para barrer las zonas descampadas de la ciudad y detectar cuerpos humanos. Estos drones podían lanzar desde el aire sensores inalámbricos en forma de dardo hacia objetos o cuerpos tendidos en el suelo que detectaran como sospechosos. Desde otro lugar el operario en su ordenador analizaba la información.

Laura suspiró. Miró la hora en el reloj digital del móvil: eran las tres de la madrugada. Dejó la pistola sobre la cama. Dándose la vuelta se quitó la camiseta, dejando a la vista su atlética espalda desnuda y se metió en el baño.

—¿Dónde? —preguntó desde el interior de la ducha.

—En un descampado cerca de Alcobendas —contestó Tom alzando la voz y, asomando la cabeza, vio la figura desnuda de su jefa a través del cristal de la mampara.

—Haz café rápido —ordenó ella.

Los labios de Tom se curvaron como si quisiera reprimir una sonrisa.

—Lo tiene Fabián abajo.

—Hazme una tostada.

Él continuaba ensimismado viendo su figura a través del cristal

lleno de vapor. Su cuerpo era musculado y curvilíneo a la vez, parecía brillar débilmente bajo la luz de los apliques.

—Abajo tengo para ti dos tortitas de arroz con crema de cacahuete dentro de un táper.

Laura sacó la cabeza por la mampara de la ducha.

—Veo que las técnicas de manipulación aprendidas en tu curso por correspondencia van dando resultados. Pero conmigo no funcionan. Acércame la tolla y sal de mi habitación inmediatamente.

Había sangre en el suelo.

Laura abrió los ojos. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Presentía lo que iba a ver. Se puso los guantes de látex. Se inclinó y observó el cuerpo. Era una chica joven.

—Oh, no. Otra vez —dijo en voz alta.

La ropa estaba muy ensangrentada. Pantalones vaqueros, rotos a la altura de las rodillas, camiseta de manga corta. La parte superior del cuerpo yacía extrañamente arqueada. Por un instante pensó que aún seguía viva.

—¿Me oyes?

Ninguna reacción. Se quitó un guante y le tomó el pulso. Nada. Giró el cuerpo. Tuvo que armarse de coraje para mirar con claridad el rostro a través de la luz de la pequeña linterna. Se le ahogó la garganta y se le encogió el estómago. Lo tenía destrozado. Los ojos estaban hinchados y la nariz machacada. La mandíbula parecía estar hundida. Presentaba un singular corte en la tráquea.

Tom corrió a su lado.

—Mierda —gruñó contemplando con horror el cuerpo de lo que había sido una hermosa joven. Se arrodilló y le tomó el pulso. Luego abrió lentamente la camisa ensangrentada y vio un corte profundo a la altura del corazón y en los riñones. Se volvió a Laura con los ojos preñados de tristeza y meneó la cabeza—. Mismo método.

Laura quedó absorta en sus pensamientos un instante. Estaba tan angustiada que una vena le latía en la sien y la piel de su rostro se le veía tirante.

—Una auténtica salvajada —murmuró para sí misma—. Una auténtica salvajada.

Sopesaron dejar el cuerpo como lo habían encontrado, pero lo dejaron tumbado como estaba. Al volver a la furgoneta ella informó a Varun Grover, quien, desde la sala de operaciones del Cervantes, hizo una llamada anónima a la policía dando el aviso del asesinato y el lugar exacto del cuerpo.

El suceso transcendería a los medios de comunicación y abriría un debate entre tertulianos durante días. Los políticos se echarían la

culpa unos a otros sobre la inseguridad de las mujeres y la violencia machista, y luego la noticia dejaría de serlo, reemplazada por otras.

Una muerte significaba poco.

El mundo era muy grande como para centrarse mucho tiempo en una sola persona. Mañana tocaba hablar de un nuevo virus llamado «la cepa sudafricana». Otro día sería «la cepa india». Otro día «la cepa brasileña».

Días después, en una localidad del sur de España, un lobo solitario del Estado Islámico atropellaría a grito de «¡*Allahu akbar*!» a mucha gente sentada en la terraza de un concurrido restaurante. Pero en este caso los medios de comunicación afines al poder político no sacaron a la luz el suceso. No querían que la sociedad supiera el origen del terrorista, ya que según ellos pudiera avivar la islamofobia.

Una muerte significaba poco.

3

En un suburbio de Bombay, ante las recientes desapariciones de jóvenes, ciertas personas estaban en alerta por cualquier extraño que pudieran ver merodeando por las calles cercanas a colegios y en las zonas de chabolas.

Se había hecho viral por las redes sociales el *hashtag* #NoTeQuedesEnCasa. Con esta medida pretendían concienciar a los más jóvenes a ser precavidos y evitar estar solos en sus hogares. Recomendaban a las chicas volver del colegio a casa en grupo o acompañadas por un familiar. Pero estar en alerta siempre.

No era un tema aislado. No era un tema nuevo.

Las desapariciones y los secuestros eran muy frecuentes en la India. El mayor número de casos siempre se producía durante las catástrofes naturales. En aquellos días de época de monzón ya se habían levantado las alarmas sobre la desaparición de niñas y adolescentes de entre los seis y catorce años.

Aunque la población en el suburbio era muy numerosa, raro era que no se conocieran o se hubieran visto al menos una vez. Sin embargo, estaban ojo avizor por si apareciera cualquier persona desconocida.

Los confidentes de Hassena, la jefa del crimen organizado, tenían las profesiones más variopintas: planchadores cuyos puestos estaban en las principales esquinas, carteros, repartidores de leche a domicilio, masajistas, limpiadores y reparadores de calzado. A fin de cuentas, Bombay era considerada como una ciudad polimorfa, con una incesante variedad de lenguas, etnias y profesiones de lo más curiosas.

Hasta encantadores de serpientes y curanderos callejeros obtenían información privilegiada para Hassena. También los vendedores callejeros, los agitadores de incienso, los limpiadores de oídos, los porteadores de té y de comida, los floristas, los porteadores de bombonas de gas y de bidones de agua, los domadores de monos, los mendigos, los autoflageladores, los comefuegos, los acólitos de los templos, los cuidadores de osos y muchos otros.

Los habitantes de uno de los mayores suburbios de Bombay estaban especialmente agradecidos a la jefa del crimen organizado porque entre otras muchas cosas promovía la educación de las niñas. Además de solucionar problemas familiares durante las discusiones por la dote, cuidaba de que las jóvenes se casaran bien, evitando tormentos terribles y triviales.

La lluvia había menguado a medida que avanzaba la mañana. Se

hablaba de que los días más duros de la época del monzón ya habían pasado. Ya era mediodía y había quedado disminuida a una adormecida y sofocante llovizna.

Esa mañana, sentados en la acera sobre taburetes de plástico, dos residentes del suburbio observaron a un hombre que actuaba de manera rara. Parecía caminar sin rumbo fijo. Tenía las espaldas anchas. Era grande. Un tipo peculiar, extraño. Los dos se miraron, apuraron el zumo de caña recién exprimido bajo una lona de rayas, se levantaron y tiraron los vasos a una pequeña papelera de plástico. Le siguieron manteniendo la distancia.

Al cabo de un rato el sospechoso tomó un accidentado camino de tierra que terminaba abruptamente en una vasta zona forestal. Los dos hombres le observaron desde la distancia.

—Puede que sea la persona que buscamos y tiene cadáveres escondidos dentro del bosque.

—O puede que no —dijo el otro—. Hasta que no estemos completamente seguros no informaremos a Hassena *madame*.

El otro asintió.

—Tienes razón. Puede que sea un chalado. Aun así, vamos a comprobarlo.

La siguiente parte del camino que recorrieron tenía una vegetación más profunda. Aunque se encontraban muy cerca de la zona urbana de Bombay aquello parecía una selva inexplorada.

Le seguían a pocos metros de distancia. De repente el hombre desapareció entre la frondosidad del bosque.

—¿Dónde diablos se ha metido?

El otro se giró y le indicó a su compañero que se callara y vigilara por dónde ponía los pies. No se escuchaba nada. Ambos se quedaron helados. Uno de ellos hizo la señal de volver, pero el otro levantó la mano en silencio indicándole que esperara. Pero no le hizo caso. Aquel lugar le causaba temor. Se giró en redondo y comenzó a recorrer de vuelta el camino que habían tomado. Un ruido sordo le hizo darse la vuelta de repente. No vio a su compañero. ¿Dónde se había metido? ¿Le estaba gastando una broma?

—Te da miedo el bosque, ¿verdad? —dijo una voz.

El hombre sacó una navaja automática, blandiéndola al aire.

—No sé quién eres. Pero si eres el culpable de la muerte de las niñas lo pagarás, maldito.

—Vosotros habéis comenzado el juego conmigo. Sigamos.

El hombre giró lentamente en círculo con la navaja por delante. No veía a nadie y, sin embargo, aquella voz parecía sonar a poca distancia. Se quebró una ramita y dio un salto, cayéndose al suelo. Todo alrededor era silencio excepto por el sonido de los pájaros. Se puso a gatas para levantase, pero recibió una patada en el estómago.

—¿Quién os ha mandado seguirme? —preguntó la voz misteriosa.

—Ha sido pura casualidad.

Recibió otro golpe tan intenso que le hizo cerrar los ojos y que casi le hizo perder el conocimiento.

—No hay casualidades.

—Te lo juro. No me hagas daño. Déjame ir y no se lo diré a nadie.

—Vaya… Hace un momento te mostrabas tan bravucón y ahora me pides que te deje marchar así por las buenas.

Levantó la mirada. No veía a su agresor, lo que incrementaba aún más su miedo.

—Te digo la verdad. No se lo diré a nadie.

—Claro que no. Te daré una oportunidad.

Otro golpe más fuerte le rompió la rótula.

—No me mates, por favor —imploró llorando, lleno de dolor.

—No te mataré si me dices para quién trabajas.

—Para nadie, te lo juro.

El desconocido le retorció tanto el brazo que se lo dislocó. Le mantuvo el dedo índice agarrado.

—Los huesos de los dedos se llaman falanges. Aquí tienes tres en este dedo. Te voy a ir rompiendo todos si no me dices para quien trabajas.

—Hassena *madame* —murmuró rechinando los dientes de dolor.

—¿Hassena?

—Sí, pero nadie sabe de ti, te lo juro. —Alzó la cabeza lo máximo que pudo. Solo consiguió ver el cuerpo de su agresor, pero no la cara —. Si me dejas ir no se lo contaré a nadie.

Escuchar el nombre de la temible jefa del crimen organizado llenó de enfado a aquel tipo, que se puso rojo de furia, le rompió un hueso y luego otro y otro. Todos crujieron. Su víctima chilló cada vez más fuerte. Le agarró la otra mano y le descoyuntó el dedo meñique.

Tirado en el suelo el hombre no cesaba de gritar de dolor. El desconocido recogió del suelo la navaja automática.

—No me mates —suplicó.

Sintió una mano tirándole del mentón al tiempo que otra le agarraba la lengua con rapidez. Sin poder evitarlo, el desconocido le seccionó la lengua.

—Apuesto a que ahora sí que no se lo dirás a nadie —dijo soltando una carcajada.

Después le rompió la camisa y le clavó la navaja, abriéndolo en canal. Lo descuartizó, le sacó las tripas, los pulmones y el hígado.

4

La médica forense salió en tromba por las puertas del quirófano. Mantenía la cabeza gacha para evitar que la gente que atestaba los pasillos viera sus lágrimas. Un auxiliar ataviado con uniforme verde traspuso las mismas puertas y corrió tras ella. La alcanzó y la aferró del codo. Ella se giró: tenía las venas del cuello hinchadas y los ojos rojos.

—Cálmate —dijo él.

—¿Cómo quieres que me calme? —gritó.

Varias personas, pacientes, visitantes y personal del hospital se detuvieron para observar con asombro a los dos sulfurados facultativos médicos. Una mujer alta de porte atlético se acercó muy erguida. Llevaba una chaqueta de cuero marrón y pantalones vaqueros azul oscuro. La doctora volcó su ira en la recién llegada, seguramente una visitante pidiendo una dirección de un departamento médico.

—Vaya a preguntar a la mesa de recepción.

Sin embargo, la mujer se detuvo a pocos pasos de ella, manteniéndose firme. Leyó su nombre en el identificador que le colgaba del uniforme.

—¿Doctora Remedios Llorente? Mi nombre es Ana —mintió Laura García de manera convincente—. Trabajo en un departamento especial de la policía encargada de investigar los recientes asesinatos con cuchillos a jóvenes.

La doctora suspiró. Aún le martilleaba el pulso en la sien. Todos sus músculos permanecían tensos. El auxiliar le puso una mano sobre el hombro. Ella asintió con la cabeza dando a entender que estaba bien. Luego él se dio la vuelta y se alejó para entrar de nuevo en el quirófano.

—Discúlpeme, pero es que es muy duro —dijo en voz baja, pero lo suficiente audible.

Laura asintió.

—Vayamos a un sitio más tranquilo donde podamos hablar —sugirió.

—Necesito un café.

Cruzaron un pasillo lateral hasta una zona donde había dos máquinas expendedoras de agua mineral y *snacks*, y un dispensador de café y bebidas calientes. La agitada doctora se dejó caer en un asiento. Laura fue a buscar dos cafés. Volvió y le tendió uno en un vaso de plástico. Antes de hablar, meditó sus palabras.

—Dígame, ¿qué me puede decir del cuerpo de la víctima que

pueda ayudarme en la investigación para encontrar al culpable?

Sofocada, la doctora le explicó con detalle cómo había encontrado el cuerpo de la joven.

—Estoy convencida de que es el mismo autor del asesinato de la chica de ayer —continuó— y del de la joven de la semana pasada y la del mes pasado. Todas presentan heridas similares. Parece obra del mismo sádico.

—¿Está segura?

—Aunque una mujer puede cometer el mismo crimen que un hombre, sé por experiencia profesional que el autor de estos bestiales asesinatos es un hombre. El cuerpo de la joven encontrada antes de ayer está en la morgue. Puede usted ver que le han extraído los dos riñones exactamente de la misma manera que a la chica que me han traído hoy.

—¿Por qué sigue ahí?

—Vivía aquí en Madrid en un piso de estudiantes. Según tengo entendido, era de Palma de Mallorca. Sus familiares se personarán hoy. Si necesita ver el cuerpo, vaya y mencione mi nombre, así le ahorrarán algún trámite administrativo.

Tras una breve conversación la mujer de porte atlético que se hacía llamar Ana se alejó por el pasillo con paso firme. La doctora se quedó observándola hasta que desapareció tras la esquina. «Qué extraño», pensó. No le había enseñado ninguna identificación.

La recepción estaba vacía. Laura y Tom se quedaron a la espera de ser atendidos.

—Hola, soy Gonzalo, técnico forense. Esta semana estamos cortos de personal. Siento que os haya tenido que hacer esperar.

—La verdad es que tenemos prisa —dijo Tom.

—Venís a ver el cuerpo de la chica asesinada con un cuchillo, ¿no?

Laura se le quedó mirando. Desde luego era un tipo de lo más raro. Grande y gordo, se comportaba en aquel lugar donde había muertos como si fuera lo más normal del mundo. Igual habría acabado de almorzar. Se fijó en las migas de hojaldre en su jersey de lana. Tom se dio cuenta de que ella lo había notado.

—Así es —contestó Laura.

Entraron en la sala de autopsias. Sensación de malestar en el estómago. «Mierda de sitio», pensó Laura. Miró de soslayo a su compañero y percibió que él sentía lo mismo.

Ambos se miraron. No les gustaba la muerte y la odiaban como a la más atroz enemiga. Trabajaban para proteger a la gente inocente de ella. Preferían mil veces un final honorable defendiendo a compatriotas inocentes a desvanecerse lentamente consumido por el

tiempo, por la decrepitud. Pero les incomodaba aquella sensación, no podían negarlo, porque la muerte la sentían presente y no podían hacer nada al respecto.

Laura recordó las palabras que el exoperativo español David Ribas le dijo en la India. Ella viajó a Bombay con el objetivo de asesinarlo, pero acabó estrechando los lazos de amistad con él. «Odio pensar en la muerte, odio odiar a la muerte y, sobre todo, odio temer a la muerte: porque si temes a la muerte, lo único que haces es acercarte más a ella».

Hacía frío, como el interior de un frigorífico. Las paredes estaban alicatadas en blanco. Lámparas potentes como la de un dentista se cernían sobre tres largas y anchas mesas de autopsia de acero inoxidable. Había estanterías también de acero, donde había toda una serie de instrumentos, cuencos de todos los tamaños y demás herramientas.

Entraron a otra habitación interior. Más frío. Era la sala refrigerada. Las paredes laterales estaban formadas por cajones grandes de camillas extraíbles. Todo de acero inoxidable. La respiración hacía salir vaho de todos.

El forense se adelantó. Abrió un cajón. El cadáver de la joven estaba cubierto con una sábana blanca. Los pies sobresalían. Le colgaba una etiqueta de identidad en un dedo gordo. Laura leyó su nombre completo, fecha de ingreso, dirección y datos de identificación. El forense retiró la sábana de la cara. Tom observó el rostro destrozado. Le pidió que le enseñara las heridas. La sábana estaba sujeta con pequeñas fijaciones. Lentamente el forense fue destapando el cuerpo mientras iba explicando a qué se debía cada corte y mencionando los órganos extraídos. Finalmente quedó descubierto completamente, destrozado, invadido, avasallado, robado.

—Y en todos los cuerpos de chicas asesinadas que me han traído aquí desde hace ya bastante tiempo me atrevo a asegurar que los cortes los ha hecho la misma persona: un cirujano absolutamente profesional y muy puntilloso —sentenció el forense.

Los tres se quedaron observando las heridas tan marcadas en el cadáver.

—Estábamos en lo cierto —musitó Tom—. Esto lo ha hecho el mismo hombre.

Laura levantó la mirada.

—Sí, así es.

El forense tapó de nuevo el cuerpo y volvió a meter la camilla dentro de su cubículo en la pared. El sonido resonó de una manera estremecedora en la cámara refrigerada.

5

Para algunas personas el peligro significa una especie de adicción. Para David Ribas era otra cosa distinta. Vivía en la India sintiéndolo constantemente, lo que le motivaba a no padecer nunca de estrés o ansiedad. Con los años se había vuelto adicto al ruido de Bombay, a la muchedumbre. Los necesitaba. La ciudad y sus habitantes eran su refugio.

Bombay no era una ciudad moderna como Nueva York, París o Madrid. Era una ciudad que nunca había sido bonita y que en la actualidad se había hecho vieja y había perdido el color. Los carteles de publicidad que inundaban las aceras, los de neón, los edificios altos de oficinas y de apartamentos, los restaurantes, hoteles, no eran más que un vendaje chillón que tapaba la herida psíquica que padecía, la primitiva conciencia de querer seguir siendo por años venideros aquella miasma de podredumbre, bullicio, ruido y polución.

No había vuelto a España desde hacía muchos años. Vivía en el submundo del crimen organizado de Bombay. Cuando viajaba fuera de la ciudad y se adentraba en lugares peligrosos, sentía un hormigueo. ¿Sería entonces el final?

Hacía cosas muy peligrosas e iba a lugares peligrosos, y cada vez tenía una sensación distinta que le corroía el cuerpo. Para él, sentir la muerte cercana era un estímulo para aliviar el estrés. En el curso de los años había conocido sicarios de distinta procedencia, mercenarios, asesinos cuya adrenalina era solo comparable a la suya. Pero a ellos era el dinero lo que les motivaba a adentrarse en el riesgo imprudente. Para David Ribas era sentirse vivo.

No echaba de menos a sus amigos, conocidos y familiares que había dejado atrás. Echar de menos lo que había dejado en España era una especie de luto. Hacía ya tiempo que había asumido que jamás volvería a verlos. Tras el asesinato de su mujer a manos de terroristas islamistas en el hotel Taj Mahal Palace, su corazón se había convertido en un cementerio donde veía una lápida. El mero hecho de rememorar su imagen le dejaba sin aliento.

Desde el momento que asumió vivir bajo la protección de Hassena, jefa del crimen organizado en Bombay, David Ribas como persona se había desvanecido, desaparecido, oficialmente no existía. Podía negar su pasado, pero no escapar a su tormento. La añoranza por aquel pasado era la sombra testimonial de quién había sido. Ahora era un hombre que bordeaba los cincuenta años.

Tenía profundas arrugas en la frente y alrededor de los ojos que

denotaban el paso del tiempo y su exposición prolongada a las inclemencias del clima indio. Tenía el pelo oscuro vetado de mechones grises y blancos. Sin embargo, estaba en perfecta forma física, sin apenas grasa corporal. Era fibroso, sin grandes músculos porque esos solo servían más para impedirle ganar velocidad. Flexibilidad y fluidez era lo que primaba en la supervivencia.

Era el final del violento y devastador monzón en Bombay. Durante días los habitantes de aquella parte del subcontinente indio habían sufrido lluvias torrenciales, inundaciones y hasta ciclones. Según la previsión meteorológica en los próximos días la lluvia alternaría paulatinamente entre chubascos y la llovizna, pero anunciaban que lo peor del monzón ya había acabado.

Como solía hacer cuando dejaba de llover, David Ribas iba a inspeccionar los daños causados en la cercana zona de chabolas. Con el tiempo se había ganado las sonrisas de los habitantes del suburbio. Una incondicional y ferviente gratitud, aprecio y respeto.

El hecho de que un extranjero se hubiera instalado tan hábilmente en aquel inframundo de Bombay resultaba muy gratificante para la sensibilidad de los indios. Por otra parte, conocían para quién trabajaba y esto les producía orgullo, respeto y no menos temor, porque su presencia legitimaba los delitos del crimen organizado, cuyo mayor representante era Hassena.

Junto con otros hombres se metía en zonas empantanadas y se llenaba hasta las rodillas de barro para comprobar los canales de desagüe y limpiarlos de ramas y porquería que obstruían el recorrido del agua.

Una de las mayores preocupaciones era el cólera: el agua de la lluvia acumulada en charcos era un caldo de cultivo para propagar la bacteria, así que limpiar y purificar los depósitos era una prioridad.

David colaboraba en la reconstrucción de las chabolas dañadas. Su cooperación con aquella gente mostraba una profunda devoción y un entusiasmo en el trabajo bien hecho. Un señor descalzo, con una camiseta blanca y con *lungi* verde a cuadros —sábana a modo de pantalón que se ata alrededor de la cintura— se le acercó tímidamente. Como solía ocurrir con esa clase de personas con generosidad ilimitada, no sabían cómo pedir favores a los demás. Con un tenso ceño le preguntó si podía echarle una mano a él y a los miembros de su familia para levantar una *shamiana* —carpa—, ya que iban a celebrar una boda. El español le respondió con una sonrisa y asentimiento.

Aun habiendo una desgracia causada por la naturaleza, aun encontrándose el suburbio como un agujero negro de conmocionado dolor por la pérdida de seres humanos y daños materiales debido a las inundaciones, en la vida diaria de la India se encontraban extraños

momentos de felicidad como aquel que hacían sonreír y pensar sobre la esperanza de sobrevivir, porque merecía la pena vivir.

Cortaron tiras de cuerda de fibra de cocoteros y las ataron en los postes de bambú que sostenían la estructura y montaron un escenario, donde la joven pareja se sentaría y recibiría los humildes regalos de los invitados. Luego trajinaron tablones de contrachapado y los fueron colocando uno a uno formando una base para la construcción del suelo.

Más tarde junto con Sameer, un joven sordomudo, Ribas recorrió otras zonas del suburbio comentando los daños y discutiendo costes y ventajas de la utilización de ciertos materiales para reparaciones. Ambos gesticulaban y movían las manos. Sameer obedecía y tomaba notas, aunque se ganaba un pescozón que otro por no apuntar en la libreta algún número correctamente. No eran sino momentos de alegre complicidad.

El español había aprendido el lenguaje de signos hacía ya tiempo, y se había convertido en un fiel amigo de Sameer y tantos otros niños con dificultad auditiva y en el habla.

Una madre se les acercó. Estaba nerviosa. Les preguntó si habían visto a una niña deambulando sola, la describió. Había muchos niños y jóvenes jugando y correteando solos por la zona que no despertaban ninguna preocupación. Igual no era nada serio, estaría jugando con sus amigas ahora que había dejado de llover. Así que la mujer se marchó con prisas.

A los pocos minutos fue otra mujer quien les hizo la misma pregunta. Poco después se cruzaron con una pareja que buscaba a gritos a su hija.

Sameer movió la mano derecha muy rápido a la altura del pecho y a los labios comunicando a David que quizás durante la última lluvia se habrían refugiado en casa de algún familiar o amigo y que pronto volverían a sus padres.

David les observó con preocupación mientras se alejaban. Ojalá fuera como pensaba Sameer y no hubieran perecido en las inundaciones. Peor aún, ojalá no hubieran sido víctimas de la trata infantil.

Entre la desolación, el caos y el pánico tras la catástrofe, los casos de trata infantil en la India eran casi inevitables. Al igual que ocurrió tras el tsunami de 2004 en el sur de Asia, el terremoto de 2010 en Haití, la sequía de 2011 en el Cuerno de África, el tifón en 2013 en Filipinas o en el terremoto que sacudió Nepal en 2015, y durante otros tantos desastres naturales posteriores y más recientes en el decenio de los años 2020.

En la India los niños eran extremadamente vulnerables tras los desastres naturales porque al igual que en Nepal y en otros países en

desarrollo no se aplicaba la obligación del registro de nacimiento, lo que hacía difícil o incluso imposible seguirles la pista en cualquier sistema.

Bajo el amparo de los servicios de rescate, los traficantes (normalmente mujeres) solían hacerse pasar por trabajadores humanitarios de ONG, líderes religiosos o representantes de agencias acreditadas por el Gobierno. Representaban parte del trabajo bien organizado de mafias nacionales e internacionales.

Tras una catástrofe natural, como un tsunami, terremoto o un devastador ciclón, la hipótesis, cierta o no, de que un niño sea huérfano le hace especialmente vulnerable. Si había sido secuestrado por mafias de trata infantil se registraba como «desaparecido» o «muerto». Desgraciadamente en la India algunas familias incluso mandaban a sus hijos a orfanatos porque no se podían hacer cargo de ellos. Estos «huérfanos» podían ser directamente víctimas de la trata o ser sometidos a adopciones ilegales o vendidos a familias bienintencionadas de países ricos.

Pero otro tipo de monstruo acechaba en aquellos días de monzón a las niñas que habitaban en aquel suburbio de chabolas de Bombay.

6

Naga Chaitanya había llegado a España a través de la llamada «Ruta de los Balcanes». De la India había viajado a Pakistán por carretera. Una vez allí pagó el equivalente a unos treinta mil euros para viajar a Bosnia. Durante el trayecto en camión se tenía que bajar por algunos puntos fronterizos donde la vigilancia era especialmente estricta. Luego volvía a subirse en el camión y continuaban la ruta.

Una vez en la localidad bosnia de Bihac, eran guiados por pasadores de la organización para cruzar a pie las montañas que separan Bosnia de Croacia, y desde allí eran trasladados en camiones hasta la frontera con Eslovenia. Un vehículo circulaba por delante haciendo de lanzadera. Si veía un control policial avisaba enseguida, y mismo procedimiento: se bajaban los pasajeros, se escondían por las montañas o en el bosque y los recogían nuevamente en otro punto.

En Eslovenia, Naga continuó el periplo a Italia y de ahí a España, donde se había asentado.

Durante el corto tiempo que llevaba en Madrid había podido aprender español y había sustraído los órganos de al menos unas treinta personas, todas ellas jóvenes menores de edad. A través de la red internacional de su jefe, Manzoor Khan, se había puesto en contacto con un grupo de islamistas que se encargaban del secuestro de sus víctimas.

Naga necesitaba un corazón para envíaselo a clientes de Manzoor. Ellos pagaban a su jefe y este a él.

Al grupo de musulmanes no pareció importarles nada que Naga fuera hindú, a fin de cuentas, su aspecto y color de piel era marrón como el de ellos, y les unía cierta acritud que sentían hacia los blancos europeos.

—Parte de lo que gano aquí en España lo dono —comentó Muhammad.

Naga Chaitanya sonrió socarronamente. Muhammad también se rio. Se hizo el amable. Quería que el indio sintiera confianza. Estaban reunidos en el almacén de Naga, donde llevaba a cabo sus operaciones, en un lugar de las afueras de Madrid.

—¿A una ONG?

Muhammad volvió a reír.

—A la lucha.

—¿Qué lucha? —preguntó sorprendido Naga.

—¿Cómo que qué lucha? ¿No te das cuenta de que no nos quieren aquí? Los poderes sionistas, los americanos, los españoles, Europa

entera. Estos infieles son animales que pretenden que acogen a inmigrantes, pero en realidad no quieren que vivamos como ellos, con las comodidades y facilidades que ellos sí tienen.

Muhammad y su gente se encargaban de traerle gente joven al laboratorio. Entonces Naga extraía los órganos. Luego ellos se deshacían de los cuerpos, enterrándolos en un descampado. Y ya el indio no los volvía a ver hasta que les comunicara que necesitaba otro cuerpo. En verdad, la presencia de los musulmanes no le agradaba.

—La verdad es que nunca lo había pensado.

—Pues despierta. Aquí en Europa nuestros hermanos musulmanes sufren día a día el desprecio y humillación. Ya va siendo hora de que nosotros tomemos iniciativa, ¿no crees?

Últimamente Muhammad se había vuelto hablador, y eso no le gustaba nada a Naga. Al principio se limitaba a hacer lo que se le pedía, pero desde hacía unos días se ponía a hablar del islam sin venir a cuento.

—Vale, cambiemos de tema. Quiero hacerte saber que ya es la cuarta vez que no te deshaces de los cuerpos como te he ido diciendo. La policía española puede estar investigando.

—Eso es culpa tuya.

—¿Mía?

—Te dije que la mejor forma es quemarlos en algún tipo de horno.

—Si instalo aquí una maquinaria de ese tipo, uno, la luz en esta nave tendrá que subir de potencia, con lo cual se podría cuestionar las actividades que se hacen aquí. Dos, evidentemente la empresa que instale la máquina me preguntará por lo que hago, además de que emiten factura.

—Pues haz que alguien te construya un horno como los que utilizan en las pizzerías.

Naga soltó un bufido. Hablar con aquella gente lo consideraba rebajarse de nivel. Muhammad le parecía una persona inculta, prepotente, chulesca, embaucadora y mentirosa.

—No es lo mismo quemar un cuerpo que hacer una *pizza*. Quisiera oírte decir que no vas a volver a tirar un cuerpo en un descampado. Como comprenderás, tu actuación puede echar a perder el negocio.

—Bueno, vale. ¿Me has traído el dinero?

Naga notó una actitud algo inusual en el marroquí.

—¿No te lo tengo preparado siempre? Lo que no veo es el cuerpo.

Muhammad dijo algo en árabe a uno de sus hombres. Este se dirigió al maletero del coche y del interior sacó a una adolescente. No tendría más de dieciséis años. Tenía la boca tapada con una gruesa cinta adhesiva, las manos en la espalda atadas con una brida de plástico. Naga dio un brinco al verla consciente.

—¿Pero esto qué es? ¿Por qué no está dormida?

Hasta entonces, siguiendo las instrucciones, Muhammad y sus hombres traían a las víctimas inconscientes, de este modo sus cuerpos eran desnudados y amordazados con facilidad en el laboratorio de Naga.

—Quiero que me pagues el doble.

—¿Cómo que el doble?

—Sí, me has entendido. A partir de ahora quiero el doble por cada cuerpo que te traiga.

—De acuerdo.

Muhammad sacó una jeringuilla y se la clavó a la chica en el cuello. Ella enseguida cayó al suelo. No se molestaron en sujetarla y cayó con su propio peso.

—¡El dinero! —ordenó Muhammad.

—Te lo daré mañana.

—Sin dinero no hay cuerpo.

— Muhammad —repuso Naga con tono calmado—. Nos conocemos desde hace más de un año. ¿A qué viene ahora este modo de proceder?

—Tú obtienes mucho dinero por la venta de órganos. A mí me pagas muy poco.

—Te pago lo justo. Quizá más de lo que debiera.

—Pues ahora necesito más para nuestra lucha.

—Lo que hagas con el dinero es problema tuyo. Yo no tengo nada que ver con tu religión.

—Cerdo, habla con respeto. Tú eres un infiel.

—Yo soy hindú, no cristiano.

—Me da igual. Y ya te lo he dicho: si no hay dinero no hay cuerpo.

—No estropees la buena relación que manteníamos. Trabajo para gente muy importante.

—Tu gente importante está muy lejos.

—Te equivocas. Vendemos órganos a países árabes que a su vez se lucran y seguramente financien tu guerra contra los infieles.

Muhammad sacó una navaja.

—Venga, ya. Necesitarás otro argumento más convincente.

—Estoy seguro de que sabes utilizar esa navaja, pero yo de ti dejaría aquí el cuerpo de la chica y me iría. Ven mañana y te doy el dinero, el doble.

—¿Te crees que esto es una película de Bollywood? A ver si despiertas.

Naga le señaló con el índice.

—No tienes ni idea de lo que haces. Escucha. Yo te estoy pagando por traerme a gente joven. Vendo sus órganos y la gente para la que trabajo recibe un dinero, y luego ellos me pagan a mí. —Abrió los brazos al aire—. Yo no recibo aquí a ningún cliente ni pago directo. Es

mi jefe en la India…

Muhammad se adelantó.

—¿Has acabado? —le interrumpió—. Ya me importan muy poco tu jefe y tu negocio.

Hubo un destello de temor en la mirada del indio, que miró alrededor. Luego se fijó en la actitud del hombre que acompañaba a Muhammad.

— Muhammad, piensa un momento. No vas a hacerme daño. ¿Para qué terminar una relación que ha sido beneficiosa para ambos?

—Sencillamente ya no te necesito.

Naga notó que le temblaba el cuerpo. Retrocedió un paso.

—¿Qué quieres decir? Te he dicho que te daré el dinero mañana. Lo tendrás.

Muhammad advirtió que el indio iba retrocediendo, como si pensara echar a correr de un momento a otro.

—Ya no lo quiero.

—Pero ¿por qué?

—Porque no lo necesito.

Naga echó a correr. Muhammad y el hombre que le acompañaba se quedaron de pie sin moverse. Cuando el indio abrió la puerta corredera para salir del almacén se encontró con tres personas impidiéndole el paso. Cada uno de ellos llevaba una enorme bolsa negra sobre los hombros. Naga se volvió, titubeó. Los fríos ojos de Muhammad parecían perforarle.

—No vas a hacerme daño. Mi jefe es muy poderoso.

—Para cuando tu jefe decida tomar represalias yo ya estaré en el paraíso, imbécil.

—No entiendo —dijo Naga con voz temblorosa.

Muhammad se aproximó.

—Claro que no lo entiendes. Porque eres un infiel. Como tal, temes lo desconocido. Esta es la gran diferencia que hay entre nosotros y vosotros.

Naga movió la cabeza de un lado a otro, con rostro apesadumbrado.

—¿De qué hablas?

Muhammad ya se encontraba muy cerca del indio, se irguió en toda su altura y se ladeó a fin de parecer menos ofensivo.

—¿Ves? Me das la razón. Lo admites. Lo que desconoces es tu sentencia a muerte.

—No me amenaces de esa forma.

Sin poder evitarlo Muhammad tomó impulso y le clavó con todas sus fuerzas una navaja de quince centímetros de hoja hasta la empuñadura en el pecho y siguió así hasta que el cuerpo sin vida del indio se desplomó hacia atrás, arrastrándolo al suelo con él.

La adrenalina estaba al máximo. Muhammad sacó la navaja ensangrentada del pecho y volvió a clavársela, pero esta vez en la garganta. Se levantó de un salto, fue donde estaba tendido el cuerpo de la joven y le cortó la tráquea; la hoja del cuchillo le seccionó las vértebras.

—¡*Allâhu Akbar*! ¡Alá es grande! —bramó esbozando una sádica sonrisa.

Sus hombres gritaron la invocación repetidamente. Muhammad fue al vehículo y sacó dos enormes bolsas negras. Los otros tres dejaron a su vez en el suelo sus bolsas, las abrieron y comenzaron a sacar armamento del interior. Muhammad comprobó una pistola Glock y un fusil de asalto. Tuvo una sensación poderosa.

—Listo, hermano —dijo uno de ellos terminando de montar una pistola.

Excepto dos de ellos, los demás no eran expertos, pero debían aprender a manejar correctamente las armas. Muhammad se acercó a cada uno.

—Meted y sacad los cartuchos —ordenó—. Quiero que practiquéis. Durante horas quiero que mantengáis en las manos vuestras armas. Tenéis que familiarizaros con ellas, toquetear los seguros; modo automático, modo semiautomático.

Se probaron los chalecos. Les parecieron más ligeros de lo que realmente eran.

—Con esto nos protegeremos los pulmones, el corazón, el bazo, el hígado, los riñones y… la espina dorsal —continuó Muhammad, señalando cada parte del cuerpo aproximadamente en su lugar.

Finalmente se pusieron los pasamontañas.

—Esto está genial —dijo uno.

Otro soltó una risita tonta viendo a su compañero con tal atuendo. Muhammad levantó el índice, apuntando hacia arriba.

—Les meteremos tal miedo con nuestro aspecto que tardaran en reaccionar.

—¡*Inshallah!* —gritaron todos al unísono.

7

Era mediodía cuando David Ribas degustaba un espeso té masala caliente y delicioso ofrecido por una señora que cocinaba con un hornillo de arcilla al aire libre frente a su chabola.

Tomó asiento en un taburete de plástico junto a varios líderes del suburbio. Entre sonrisas y muestras de gratitud hablaron sobre los daños causados por el monzón, las reparaciones, mejoras y temas mundanos. David les prometió enviar el material que necesitaban tan pronto le fuera posible. Como en otras ocasiones Hassena financiaba la reparación de todos los destrozos.

Un grupo de locales le invitaron al cine a ver la última superproducción de Bollywood. Sameer, entusiasmado, pidió permiso a David, que asintió con la cabeza a condición de que tan pronto como volviera debía repasar el material escolar para asistir al reinicio de las clases el día siguiente. Los demás animaron a David a ir con ellos, pero él declinó la invitación.

—*Koi baht nahi*, hermano, (no te preocupes) —dijo un joven alto y delgado, tocándole el hombro—. En otra ocasión. Por hoy nos has ayudado mucho. Te mereces un descanso.

Las películas indias no le inspiraban la menor admiración, aunque como cualquier habitante de la India tampoco era inmune a ellas. Las campañas de marketing y de publicidad antes de un estreno eran avasalladoras. Incluso meses antes se popularizaba el repertorio de las canciones que componían la banda sonora. David era consciente del gran impacto que producían en la gente, porque eran como entrar a un país de fantasía.

La magia prendía en el corazón de los espectadores, los elevaba de entusiasmo, les inyectaba optimismo, los hacía escapar durante un par de horas de aquel feo escenario urbano en el que compartían sus vidas.

Era momento de irse.

Se despidió. Se montó en su moto Royal Enfield Bullet 350 y acelerando y zigzagueando se metió en el tráfico de la ciudad. Conocida por su idiosincrásica manejabilidad, la moto india exigía una estrecha relación con su piloto y seguía fabricándose según el modelo original de la British Royal Enfield de allá por 1950.

A sus espaldas dejaba los ruidos procedentes del suburbio: la música estridente procedente de altavoces a todo volumen, gritos de vendedores ambulantes ofreciendo escobas y cubos de plástico, las cachetadas de la ropa mojada sobre bloques de piedras en la zona

pública de lavaderos y los gritos de los niños.

Serpenteaba entre los vehículos y sus continuos bocinazos. Conducía en ocasiones a todo gas, sin miedo ni escalofríos de excitación. Al contrario. Mientras volaba vertiginosamente sin casco, la tranquilidad le inundaba el corazón. Era como estar en un estado de paz, como encontrar un orden dentro del caos. Así continuó durante una hora. Cambiaba continuamente de marchas conforme avanzada en aquel tráfico denso e insalubre.

Quería aprovechar el resto del día para entrenar. Llegó a la *akhara*, el centro de lucha libre donde se mantenía en forma bajo la dirección del veterano maestro Gurú, como todos le denominaban.

Había aprendido técnicas de lucha libre y distintas disciplinas de artes marciales. Gurú entrenaba a sicarios y asesinos despiadados que trabajaban bajo las órdenes de Hassena. Y él se había convertido en su estudiante más comedido, dedicado y longevo, en una profesión que no deparaba muchos años de vida.

—Mantén tu mente en el camino —le explicó en una ocasión—. Lo que llaman los karatekas *Do*. Llegar allí es tu destino, pero no tengas prisa por alcanzar la meta porque es mejor que tu aprendizaje y la práctica duren toda tu vida. Con el paso del tiempo te habrás convertido en sabio gracias a la experiencia. Y comprenderás el significado del hermoso viaje de tu vida acompañado de las artes marciales. Entonces te enterarás de que este ha de ser lento y sin pausas.

David se encontraba en el círculo de arena, donde practicaban y aprendían las enseñanzas de Gurú. Enfrente tenía a otro estudiante, un indio más alto y grande que él. Ambos iban desnudos excepto por un calzón de algodón.

El español tenía el cuerpo lleno de cicatrices muy vistosas. En la mayoría de las ocasiones se había suturado él mismo las heridas, con lo cual se había dejado cicatrices feas, estremecedoras, onduladas y desproporcionadas. No solo porque se había cosido los cortes, sino porque había utilizado agujas e hilo de bordar.

—Tenéis que diferenciar los dos tipos de personas que se enfrentan a una pelea con cuchillo —explicó el maestro—. Uno, el que vive para matar. Dos, el que mata para vivir. Vosotros —señaló a uno y otro— tenéis que matar para sobrevivir. Es decir, sois la segunda opción, matáis para vivir. ¿Sabéis por qué? Porque el que mata para vivir lo hace por placer o por un incentivo económico. Pero cuando la sensación se desvanece o el dinero por el que le pagan es menor, pierde la motivación para seguir peleando. Por el contrario, si peleas a muerte para sobrevivir, tu razón seguirá avivándose hasta matar a tu contrincante.

Mientras que practicaban distintas formas de ataques y defensas

con cuchillos de madera, un hombre en el exterior de la *ahkara* se acercó a la moto de David Ribas. Tenía la tez morena, el pelo cortado al rape, medía más de metro ochenta y era de constitución atlética. Con disimulo pegó en los bajos un diminuto e ingenioso dispositivo: un localizador por GPS.

Con una fuerte palmada Gurú les llamó a la pelea. Esto generó interés entre otros estudiantes que practicaban a escasos metros. Todos formaron un círculo. Siempre era un espectáculo ver al hombre de piel blanca en acción.

David se enfrentaba a un adversario con muchas peleas a su espalda y que inspiraba miedo. Pero él, con años de experiencia viviendo en la India, conocía esa característica en los musculosos contrincantes indios: carecían de buen juicio. A fin de cuentas, llevaba mucho peleando con ellos. Sin embargo, era consciente de que debía respetar a la persona que tenía enfrente. De otro modo, si se confiaba, podía sorprenderle, y esto significaría perder la pelea porque, en la calle, enfrentarse a un cuchillo con hoja de acero en vez de madera sería su sentencia de muerte.

El indio se lanzó sobre David intentando propinarle dos tajos en el pecho y en el antebrazo. Pero él lo vio venir y se movió con rapidez a un lado. Al grandullón no le gustó aquel ágil movimiento e insistió en querer continuar aquel súbito ataque y culminarlo cortando, acuchillando y desgarrando. Todo quedó en movimientos al aire. La gente se reía viendo cómo el español hacía fintas y movimientos de engaño.

El indio seguía propinando ataques sin tocar a su adversario. En realidad, sus movimientos eran muy buenos, experimentados y sutiles. Habrían sido notables si hubieran tenido efecto. Para cualquier iniciado, aquello parecía una especie de danza folclórica. David, con sus fintas, lo estaba dejando muy mal parado en público. Entre los espectadores Gurú sonreía.

El indio paró en medio de la arena para plantarle cara mientras recuperaba fuerzas. David notó su estado de cansancio y aprovechó la oportunidad para contraatacar. Lanzó uno, dos, tres ataques con el cuchillo por delante. El indio fue retrocediendo y moviéndose al ritmo que le marcaba David mientras agitaba el cuchillo en pequeños círculos.

En la India ver danzar a la cobra como si fuera una bailarina es algo extraordinario, pero todo esto tiene truco por una sencilla razón: las serpientes son sordas. La realidad es que el animal no bailotea estimulado por el sonido, sino por el movimiento. El encantador, al tocar la flauta, la mueve de un lado a otro y el reptil la sigue con la mirada dando la sensación de que está bailando.

Lo mismo estaba haciendo David con su adversario: como si su

cuchillo fuera la flauta, el grandullón de movía hacia donde él quería.

La gente alrededor reía. Alguno soltó un comentario despectivo hacia el grandullón: «Tiene miedo como ratones en una bolsa llena de cobras». Pero fue acallado por la fiereza mirada de Gurú, que demandó respeto y silencio.

El indio estaba sorprendido, no sabía cómo el español lograba usar tan rápido el arma. David vio la sorpresa en sus ojos y siguió atormentándolo con el sabor de la muerte. No quiso terminar enseguida la pelea y continuó jugando con él, a fin y al cabo estaban practicando.

La pelea debía acabar cuando uno de los dos tocase con la punta del cuchillo de madera un lugar del cuerpo de su contrincante cuya herida fuera mortal.

David cometió un error y estuvo más tiempo de lo necesario sosteniendo el cuchillo como si estuviera en un combate de esgrima. En un descuido el indio le dio un puñetazo en plena cara, velándole la visión. Tuvo que dar unos pasos hacia atrás para ganar tiempo en recuperarse. Le vinieron a la mente las palabras de Gurú: «Cuando te encuentres en una pelea con cuchillos no es el arma la que lucha, sino el hombre. El cuchillo que sostienes está ahí solo para ayudarte».

Entonces empuñó el cuchillo en forma de daga con la hoja hacia abajo. Este gesto hizo sonreír al indio, que lo interpretó como un movimiento defensivo y no de ataque. Pero se confundió. David dio una serie de pasos hacia adelante y le propinó varios puñetazos, derecha-izquierda-derecha. El grandullón se apartó echándose a un lado mientras la sangre le brotaba de la nariz rota y luego volvió a abalanzarse sobre él. Craso error.

David agitó el cuchillo en un barrido de arcos con los brazos estirados y con la punta le tocó primero el pecho a la altura del corazón, después el esternón y luego el abdomen.

Todos quedaron en silencio. Fue como si el tiempo se hubiera congelado. Si la hoja hubiese sido de metal el indio ya estaría muerto. David había ganado la pelea. El público vitoreó.

El indio, enfadado, tiró con rabia desatada el cuchillo en la arena y saltó sobre David. Pero el español supo hacer uso del peso corporal de su contrincante. Empleando una técnica de derribo clásica que requiere invertir un mínimo de energía para la obtención de un beneficio máximo, se inclinó y tomando impulso de un costado lo alzó propinando que el indio diese una voltereta por el aire para caer de golpe y de espalda en la arena. Entonces le practicó una llave sobre una pierna. El indio chilló de dolor reconociendo su derrota y gritando también que se rendía.

Gurú le lanzó una toalla a David y ambos rieron. El español tendió una mano al indio y le ayudó a levantarse.

Al cabo de un rato estaban todos disfrutando de un *lassi*, una espesa bebida refrescante hecha de yogur con generosos bloques de mantequilla *ghee* en anchos vasos de terracota.

Una popular canción de una reciente película de Bollywood retumbaba desde el móvil de uno de los estudiantes. Alguno se puso a mover las caderas y hacer cabriolas imitando las poses de conocidos actores indios, lo que produjo una carcajada generalizada.

Cuando se hubo duchado y cambiado de ropa, David recibió una llamada en su móvil de prepago. La jefa del crimen organizado le informaba que quería verlo de inmediato. Había ocurrido algo muy serio. No era consciente de que alguien desde la distancia le estaba monitorizando sus movimientos.

8

Cuando Laura se durmió se encontró en una sala absolutamente a oscuras. Hizo amago de levantarse, pero se dio cuenta de que estaba amarrada a la cama mediante gruesos cinturones de cuero con hebillas de metal.

«Mierda. Me han secuestrado mientras dormía. Pero ¿cómo? Ya está, me pusieron somníferos donde había ibuprofeno».

Le habían quitado toda la ropa, pero estaba demasiado aterrada por la situación de indefensión como para sentir vergüenza. Intentó liberarse de las ataduras cuando la puerta se abrió y entró una luz cegadora. Lo sabía. «El típico modo de actuar para que la víctima no vea a su interrogador». No tuvo más remedio que cerrar los ojos. El corazón le latía muy rápido.

—¿Quién eres? —gritó con todas sus fuerzas.

Nada. No hubo respuesta.

De repente entre el halo de luz proveniente del otro extremo de la habitación se interpuso una figura: tenía el rostro cubierto con una mascarilla quirúrgica y la cabeza con un gorro de cirujano.

—Ajá. Ya veo que mi querida paciente está despierta.

—¿Qué va a hacer?

—No deberías preguntar qué es lo que voy a hacer, sino cómo te voy a dejar. En primer lugar, te sacaré un riñón.

—No.

—Luego necesito un corazón o quizá te quite otro riñón. No, el corazón me place más. Como disfruto ver a mis pacientes despiertos solo te dormiré la mitad de tu cuerpo ¿Qué te parece, querida? Así podrás ver con tus propios ojos cómo extraigo tus órganos.

La figura acercó el escalpelo a su cuerpo y ella sintió el frío del acero.

De repente, se incorporó de la cama con el corazón palpitando desbocado. Miró la hora en la pantalla de su teléfono móvil. Las dos de la madrugada. Tardaría en volver a dormirse.

Varun Grover era un hombre vivaz. Experto en informática y de origen indio, se había convertido en una persona muy valiosa para el Cervantes. Cuando Laura abrió la puerta de su despacho, se lo encontró de espaldas con los auriculares puestos cantando a voz en grito *Feel* de Robbie Williams.

—*I just wanna feel*

Real love feel the home that I live in
I got too much love
Running through my veins
To go to waste…

Ella se aproximó con los brazos cruzados. Tan pronto notó su presencia por el rabillo del ojo, pegó un respingo.

—¡Por Dios, qué susto! —exclamó quitándose los cascos.

—Tienes un talento espectacular para la canción —dijo Laura con un tono neutral próximo al sarcasmo.

—Muy graciosa.

—¿Por qué no vamos al grano, Varun? ¿Qué tienes para mí?

Al lado del teclado reposaba una caja rosa de pastas variadas de La Mallorquina, con la tapa doblada hacia atrás.

—Te he guardado una rosquilla, solo para recordarte lo mucho que te aprecio.

—No, gracias. Pero un café no me sentaría mal —dijo ella cogiendo un vaso que ponía Starbucks. Le dio un sorbo al cenagoso líquido negro e hizo una mueca.

—¿Qué? ¿No te gusta?

—¿Qué es esta bazofia?

—Se llama café —contestó él sonriendo.

—Qué horror. Sabe a achicoria y está aguado. —Laura meneó la cabeza. Cogió un dulce y le dio un mordisco para eliminar el gusto de aquel brebaje.

Varun señaló a su monitor. Laura dejó el dulce de vuelta en la caja.

—Los cuerpos de las últimas chicas presentan cortes muy similares —dijo señalando las fotos.

Laura asintió con un gesto y con el índice tocó la pantalla.

—¿Te refieres a los del cuello? Los otros parecen distintos.

—Alguien, un profesional, les ha sacado los órganos. Esto está confirmado. Pero otras personas más bestias les han cortado la tráquea. Esa arma es igual al tipo de cuchillos hallados recientemente en yihadistas.

Le mostró imágenes de cuchillos. Laura empalideció.

—¿Se las has hecho llegar a la policía?

Varun asintió.

—Sí, por los canales de siempre. Les he enviado un mensaje desde el CNI.

Varun podía acceder por control remoto a los ordenadores de cualquier institución y haciéndose pasar por uno de sus empleados enviaba correos oficiales.

—Bien. Entonces, a lo que nos atañe. ¿Estás seguro de la conexión islamista?

Varun comenzó a enseñar los cuchillos en distintas pantallas:

mostraba los tamaños y especificaciones del material.

—Juzga por ti misma —dijo al tiempo que señalaba una serie de nuevas imágenes comparativas—. Ellos son los que se encargan de deshacerse de los cuerpos. No hay duda. Además —añadió en voz baja, pero se quedó callado un momento y meditó la pregunta—: ¿quién tendría la sangre tan fría como para poder hacerlo? Los cuerpos ya están muertos, pero les rajan la garganta por sadismo.

9

La sala estaba llena de gente. Los hombres iban vestidos con *kurtas* largos y otros con *lungis*. Las mujeres con saris de colores chillones. Todos iban descalzos. Por respeto, y siguiendo la costumbre, dejaban las sandalias fuera en el exterior. Todos habían acudido a pedir favores, bendiciones o en busca de recomendaciones. Era uno de los tres días de la semana en que la jefa del crimen organizado abría sus puertas para escuchar a los habitantes del suburbio y de las zonas más pobres y precarias de Bombay.

Hassena se frotó el ceño y se pasó la mano por el cabello. Tenía el pelo oscuro vetado de mechones grises y blancos. Había quien decía que se parecía a Sonia Gandhi, pero con piel oscura. Era un rostro sensible e inteligente.

Era una mujer temida, admirada y, al mismo tiempo, peligrosa. Tenía demasiada influencia sobre demasiada gente, influencias que llegaban hasta lo más alto de la esfera política, policial y judicial. También tenía innumerables contactos y los sustanciosos sobornos se traducían en que sus actividades delictivas en el crimen organizado quedaban impunes.

Había sido ella quien había rescatado hacía más de década a un moribundo David Ribas durante el asedio terrorista en el hotel Taj Mahal Palace y le había dado una segunda vida.

Cuando el español entró en la sala el tufo a sudor rancio le golpeó en el rostro. Se quedó de pie en un rincón.

Los habitantes del suburbio no conocían la palabra filosofía ni mucho menos se paraban a reflexionar sobre el hombre y el universo. El contenido de las conversaciones de Hassena era sobre la ética, el propósito, el significado y cuestiones abstractas sobre la moral.

Hablaba con la gente sobre el amor y el odio, la vida y la muerte y sobre otros temas mundanos de la vida diaria.

Cuando terminó su perorata fueron varios los que se acercaron para pedir favores. Un fornido guardaespaldas vigilaba que todo transcurriera sin incidentes.

Aclimatado al calor de Bombay, aquel hombre de seguridad llevaba una camisa de manga larga ajustada a sus abultados músculos y unos pantalones vaqueros sin el menor atisbo de incomodidad. Como la mayoría de los que componían el servicio de seguridad de Hassena, era voluminoso de tanto hacer pesas e hincharse de carbohidratos. David le observó: la valía de las personas encargadas

de la seguridad alrededor de Hassena se medían por lo que pudieran soportar, no por lo que eran capaces de infligir.

Un grupo de padres acababan de expresar su pesar entre lloros. Una madre se tiró al suelo implorando que intercediera para poder encontrar a su hija desaparecida. De pronto, los ojos de Hassena se llenaron de aprensión. Ya eran muchos los casos de niñas desaparecidas en tan poco tiempo.

—Levántate —dijo suavizando la voz—. Os prometo a todos que haré lo necesario para encontrarlas y si alguien les ha puesto la mano encima, les daré muerte. El amor hace grandes a los hombres, pero la maldad los hace pequeños.

Dicho esto, Hassena se apresuró a ir hacia ella y la envolvió entre sus brazos. Fue un gesto tierno. Acto seguido, le ayudó a tomar asiento y la acunó, susurrándole palabras de sosiego y esperanza. Las lágrimas de la madre afligida cayeron sobre su regazo. Todos miraron la escena con temor y una punzada en el corazón. Nadie quería la desaparición de una hija. Tras consolarla durante un momento hizo llamar a uno de sus sirvientes para que ofreciera agua a la mujer.

Tan solo hacía unas horas la habían informado de que habían encontrado dos cuerpos tendidos en el sendero. Ambos eran conductores de *autorickshaw* y conocidos informantes suyos. Fue un trabajador que hacía a diario aquella ruta quien dio la voz de alarma a las autoridades. A uno de ellos no solo le encontraron sin lengua y con los dedos rotos, sino que le habían abierto en canal y extraído el corazón y otros órganos. Quien fuera el autor sabía muy bien lo que hacía.

10

Laura necesitaba hacer ejercicio para desahogarse, quitar tensiones y despejar la mente.

Fue a la piscina cubierta recién instalada en la planta superior. Ejecutó una vuelta en redondo bajo el agua, tomó impulso con ambos pies contra la pared y salió propulsada. Aun sintiéndose exhausta, continuó haciendo dos largos más y se propuso aumentar la velocidad avanzando sobre el agua con el cuerpo recto. Después se agarró al borde y tomando impulso salió del agua de un salto. Se alzó las gafas sobre el gorro que le cubría la cabeza y miró el reloj que colgaba en la pared. Soltó un suspiro al comprobar el tiempo. Había completado el número de largos que se había establecido.

Le quedaban cuarenta minutos más de entrenamiento. Tenía una figura atractiva y los rasgos de una atleta. Con anchos hombros, su físico musculoso y recio revelaba que, además, se ejercitaba con pesas.

Se quitó el gorro de nadar y se sacudió la larga melena negra. Cogió la toalla y se marchó a los vestuarios. Era el momento de hacer prácticas de tiro.

A la misma hora pero en otro lugar de la ciudad de Madrid una puerta de un vehículo se abrió y Muhammad se bajó.

Caminó por la acera. Se encontraba a unos diez metros por detrás del objetivo. Dos policías nacionales también caminaban por allí con paso normal. Por detrás, Muhammad mantenía la pistola pegada al muslo mientras los seguía con rapidez.

La zona estaba llena de gente. Aquel día por la mañana transcurría con un agradable tiempo fresco y en la ciudad se percibía un ambiente lleno de tranquilidad. Madrileños y turistas caminaban alegres y despreocupados, y esto hacía apacibles los paseos por las calles de Madrid.

Nadie se fijó en Muhammad. Parecía que estuviera camuflado en la jungla urbana. Porque sabía desenvolverse. Porque conocía la psique de los españoles. Porque sabía que se encontraba en estado de gracia. Porque sabía que iría al paraíso. Razones por las cuales su movimiento corporal estaba perfectamente controlado y mantenía una extraordinaria seguridad en sí mismo.

Cinco metros.

Lo habían planeado todo muy bien. Sabían que encontrarían a una

pareja de policías por las inmediaciones del centro de compras de la ciudad. Muhammad se encargaría de iniciar la masacre. Apretó la empuñadura. Notó el acero de la pistola.

Había sido entrenado en un lugar del sur de España. El monitor le dijo en su día, cuando le enseñaba tácticas sobre cómo cometer con éxito asesinatos en zonas urbanas: «No dispares a la cabeza. Esto no es una película de Hollywood. En las películas representan todo de manera exagerada para cautivar al público. Pero en la vida real debes saber que disparar a un objetivo en la cabeza no es seguro. Uno, porque puede moverse en el momento menos imprevisto. Dos, porque puede que el disparo no le mate. Por eso hay que disparar a la espalda: hay muchas probabilidades de acertar en la médula, en la arteria pulmonar, en la aorta. El disparo causará la muerte si se hace desde una distancia suficientemente corta».

Tres metros.

De repente, uno de los policías se giró en redondo. Miró a Muhammad a los ojos. El musulmán se preguntó si por unos instantes comprendía lo que iba a suceder. No. Le sonrió.

Dos metros.

Muhammad alargó el brazo. Lo levantó. La sonrisa del agente de policía se desvaneció. Un disparo. Otro disparo.

11

Cuando se quedaron a solas, Hassena hizo pasar a David Rivas en su despacho.

Estaba satisfecha con el papel que el español desempeñaba en su red mafiosa. En ocasiones David supervisaba el contrabando de oro, pero en la mayoría de los casos se dedicaba a dar caza a terroristas. Su tiempo libre lo empleaba en entrenar en la *akhara*, para estar preparado física y mentalmente, y en cuidar de las personas más necesitadas y vulnerables del suburbio.

—La desaparición de niñas suele ser muy común en la India —dijo dejándose caer en un sofá mientras le indicó al español que tomara asiento—. Pero esto ya lo sobrepasa.

—Es verdaderamente desalentador ver a madres y padres en busca de sus hijas.

Hassena asintió. Reposaba los codos sobre los brazos del sillón de terciopelo rojo y se sujetaba la barbilla con las yemas de los dedos. Era difícil saber qué pensaba o sentía sobre uno. Era una persona de la que no podías predecir absolutamente nada.

—Así es, *yaar* —dijo con las exageradas vocales típicas de Bombay —. Esta mañana encontraron asesinados a dos hombres que trabajaban para mí. Todo apunta a que dieron con el sospechoso, pero este fue muy inteligente en llevarlos al bosque y los asesinó allí. A uno de ellos le extrajo los órganos. Según el médico forense, cree que la víctima estaba viva mientras aquel sádico le rajaba el cuerpo. Lo hizo por puro sadismo, ya que los órganos extraídos no podrían ser destinados para el trasplante.

El español soltó un bufido.

—Dime qué puedo hacer.

—Dar con él antes de que secuestre a más niñas.

—Hassena… ¿Cómo?

—David, tú conoces mejor que nadie a la gente del suburbio. No puedo mandar a un musculitos como ese que está aquí fuera pegado a la puerta a dar vueltas por las calles. A ti la gente te hace caso, te quiere, te aprecia. Moviliza a esos críos que conoces. Ellos se mueven desapercibidos por la ciudad como el mejor espía. ¿No fuiste tú quien me hizo una comparación de unos personajes de la novela *Oliver Twist* de Dickens con esos jóvenes de las chabolas?

David hizo una mueca.

—Sí, entonces te hablaba de Fagin, el líder de una banda criminal compuesta por niños rateros, y cómo operaban en las calles.

—Desde hace días he podido impedir que la creciente desaparición

de niñas salga en los medios de comunicación.

—¿Por qué no me dijiste nada? Tú sabes tan bien como yo que los asesinos van perfeccionando sus técnicas.

Hassena ponderó la respuesta unos instantes.

—Mientras tenía a gente al acecho en los suburbios quería que fuera quien fuese se sintiera impune al ver que sus crímenes no trascendían a la opinión pública ni a la policía.

—Esperar que cometiese un error y te permitiera cogerle creo que no es una buena táctica.

Hassena guardó silencio un instante antes de volver a hablar. Luego se inclinó hacia adelante, en un ademán muy tenso.

—De acuerdo, me equivoqué de proceder. Por eso quiero que lo cojas tú. Luego le daré una muerte lenta. Sufrirá tanto como se considera ser un cirujano capacitado.

12

La aura se encontraba con protección en los oídos y las piernas abiertas frente a una serie de blancos a varios metros. Alzó el brazo, sujetó la mano derecha con la izquierda. Apuntó con la pistola. Disparó. Uno. Dos. Tres. Cuatro.

No estaba mal.

Vio el resultado. Excelente.

Colocó nuevos blancos. Se puso una cazadora. Metió la pistola en un bolsillo. La sacó rápidamente a la vez que apuntaba sin disparar. Lo repitió una y otra vez. Tomó posición de disparo, sacó el arma de nuevo del bolsillo y en esta ocasión disparó cuatro veces. Una luz roja se encendió en el techo.

Alarma.

Sacó el móvil de su bolsillo que no dejaba de sonar. Contestó.

La informaron de que se estaba produciendo un ataque terrorista en las calles de Madrid y se había activado el protocolo a seguir.

No esperó. Rápidamente dirigió el ojo hacia un escáner de retina y la puerta de acero se abrió tras sonar un clic. Salió al pasillo y corrió a gran velocidad hasta el fondo. Las paredes y techo, como en el resto del edificio del Cervantes, estaban repletos de dispositivos de vigilancia, invisibles a primera vista. Tras abrirse la siguiente puerta de acero con un armazón a prueba de bombas, continuó corriendo hasta bajar por un ascensor.

Una furgoneta la esperaba en el garaje. Dentro, su equipo operativo fuertemente armado. Salieron por la rampa a gran velocidad. Enseguida circularon entre el tráfico.

Desde la sala de operaciones Varun Grover supervisaba la situación vía satélite. Daba instrucciones al conductor, que se llamaba Óscar. Como era habitual en él, conducía con rapidez y absoluta profesionalidad mientras movía un palillo en la comisura de los labios. Los semáforos que se encontraban por el camino los iban poniendo en verde a través de un aparato electrónico.

Tras asesinar a la pareja de policías, Muhammad se puso el pasamontañas y se dio la vuelta. Ninguno de sus hombres había salido del vehículo. La gente corría en todas direcciones. La orden era que, una vez causado el pánico en la calle, ellos salieran y disparasen a la multitud.

Su rostro mostró ira. «Malditos. No debí contar con estos desgraciados». Uno de ellos, llamado Farid, decía que había disparado con armas en Siria y que, llegado el momento, demostraría su coraje.

Desde la enorme pantalla digital Varun Grover vio la figura de Muhammad acercarse a un vehículo y disparar a una rueda. Inmediatamente saltaron al suelo un grupo de hombres armados, como si hubieran oído un pistoletazo de salida.

—Parece que están mal coordinados —dijo en voz alta frente al micrófono.

Laura y su equipo le escucharon a través de sus pinganillos. Aunque aquellos terroristas no fueran profesionales, podrían generar un caos, ya que se podrían dispersar descontroladamente por las calles disparando a diestro y siniestro, lo que significaría tiempo en darles caza uno a uno. Y tiempo era lo que no podían permitirles tener porque también lo tendrían para matar. En cambio, si hubieran sido entrenados o profesionales, habrían ejecutado el ataque terrorista de una manera coordinada y siguiendo unos parámetros.

—Recibido —dijo Laura.

Varun analizó el rostro de Muhammad. Enseguida apareció su foto de perfil y biografía. La compartió de inmediato en el iPad adherido al salpicadero de la furgoneta. Los miembros del equipo de Laura se inclinaron para observarlo.

—El líder del grupo —comenzó a explicar Varun—: pelo negro rizado, mediana estatura, camisa de manga corta, mochila negra deportiva Nike a su espalda con el logo de color blanco. Nombre: Muhammad Idrissi. Origen: Fez, Marruecos. Atlético. Uno ochenta de altura. Movimientos rápidos.

—Ya estamos —le interrumpió Laura saltando de la furgoneta.

—¿Por qué no habéis salido? —espetó Muhammad con furia a sus hombres.

—Esperábamos tu señal.

Se excusaron porque habían preferido aguardar al no verle hacerles una señal con el brazo.

Muhammad levantó el arma y disparó contra un transeúnte paralizado en medio de la calzada por el pánico.

—¡Disparad! ¡Matad a los infieles!

—¡*Allâhu Akbar*! ¡Alá es grande! —gritaron disparando a toda persona que veían por las calles.

Detrás de los pasamontañas sus ojos brillaban frenéticamente. El tableteo de las armas, como el estallido de petardos, invadió el

ambiente al igual que los gritos al aire en árabe: «¡*Allâhu Akbar*!». ¡Alá es grande! Grito de guerra de todo *muyahidín*, yihadista, de todo *shahid* islamikaze, de todo «mártir» que muere asesinando a los infieles, y lema de las banderas nacionales de estados musulmanes.

Más tarde, los servicios de inteligencia españoles y fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado no pudieron precisar quiénes eran los ocupantes de una segunda furgoneta que había llegado al lugar del suceso a toda velocidad.

En las breves imágenes de vídeo captadas por cámaras de seguridad urbanas se les veía al igual que a los terroristas islámicos con sendos pasamontañas y armados hasta los dientes: fusiles de asalto, pistolas, chalecos, cargadores. A voz en grito ordenaban a los viandantes que huyeran con rapidez.

En el preciso instante en que Muhammad se dio cuenta de la llegada del grupo armado recibió un certero disparo en la cabeza. El resto de los terroristas fueron abatidos con igual rapidez inusitada. Los agentes operativos del Cervantes habían actuado con tal eficacia como si de un entrenamiento en equipo se tratara.

Aunque Varun Grover inutilizó las cámaras de seguridad callejeras, desde la de un cajero automático se pudo ver cómo una persona encapuchada con figura de mujer cargaba de nuevo su fusil y mataba a un terrorista malherido que, por sus gestos, pareció suplicar por su vida antes de recibir varios disparos a bocajarro.

Todos los cuerpos fueron registrados. Ninguno portaba aparatos electrónicos, carteras, papeles, relojes ni documentación, excepto el terrorista de origen sirio, más tarde identificado como Farid Hamsho. No había obedecido a Muhammad y no había destruido el teléfono móvil como ordenó en el almacén del cirujano Naga. A todos les dijo que los tirasen en un barril donde había volcado un bidón de ácido sulfúrico.

Las razones por las que Farid se había guardado el móvil en el bolsillo pudieron ser varias, pero la más acertada quizá fuera el no querer desprenderse del único vínculo para mantener comunicación con alguna persona cercana. Quizá antes del momento de su muerte quiso escuchar una voz querida y compartir su destino.

13

La basura se apilaba en montones sobre la calzada y en la misma acera. Allí se movían las ratas gigantes, los cerdos salvajes peludos y los perros callejeros. Todos comían de aquellos desechos.

Pero por muy dolorosas que fueran sus vidas, los habitantes de las chabolas de Bombay eran libres de vivirlas. La ciudad era libre. Era un espíritu vivo espontáneo. Todo tipo de enfermedad y calamidad estaba representada allí.

Al recién llegado aquel espectáculo podía impregnarle de vergüenza y rechazo. Mendigos, tullidos, enfermos. Todo era salvaje y excitante.

Los colores eran vibrantes. Las fragancias muy fuertes. La estridente música en hindi de películas comerciales de Bollywood era sonora. Las voces en distintos idiomas como el maratí, predominante de Bombay, eran fuertes y ruidosas. Las bocinas de los vehículos que nunca dejaban de sonar y el graznido de los cuervos eran como una tormenta de lluvia sobre techos de plástico, cartón, madera y chapa metálica. Todo aquello era como la representación de un complejo y extravagante drama.

David Ribas era conocido en todos los rincones del suburbio. Con frecuencia, una gran variedad de personas le saludaban con respeto. Era admirado, pero también temido porque sabían con quién estaba asociado.

Los suburbios eran viviendas absolutamente carentes del menor atisbo de planificación. Surgían y desaparecían. Se destruían y volvían a formarse. Era un lugar muy fácil para perderse. Estaba compuesto de innumerables pasadizos, serpenteantes esquinas y callejuelas. Incluso un residente podría sentirse desorientado si de la noche a la mañana desaparecían ciertas chabolas y el paisaje se modificaba.

Muchas viviendas eran idénticas, ya que las estructuras eran las mismas: paredes de esteras de caña tejidas a mano y sostenidas por palos de bambú atados con cuerdas de fibra de cocos. La mayoría eran de las mismas dimensiones: en el interior se podría dar cuatro pasos de largo por dos o tres de ancho. El suelo era simplemente el terreno alisado y aplanado. Quien pudiera permitírselo ponía madera o alfombras. La puerta no era más que chapa de madera o de metal que colgaba de las bisagras hechas con cuerdas. Y el techo era plástico, concretamente y en muchos casos, robado de las pancartas publicitarias.

El español se encontraba sentado en un banco de madera. En su regazo tenía un plano extendido y alrededor estaban una veintena de chicos del suburbio, todos atentos a sus instrucciones.

Los jóvenes iban vestidos con vaqueros y otro con pantalones cortos. Las camisetas eran imitaciones indias de conocidas marcas occidentales: era lo que consideraban estar a la última moda junto con el corte de pelo como Cristiano Ronaldo o alguna estrella de cine indio. Unos llevaban zapatillas. Otros, chanclas de plástico.

David les explicó dónde tenían que situarse y vigilar la presencia de cualquier extraño. Bajo ninguna circunstancia debían acercarse o hablar con él. Todos llevaban teléfonos móviles. Había creado un grupo de WhatsApp y debían comunicarle inmediatamente cualquier sospecha.

—¿Y si es una mujer? —preguntó un chico.

—No lo es —respondió David—. Porque ha matado con sus propias manos a dos hombres adultos que estuvieron a punto de cogerle.

Sameer, con una sonrisa de felicidad que dejaba a la vista una fila de dientes ligeramente separados y de color marfil, le hizo saber haciendo señas que él se quedaría en el parque donde solían jugar al críquet.

—Ni hablar. —David gesticuló y movió a la vez los dedos en el aire —. Te vas cerca del colegio y te quedas sentado junto a un árbol. Además, aprovecha para leer.

El joven dejó de sonreír e hizo amago de pegar una patada en el suelo. Los demás chicos se rieron.

—De acuerdo —claudicó Sameer moviendo la mano a la altura del pecho. Enseñó el puño a los demás. Su gesto provocó más risas.

/head >

14

Chandru solía conservar una expresión impasible. Cuando recibía una orden, la cumplía de inmediato. Era un experto cirujano, pero también era un sádico. Era un asesino. Lo que hacía no era por dinero, sino por placer.

Esto lo sabía su jefe, Manzoor Khan, a quien obedecía. Hacía tres días le había dicho que quería riñones. Había un comprador impaciente. Chandru había operado a dos niñas y entregado a Manzoor los órganos en los maletines especiales herméticos con los que los mantenían a una temperatura correcta hasta hacer uso de ellos en los trasplantes.

Estaba limpiando el suelo de la sala de operaciones. El encuentro del día anterior con aquellos dos hombres en el bosque había sido un percance imprevisto. No había informado a Manzoor. Sin embargo, cuando hiciera la siguiente entrega, se lo diría.

Quizá sería buena idea mudarse al estado de Tamil Nadu. Allí no verían extraño que desaparecieran niñas. Incluso a lo mejor lo verían con agrado, ya que para muchos hindúes de casta brahmán el tener niñas en vez de varones lo consideraban una mancha, un estorbo, y un castigo divino si eran más de una.

Los habitantes del suburbio ya estaban en alerta. Su jefe comprendería que debían dejar pasar un tiempo.

Movía el palo de la bayeta sumido en estos pensamientos ajenos a la niña desnuda y amordazada que le miraba aterrorizada desde un rincón de la pared. De repente notó un gran hedor en el ambiente. Dejó el palo apoyado en la pared y echó una mirada de enfado hacia la niña.

—¡Otra vez te has hecho las necesidades en el suelo! —gritó—. ¡Te dije que en el cubo! ¡Maldita seas!

Fue hacia la niña arrastrando los pies. El suelo de alrededor estaba lleno de heces y orina. Tuvo que moverse por los laterales para no ensuciarse los zapatos. «Maldita seas», siguió diciendo. Tiró de la cadena, lo que hizo que el cuerpo de la niña saliera disparado contra el suelo.

Para limpiar la habitación, Chandru quería encadenarla a una pata de una camilla metálica, atornillada en el suelo de cemento. Tiró de nuevo con fuerza, pero en el impulso se resbaló en el charco de orina, cayendo de espaldas.

La niña vio su oportunidad. Salió corriendo arrastrando la cadena hasta desaparecer por un pasillo angosto.

—¡Maldita seas! —gritó Chandru.

SEGUNDA PARTE
CRÍMENES Y CASTIGOS

15

No había tiempo que perder.

Tras concluir la operación, cuidadosamente ejecutada, se dirigieron con rapidez de vuelta al Cervantes, pasando desapercibidos entre numerosas ambulancias y coches de la policía que circulaban en sentido contrario. Una vez allí, sin más demora y gracias al localizador instalado, conocieron toda la información que poseía el teléfono móvil.

Julián Fernández era quien dirigía la organización El Cervantes. Tenía el escaso cabello canoso y alborotado, y unas gafas que le caían por el largo puente de la nariz. Con los años parecía sentirse más cómodo pertrechado en una imagen de profesor de instituto distraído que en el papel de implacable director de inteligencia.

España vivía una crisis económica como consecuencia de las malas decisiones políticas implantadas antes y durante la pandemia global del coronavirus. Lastraba una crisis de verdad. La oposición gobernaría tras las elecciones generales y la situación se les achacaría exclusivamente a ellos, no al anterior gobierno que destrozó al país con políticas comunistas.

El coronavirus SARS-CoV-2, conocido por Covid-19, se detectó por primera vez en la ciudad china de Wuhan a finales de 2019. Desde entonces empezó a expandirse despacio. Pero al estar la población mundial interconectada, se difundió por todos los rincones del planeta de manera incontrolada. Aquel brote mató a millones de personas además de contagiar a otras tantas.

Se mantuvo en cuarentena a la población para impedir el contagio y trasmisión del virus. Los hospitales colapsaron. Se prometió una vacuna. Salían expertos por doquier en los medios de comunicación y redes sociales dando sus conclusiones: cada cual decía que sus argumentos eran los más acertados.

Mientras tanto, los organismos y cuerpos de seguridad del Estado no podían hacer nada frente a la masiva y creciente inmigración ilegal. Cada vez el peligro era mayor. Se hablaba de refugiados de la guerra, del hambre en África. Todo mentira.

Era una implacable invasión fomentada por políticos y gobernantes. Y los islamistas estaban aprovechando las fisuras en la democracia española para penetrar y formalizar su presencia.

Las mafias del tráfico de personas, amparadas por supuestas organizaciones humanitarias, aprovechaban el caos generado por la

crisis del coronavirus para intensificar sus actividades. Más y más pateras con inmigrantes ilegales llegaban a las costas españolas.

El islam que exportaba la inmigración ilegal cada vez más era una amenaza para la identidad religiosa y cultural de España. Los ataques de jóvenes musulmanes contra la población habían aumentado bruscamente. Algunos partidos políticos de derechas aprobaban la inmigración siempre y cuando fuera legal, no ilegal, como fomentaba la extrema izquierda española.

Pero el Gobierno socialista-comunista con su agenda antiespañola, al parecer, había agitado la botella y quitado el corcho: promovía la inmigración ilegal descontrolada a través de fundaciones, organismos y ONG con oscuros propósitos.

En el noroeste del país la comunidad musulmana ya había promocionado el uso de *hiyab* entre las jóvenes con una campaña bien orquestada. A las chicas se les hacía ver que era una forma de mostrarse rebelde contra «el sistema opresor cristiano de España». Un empoderamiento, como lo llamaban. En los institutos los profesores también lo fomentaban argumentando valores de diversidad y multiculturalismo. No veían que el uso del *hiyab* era una aberración, una cárcel, un retroceso en las libertades de las mujeres, ya que uno de los principios fundamentales de llevarlo era separarlas del hombre.

Los líderes islamistas españoles ligados a los Hermanos Musulmanes utilizaban el uso del *hiyab* entre las jóvenes en colegios e institutos para ir erosionando a la sociedad española y penetrando en niveles con más influencia y poder, como el político. Recientemente habían entregado a políticos catalanes un manual de buenas prácticas que debían tener los cuerpos de seguridad del estado. Y poco a poco se fueron cargando el principio de igualdad entre hombres y mujeres con el que había convivido España.

Esto ocasionó que las jóvenes musulmanas no pudieran negarse o rebelarse contra el matrimonio forzado o no usar el *hiyad* porque la sociedad española había normalizado estas prácticas incluso con marketing en anuncios de ropa deportiva y campañas de publicidad en televisión y redes sociales.

Para los islamistas cada chica joven que llevaba un *hiyab* suponía una conquista en el espacio social, político y académico. Cada mujer con *yihab* por las calles españolas era un triunfo acompañado y patrocinado por la desidia y dejadez de los políticos.

Por otro lado, las fuerzas de seguridad del Estado no estudiaban, analizaban, controlaban o investigaban qué tipos de oratorios y mezquitas operaban ni cómo se financiaban. Una cosa era la libertad de culto, respetada y protegida, y otra muy distinta era el activismo político.

La política islámica era muy inteligente en este asunto y penetraba

cada vez más en el país utilizando el manto de la religión para dominar a la sociedad.

El trabajo que hacían en el Cervantes abarcaba numerosos y distintos aspectos, era una mezcla de maniobras electrónicas y fuentes humanas. Sus agentes operativos eran expertos en el arte del engaño. Disponían de autoridad para retirar de la circulación a potenciales terroristas antes de que atentaran contra los intereses de España o sus ciudadanos. No arrestaban a nadie si no les convenía. No esperaban autorización del Gobierno para sus acciones. No tenían por qué recibir órdenes judiciales para entrar o espiar a ciertos individuos. Todo eso era una insensatez en el lodazal políticamente correcto en el que se había convertido España.

Trabajaban con muchos infiltrados y colaboradores que llevaban a cabo labores de inteligencia en grupos islamistas y mezquitas de todo el país.

Los islamistas se habían aprovechado del rechazo natural de los españoles al racismo y se habían forjado poco a poco la condición de víctimas. Todo aquel que criticase sus opiniones o costumbres promovía la islamofobia y era un racista.

España se degollaba a sí misma con el cuchillo del buenísimo y de la corrección política. Incluso oficialmente ya no se felicitaba con «Feliz Navidad» en organismos públicos, sino con un simple «Felices Fiestas» para no ofender a los no cristianos.

El catolicismo dogmático estaba perdido tratando de actualizarse en las ideologías que pretendían destruirlo, primero con el islam y segundo con el comunismo. «Lo importante es el consenso», decía desde sus instituciones la Iglesia católica tomando palabras prestadas de la política de la extrema izquierda.

En vez de combatir intelectual, espiritual y culturalmente a los grandes enemigos de la Iglesia católica y del cristianismo en general, buscaban la hermandad con los islamistas y los comunistas.

Por eso comunistas y musulmanes eran aliados, porque su objetivo final era la destrucción de la civilización occidental cuyo pilar principal se encontraba en el cristianismo.

Las mezquitas eran centros de adoctrinamiento. Los musulmanes tenían en abundancia algo que a los españoles se les había agotado con el trascurso del tiempo. Ese *algo* se llamaba fe. Además, los imanes establecían un código moral que acataban. Eran los que decidían qué estaba mal y qué estaba bien, no la ley del orden. Porque para el fundamentalismo islámico no había separación entre lo religioso y lo político. Los islamistas creían que la ley humana era inferior y debía ser reemplazada por la *sharia*. España y el resto de Europa debían ser islámicos.

Recientemente los agentes operativos del Cervantes habían

desarticulado una célula terrorista cuyos miembros eran de origen pakistaní y argelinos que pretendían chocar una furgoneta cargada de barriles con fertilizante de nitrato de amonio, Tovex y nitrometano contra los muros del edificio del ayuntamiento de Madrid. Esta gente había estado operando en la sociedad española bajo la inocente tapadera de una cadena de frutas y verduras.

Los sondeos del Gobierno para las próximas elecciones le daban unos resultados demoledores. Por este motivo querían una mayor comunidad de inmigrantes ilegales a los que les regularizarían su estancia para poder votar en su favor demonizando a la indignada oposición.

Nunca antes había sido tan relevante Sun Tzu y su célebre obra *El arte de la guerra* en la que hablaba de la gran importancia que tenían las fuentes humanas dentro de la guerra y de la necesidad de su uso razonable y sabio por parte del gobernante, ya que, con la información adecuada, una guerra que se podía prolongar meses o incluso años, con un gran coste económico y en vidas para el pueblo, podría terminarse en un solo día mediante una operación acertada. Una operación acertada como la que Laura García y su equipo acababan de culminar con éxito.

Por razones de seguridad y porque el tiempo apremiaba, Julián Fernández decidió no informar a las autoridades sobre el móvil hallado en uno de los terroristas abatidos.

Varun Grover señaló el resultado inmediato en la pantalla gigante de la sala de operaciones: no solo averiguó que varios de ellos como Farid Hamsho habían viajado desde Barcelona para unirse a Muhammad Idriss, líder de la célula, sino que mostró el itinerario recorrido. Señaló el almacén utilizado como laboratorio por Naga Chaitanya, lugar desde donde habían salido para cometer el atentado.

Julián dio la aprobación para que Laura con dos de sus hombres, Tom y Fabián, fueran a investigar aquel sitio en la periferia de Madrid. Mientras, Óscar y parte del equipo operativo se habían marchado a Cataluña: neutralizarían por completo una célula yihadista que habían mantenido vigilada desde hacía tiempo y que tenía intención de atentar con explosivos en Barcelona.

Una vez en el extrarradio de Madrid, Laura y su equipo condujeron durante más de un kilómetro, saliendo a una carretera que les llevó a una zona industrial. Siguieron durante unos trescientos metros hasta que Fabián detectó en la pantalla digital el lugar exacto y le señaló la nave a Tom.

El sitio estaba rodeado de una valla de tres metros de altura y tenía una fila de alambre cortante por encima. Conforme se acercaron

vieron unos carteles que anunciaban que el recinto estaba vigilado por una empresa de seguridad privada. Era mentira, ya lo habían comprobado.

Tom paró frente a la puerta metálica. Fabián salió con una pesada cizalla cortadora de pernos. Rompió la cadena sin problema alguno. Abrió de par en par la puerta, volvió a subir de un salto a la furgoneta y recorrieron un camino de tierra durante unos cincuenta metros.

Al llegar a la nave salieron de la furgoneta. Iban armados y con guantes especiales. No debían dejar huellas, ya que cuando terminaran llamarían a la policía para informar. Dieron una vuelta alrededor de la edificación comprobando todas las puertas de acceso antes de decidirse por forzar una.

Fabián entró el primero y encendió las luces. Los tres se adentraron por el interior. En un primer momento el olor les causó una sensación muy rara. Presagiaban que se iban a encontrar algo horroroso. El tufo era inequívoco: ahí se habían cometido crímenes sangrientos.

Quedaron impactados al entrar en la siguiente sala, donde estaba instalado el quirófano.

Aquello parecía una escena extraída de una película de ciencia ficción. Laura señaló un escalpelo en el suelo. Lo recogió con cautela. Había rastros de sangre en la hoja. Lo dejó de nuevo con todo cuidado en el mismo sitio.

En un armario encontraron gorros, batas y botines para operar. Comprobaron los tamaños. Todo era de una misma talla. Todo había sido lavado. Todo indicaba que era una sola persona quien hacía uso de aquel quirófano. Un set era completamente nuevo y estaba doblado y protegido por una bolsa de plástico hermética.

Dejaron las prendas como estaban. Más tarde, la policía y los peritos se encargarían de examinar muestras, si las hubiera, de cabellos y fibras.

A medida que inspeccionaban el lugar, la inquietud de los tres iba en aumento.

Laura señaló a Fabián una llave colgada de un clavo, aquello era algo extraño. Hicieron un recorrido intentando buscar una puerta o acceso secreto. Al cabo de un momento Tom hizo una señal hacia un zaguán al pie de una escalera. Había manchas secas y oscuras. «Sangre», gesticuló Fabián en silencio a sus compañeros.

La puerta era metálica. Se resistió a abrirse un instante y luego lo hizo de golpe. Descendieron al sótano. Se encontraron una sala larga y angosta donde había un fregadero extrañamente grande, un frigorífico de dos puertas desproporcionadamente ancho y una cámara frigorífica industrial.

Fabián y Tom inspeccionaron una de las habitaciones. En todas había mesas metálicas atornilladas en el suelo con correas de cuero

para sujetar brazos, piernas y la cabeza de una persona.

Cuando Laura abrió la cámara frigorífica un vaho de aire frío salió del interior. En los laterales había baldas llenas de cajas y frascos enormes. No consiguió distinguir nada. Se giró y encendió el interruptor. Lo que vio hizo que parpadease violentamente. Dio unos pasos hacia atrás, chocando con sus compañeros, que acaban de entrar.

—Mierda —masculló Tom.

Los tres recordarían por mucho tiempo los ojos de las personas muertas que les miraban fijamente desde cabezas cercenadas dentro de grandes tarros de cristal, con tapa de rosca, llenos de un líquido claro con un ligero tinte amarillo.

—Necesito tomar aire —dijo Laura yendo de regreso al exterior. Sus compañeros la siguieron.

Cuando estuvieron fuera Laura suspiró. El aire fresco constituía un alivio después de respirar el espeso y fétido olor del interior de la nave.

—¿Qué habrán hecho con los cuerpos? —preguntó Fabián.

—¿Quemarlos? —inquirió Tom.

Los dos se giraron y miraron a Laura, que observaba el campo.

—No, los han enterrado —dijo por fin—. Tienen que estar por aquel lugar. Los cuerpos de las últimas niñas los tiraron en descampados, lejos de aquí. Pero antes debieron de deshacerse de otras víctimas en este lugar.

—Entonces, quiere decir que aquí debe de haber bastantes personas enterradas —repuso Fabián.

Ella reflexionó y asintió meditabunda.

—Eso también creo yo.

Los tres caminaron en dirección a un estrecho sendero. Los pasos quedaban ahogados por la gruesa tierra oscura. Unas palas y carretillas volcadas boca abajo estaban tiradas en un montón de tierra.

—Tengo la impresión de que este terreno ha sido removido hace ya un tiempo —dijo Tom—. Lo han ido chafando y, además, han crecido todos estos matojos silvestres.

—Pero aquella zona ha sido removida hace muy poco —dijo Laura señalando un terreno a pocos metros.

Luego cogió una pala y la clavó en el suelo. Comenzó a echar tierra a un lado. Al cabo de un momento apareció el primer cuerpo enterrado.

—¡Joder! —exclamó Fabián al ver un brazo humano.

—Creo que estamos encima de una enorme fosa común —dijo Laura.

Tom y Fabián cavaron en otros lugares. Fueron apareciendo más cuerpos de chicas jóvenes. En un terreno blando y húmedo

encontraron el de un hombre que vestía de médico.

—Este debe de ser el cirujano —comentó Fabián.

—Los terroristas lo habrían matado por alguna disputa entre ellos.

—Tomadle las huellas y mandadlas al Cervantes.

Sirviéndose de un pequeño aparato le escanearon las huellas y directamente mandaron las imágenes a Varun Grover. Llegaron a contar catorce cuerpos. Todos ellos pertenecerían a las mujeres cuyas cabezas estaban guardadas en la cámara frigorífica.

Laura rompió el silencio.

—Larguémonos de aquí cuanto antes. No conviene que desenterremos del todo todos los cuerpos. Cuando llamemos a la policía debemos avisarles para que envíen a un equipo forense.

De vuelta, Laura se sintió embargada por un sentimiento de culpa. Todos estaban en silencio. Fabián conducía y le echó una mirada.

—No puedo ni imaginarme el tormento que debieron de sufrir esas niñas —dijo sin apartar la mirada de la carretera.

—Yo sí, y es lo que me inquieta —contestó Laura apesadumbrada. Sin embargo, se reprendió por pensar de esa manera. En aquellos momentos debía mantenerse firme y recompuesta anímicamente para poder tomar decisiones correctas.

16

Por el modo en que el hombre caminaba hacia el parque se podría decir que era un profesional. Se le veía la cautela en la mirada, eso no lo podía disimular.

Se llamaba Rahul Patel y, sí, estaba en forma y era muy ágil, aunque la ropa informal que llevaba le ocultaba a propósito su figura musculosa. Quería pasar desapercibido. Lo que desconocía era que, como en la historia de Dickens en su *Oliver Twist*, muchos niños de la calle andaban pendientes de dar caza al secuestrador de niñas.

Pensaba que jugaba con el factor sorpresa. Había viajado de Sudáfrica a la India con el propósito de matar a David Ribas. Pero le habían advertido que no le sería fácil.

Matar por encargo no resultaba fácil, pero para un asesino a sueldo como él, aunque hubiera demasiadas cosas que podían salir mal, era algo que no podía ni permitía que sucediera. Además, el millón de dólares por matar al español era un incentivo.

Se había pasado días dando vueltas por Bombay. No conseguía dar con aquel hombre, del que le habían hablado como extremadamente peligroso y resuelto en guerra urbana. Finalmente dio con él en el *Ahkara*, y gracias al dispositivo instalado en su motocicleta le había estado monitorizando. Ahora solo esperaba atacarle en el lugar y momento más propicios.

A decir verdad, no se podía creer que un asesino con la reputación de David Ribas permaneciera en el lodazal de los barrios más bajos de Bombay con el dinero que pudiera ganar trabajando como sicario para un empresario sin escrúpulos, un magnate o una corporación privada.

En Sudáfrica estaba acostumbrado a amenazar a su objetivo para meterlo dentro de un vehículo, llevarlo a una zona aislada, matarlo y deshacerse del cuerpo. Pero en la India se estaba dando cuenta de que era extremadamente complejo por falta de apoyo logístico sobre el terreno. Así pues, debía terminar con el objetivo en una zona pública abarrotada de gente. Porque ¿en qué lugar de Bombay no había gente, mucha gente?

David cruzaba el parque con rapidez. Había puesto a los chicos en zonas estratégicas de los alrededores del suburbio y en lugares específicos de la ciudad. Él debía estar en un punto central para poder acudir de inmediato cuando le informaran de cualquier amenaza. Hacía escasos minutos le habían advertido de un sospechoso, así que acudió de inmediato, pero fue una falsa alarma. Se trataba de un

mochilero turista extranjero que fumaba cannabis con un Sadhu —asceta hindú— compartiendo una tradicional pipa cónica hecha en arcilla llamada *chilum*.

Rahul lo observó caminando de una punta a otra por el verde césped del parque. Sopesó sorprenderle por la espalda. Para ello utilizaría un cuchillo. Se lo clavaría una, dos y tres veces, dejándolo sangrar detrás de algún espeso matorral. Para cuando alguien llamara a una ambulancia y acudieran al lugar habrían pasado horas.

Pero en el último momento David recibió un mensaje por WhatsApp. Un crío que se había subido a lo alto del tejado del templo ubicado en el lateral del parque le informaba de que un hombre con aspecto extraño se encontraba a su espalda.

David se dio la vuelta.

17

Samuel no hizo caso a David Ribas. Camino en dirección al gran parque donde jugaban al críquet. A fin de cuentas, era el lugar donde los jóvenes se reunían. Si hubiera un sospechoso sin duda estaría ahí.

Para llegar cuanto antes se desvió bordeando el suburbio. Se adentró en el bosque. Un grupo de langures grises con sus caras negras ejecutaron saltos por el sendero y desaparecieron por la espesa vegetación.

Sonrió ante aquel espectáculo y continuó. Entonces le llamó la atención una destartalada valla de madera en un lateral del camino. Parecía que alguien había colocado las tablillas a modo de puerta de acceso. Se acercó. Supo que alguien había puesto ramas encima para que aquella entrada pasara desapercibida. Quitó un tablón y pasó por encima. Frente a él había un sendero lleno de baches y flanqueado por mucha vegetación. Miró por el suelo. Las hojas estaban chafadas. Alguien vivía por el lugar, ya que era frecuentado.

Le entró la curiosidad ¿a dónde llegaba? Siguió caminando.

Entonces vio a lo lejos una edificación cubierta por la vegetación. Anteriormente había visto templos abandonados en medio de la selva, lugares donde habitaban los monos y otros animales salvajes. Pero aquello no era un templo olvidado por la Administración.

En una ocasión había leído sobre el costo de reparar un templo, y por este motivo los *pandits* —sacerdotes hindúes— preferían los modernos lugares de culto en la ciudad a los viejos del interior debido al trabajo que llevaba mantenerlos. Aquel edificio estaba cubierto de hierbajos.

Al acercarse más sintió una brisa. Su sentido de supervivencia se agudizó. Ya está. Un leopardo. No le dio tiempo de apartarse. Algo pesado y grande como un animal se le echó encima. Chocó con él tan fuertemente que cayeron al suelo agarrados, como un gran abrazo.

Era su fin. Acabaría devorado. Entonces sus ojos se abrieron de golpe. No tardó en darse cuenta de que era una niña y se encontraba desnuda. Le tenía abrazado con tal fuerza que le hacía daño en la nuca. A sus pies vio una pesada cadena.

18

David no vio a nadie. Siguió caminando y se dio la vuelta dos veces. Nadie. Empezó a creer que el chaval se lo había imaginado. Le mandó un mensaje preguntándole si estaba seguro. El chico le contestó: «Se ha escondido. Está aquí en el parque. Te lo juro. Hombre alto con gorra».

Observó en derredor y volvió a girarse. Vio una bandada de palomas catapultadas en el aire. Había escondido alguien entre la frondosidad del parque. Los pájaros piaron alborotados como protesta por aquella perturbación.

El español estaba amenazado de muerte por diversas organizaciones criminales. En el pasado ya había tenido que enfrentarse a asesinos que viajaban a Bombay con el fin de matarle. Lo mejor que podía hacer era sacar a ese hombre del parque y evitar que alguna bala perdida diese a un inocente si hubiera disparos.

Salió del parque. Verificó que no hubiera vehículos sospechosos aparcados, examinó las aceras y se encaminó hacia su motocicleta. Metió la llave de contacto lo más deprisa que pudo, arrancó el motor y puso la marcha. Un *autorickshaw* venía desde el extremo de la calle a toda velocidad y David no despegó los ojos del conductor mientras daba marcha atrás para abandonar la acera. Pero detrás del *autorickshaw* había varios coches.

Vio una motocicleta negra: el conductor llevaba puesta una gorra y esos hombros no eran comunes en jóvenes de la zona. Peligro. Enseguida giró la rueda delantera hacia la calle y rápidamente enfiló sobrepasando al *autorickshaw* y abandonando el lugar.

Bordeó el parque pensando que el peligro lo tenía detrás. Estaba equivocado. El motorista de la gorra se había metido dentro del parque y lo había cruzado con la intención de sorprenderle.

David agachó la cabeza justo cuando una ráfaga de disparos caía sobre él. Probablemente el asesino utilizaba algún tipo de pistola semiautomática. Aceleró aún más conduciendo a través del tráfico. Miró por el espejo retrovisor, ningún peatón se había dado cuenta de lo sucedido: las balas habían impactado en el remolque de un camión.

Necesitaba ganar al menos unos quince minutos de ventaja. Su agresor también conducía con agilidad entre el tráfico. Era asombrosamente competente. Entonces encontró el lugar adecuado. Era una intersección menos concurrida. Giró violentamente, cruzó la mediana y dejó la moto en ralentí junto al arcén. Luego abrió la

alforja de aluminio adherida a un lateral de la moto. Del fondo sacó una pistola, ignorando las balas que impactaban contra el vehículo Tata Safari que había aparcado varios metros más adelante.

El motorista se acercaba. David se plantó de pie en medio de la calzada. Miró al frente. Le alcanzaría como tiro al plato. No habría fallo. El motorista iba a su encuentro, a su muerte. ¿Lo sabría? Si era un profesional como le había dado a entender, seguro que reaccionaría esquivándolo de alguna forma.

David empezó a exhalar de forma más espaciada. Cinco segundos para que el motorista estuviera en su blanco. Alzó el brazo. Su ritmo cardiaco y la respiración se redujeron. Necesitaba frialdad absoluta para garantizar dar en el blanco y matar. Pero antes de que apretase el gatillo, su adversario hizo un desprevenido giro hacia la mediana, la sobrepasó, arrolló una hilera de conos naranjas, aceleró y desapareció entre el tráfico de la calzada contraria.

David giró la cabeza. Vio en el pavimento a un chico grabándole con el móvil.

—*Arre*, *bhai* —dijo el joven con una sonrisa de oreja a oreja, mostrando su sorpresa por lo que había presenciado—. Ha sido como una película de acción.

David tenía flexionados los músculos de las manos que empuñaban el arma, bajó el brazo con los dedos en el seguro del gatillo. Se aguardó la pistola bajo el faldón de la camisa.

—Abhishek, ¿cómo has llegado hasta aquí?

El joven señaló con la cabeza a otro subido en una escúter: Ram, un espabilado chico del suburbio que le saludó tímidamente alzando la mano.

—Deja de grabar. Ya —le conminó David. Él hizo lo que se le ordenaba—. Borra todas las imágenes.

—No, David *bhai* —se quejó amargamente—. Cuando lo vean los demás fliparán.

David se acercó y le arrebató el móvil. A lo lejos comenzó a escucharse el sonido entrecortado de las sirenas de la policía. Seleccionó lo grabado y lo eliminó. Le devolvió el aparato.

—Os dije a los dos que os quedarais alrededor de Thapar Market —les advirtió.

—¿Era esa la persona que buscamos?

—No.

—¿Y quién era?

—Como has visto, es una persona mala. Ahora perdeos.

—Está bien —asintió el chico con cara triste.

El coche de la policía se acercaba.

David saltó sobre el sillín de la moto, todavía en ralentí, dio marcha atrás y haciendo chirriar la rueda trasera puso lo más rápido

posible la mayor distancia que pudo entre él y su agresor donde fuera que estuviese.

Al cabo de unos minutos desde la calzada observó las inmediaciones del colegio. No vio a Sameer. Aparcó en el borde de la acera, sacó el teléfono móvil y le mandó un mensaje de texto.

19

La niña le gritaba tan cerca de la cara que él podía oler su aliento dulce, mezcla de canela y carvi.

Sameer movía la cabeza de un lado a otro, tragaba saliva, confundido. No conseguía leer sus labios. Si ella no aflojaba el abrazo, él no podía echar la cabeza hacia atrás y entender lo que le decía a gritos.

Se puso de pie con la niña pegada a su cuerpo. Le oprimía con sus piernas alrededor de la cadera. Calculó que no tendría más de diez años y continuaba con sus lloros, insistiéndole en tono de súplica que corriera, que había un asesino que quería matarla. Pero él no podía escucharla. Al final consiguió ladear la cabeza, leyó sus labios y entonces lo entendió.

Entonces su teléfono sonó y luego vibró. Lo sintió en su bolsillo. Lo sacó a duras penas mientras la niña seguía llorando.

Era David: «¿Dónde estás? Sé que no has ido donde te dije. Espero respuesta». Él contestó escribiendo de manera atolondrada con los dedos de una mano. Le informó de la niña y del lugar que había descubierto.

David no tardó en contestarle: «No te muevas. Quédate donde estás. Voy».

20

David miró por el retrovisor, contempló las calles mojadas. Nada. No vio peligro alguno. Continuó circulando entre el denso tráfico de la ciudad. Sameer podía estar en peligro, debía darse prisa en llegar al lugar que le había mencionado.

Semáforo en rojo.

Aprovechó para echar un vistazo alrededor. Entonces notó la presencia del misterioso asesino. De nuevo con la gorra y en la misma moto. Soltó un bufido. Otra vez tenía que conseguir atraerle a una zona alejada del tráfico y de viandantes para hacerle frente.

Pisó el acelerador.

Calibró las condiciones y llegó a la conclusión de cuál sería el lugar idóneo. Esta vez no fallaría. Al cabo de unos minutos se desvió y tomó una calle en dirección a un parque público rodeado por una zona residencial. A aquella hora del día no habría mucha gente en los alrededores.

Al tiempo que sacaba la pistola, frenó y dejó la moto en ralentí, como había hecho antes. Pero en esta ocasión no se quedaría de pie esperándole. Corrió por la calzada a su encuentro. Su adversario estaba desprevenido.

Rahul, sorprendido, vio a su objetivo corriendo hacia él con la pistola en la mano. No tenía posibilidad alguna de girar como lo había hecho hacía unos minutos ya que estaba atrapado: a la izquierda un edificio, a la derecha otro. Si daba la vuelta con la moto sería blanco fácil.

Dos opciones: bajar y hacerle frente o intentar girar y salir de aquella calle cuanto antes corriendo el peligro de recibir un disparo en la espalda.

Demasiado tarde para dar marcha atrás.

David se plantó en medio de la calzada, apuntó y disparó. El neumático delantero explotó, lo cual provocó que la motocicleta chocase contra un vehículo aparcado. Vio cómo el motorista salió despedido por encima del capot. Corrió dispuesto a acabar con él. Actuó con la máxima celeridad porque probablemente el otro ya estaría sacando su arma. Pero cuando dio la vuelta al vehículo, no había nadie. Observó alrededor. Lo vio cojeando a lo lejos, alejándose del parque. Levantó la pistola, pero el hombre estaba fuera de tiro. Así que guardó el arma.

Volvió a su moto. Pisó el acelerador, giró por una calle y

desapareció.

21

Sameer no podía seguir esperando. Le dolía el cuello y la espalda. La niña no dejaba de llorar. Decidió tomar la iniciativa. Se encontraría con David en el camino de vuelta.

En ese preciso instante Chandru apareció como una tromba.

—¡Alto! —ordenó.

Al escuchar la voz, la niña se aferró aún más fuerte al cuerpo de Sameer, buscando protección. El joven parpadeó al ver a aquel hombre con aspecto tan peculiar. Lo reconoció. Sí. Lo había visto en alguna ocasión haciendo ejercicio. Sí, ahora estaba claro. Lo había visto con chándal y zapatillas de deporte caminando como los demás alrededor del parque.

Entonces ¿era él el asesino? ¿Aquel hombre era quien secuestraba a las niñas?

La chiquilla gritaba, sollozaba, se resguardaba el rostro en el hombro de Sameer. Todo su cuerpo temblaba.

¿Qué iba a hacer?

Dio unos pasos hacia atrás. Decididamente iba a echar a correr.

Chandru se dio cuenta y levantó el brazo amenazándolo con un cuchillo, que estaba tan bien afilado que su ancha hoja brillaba.

—¡Dame a la niña o tendré que hacer uso de la fuerza! —dijo. De todos modos iba a matar a aquel entrometido. ¿Cómo había llegado al sendero? ¿Habría llegado con amigos?—. ¿Hay alguien más contigo?

Sameer quedó aterrado. Leyó sus labios. La voz de aquel siniestro personaje era áspera, pero advertía un tono retumbante y tiránico aunque no la oía. Negó con la cabeza. La niña, con la respiración agitada, se aferró con más ahínco a su cuerpo. Tenía hinchada la vena del cuello. Entonces se dio cuenta de que era mejor contestar que sí y asintió con la cabeza.

Chandru observó al joven intruso. Se inclinó hacia atrás y mirando a la copa de los árboles soltó una sonora cargada.

—No puedes hablar, ¿verdad? —preguntó. Notó que el joven le leía los labios y esbozó una sonrisa forzada—. Y además sordo. Perfecto. Pues ahora vas a llevar a la niña al interior de la casa —ordenó pronunciando las palabras con exagerados movimientos de la boca a la vez que señalaba con el cuchillo el edificio.

Al escucharlo, la niña pequeña comenzó a sacudir la cabeza, alterada, parecía que se iba a quedar sin aire.

Sameer estaba confundido. ¿Cómo actuar? El cuello le sangraba

por la forma en la que se agarraba la niña. Aun clavándole las uñas el miedo que sentía por la presencia de aquel hombre superaba cualquier dolor. Le obedeció, se encaminó hacia la casa. La niña mantenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada sobre su hombro.

Si la fachada estaba llena de desconchones y descuidada, el interior estaba muy limpio, como todas las dependencias.

—¡Abajo! —gritó Chandru señalando una puerta.

Sameer vio que le apuntaba con el cuchillo en alto a una escalera: comenzó a bajar los escalones que conducían al sótano.

Varias bombillas desnudas iluminaban el lugar. El suelo era de cemento. Al descender, notó un olor sofocante que saturaba el aire. Lo reconoció: la muerte. Había asistido a muchos funerales y sabía detectar su presencia. En realidad, era el típico producto químico que se utilizaba para desinfectar lugares donde había sido depositado un cadáver. Ese olor era profundo y peculiar.

Chandru empujó a Sameer a una habitación. Él y la niña cayeron sobre un colchón. Las lágrimas de la niña le surcaban las mejillas, sin embargo, estaba tan aterrada que no conseguía gritar.

—Suéltala —musitó Chandru.

Sameer movió la cabeza de un lado a otro. Entonces Chandru levantó el cuchillo y le hizo un corte en el antebrazo. Sameer retrocedió y tomando impulso le arreó una patada en la espinilla. Chandru se enderezó. Estaba más enfadado que antes. Ahora acabaría con aquel entrometido y después con la niña. Fue a abalanzarse con el cuchillo por delante cuando una mano le hizo girar en redondo. David Ribas lo puso de rodillas con una llave. El cuchillo cayó al suelo.

Chandru intentó desasirse de las garras de aquel hombre, pero este ejercía tal fuerza sobre su brazo que parecía que fuera a partírselo. Antes de que pudiese reaccionar, David le golpeó en la nuca haciéndolo desplomarse.

Sameer sonrió aliviado. La niña dejó de presionarle el cuello y la cadera, parecía que había perdido el conocimiento del trauma que había sufrido.

22

De vuelta en su apartamento Rahul Patel se miró la manga de la camisa. No había salido ileso de aquel último encuentro con David Ribas. Una bala le había rasgado la camisa y cauterizado la piel antes de empotrarse contra el coche aparcado. Se limpió la herida. No le preocupaba, tenía el cuerpo lleno de cicatrices por heridas de cuchillo y de bala durante anteriores misiones.

Consultó la hora. Se levantó y abrió el ordenador portátil que estaba encima de la mesa. Un mapa digital de Bombay cubría la pantalla. Un punto parpadeaba.

De momento, repondría fuerzas. Continuaría observando la ruta que iba tomando su objetivo. Quedaba claro que David Ribas había ganado el primer asalto, pero él no tardaría en volver a darle caza.

23

En aquella casa no había teléfono ni internet. David Ribas inspeccionó el lugar. Encontró habitaciones vacías que parecían celdas de prisión. Había grilletes y colchones manchados con sangre. Otra habitación era una librería. Títulos de medicina cuidadosamente alineados. Había archivadores con anotaciones de productos químicos. Lo más escalofriante fue ver la sala de operaciones.

Paredes de cemento gris, dos mesas para operar, bandejas con instrumentos quirúrgicos y lámparas muy modernas como las de los hospitales. Un armario estaba lleno de latas de Red Bull. Al lado una caja de anfetaminas. Con la mezcla estaría claro que te daría un subidón, aparte de volverte loco. Había muchos frascos, botes y medicamentos.

Abrió un cubo de basura: trapos con manchas de sangre seca. Sonó un ruido. Alzó la mirada. Una rata salió correteando sobre una tubería.

Hora de interrogar a aquel lunático.

El descubrimiento se mantendría en secreto. De lo contrario la población del suburbio acudiría y la multitud lincharía a aquel hombre hasta la muerte y arrasaría el lugar.

Hassena hizo mandar dos vehículos, uno con tres fornidos hombres que se quedaron con David y una furgoneta con dos médicos que llevaron a Sameer y a la niña a un hospital. David entró en la habitación donde los hombres de Hassena tenían maniatado en una silla a Chandru.

—¿Qué te parece si empiezas a decirme para quién trabajas? —preguntó. Vio a tres ratas corretear por un rincón de la pared y perderse por el pasillo.

Chandru estaba sorprendido por el físico de aquella persona y su peculiar acento. Una sonrisa malévola le asomó a la cara.

—Tú no eres de aquí. ¿De dónde eres? ¿Punjabí?

David hizo un gesto a uno de los fornidos hombres, que levantó el brazo y lo descargó sobre Chandru, que cayó de espaldas al suelo sobre el respaldo de la silla.

—Las preguntas las hago yo. ¿Dónde guardas los cuerpos?

—¿No lo sabes? —Le ofreció una sonrisa torcida.

Los ojos de David se volvieron hacia el lugar donde había visto a esas ratas y luego se clavaron en el rostro de Chandru. «Esto es una locura». «Espero que no esté en lo cierto», se dijo al tiempo que

cerraba los ojos un instante para mantener la compostura.

—Está claro que operarías con una mínima higiene, porque los órganos los vendías. ¿No era ese el propósito?

—En mi quirófano no entra ninguna rata, por pequeña que sea. Mis instrumentos están esterilizados. Todo está limpio, impecable.

—Ya. Doy por hecho que eres muy pulcro y selectivo. No has tenido remordimiento alguno en destrozar cuerpos de niñas inocentes e indefensas.

Chandru se encogió de hombros.

—Es el destino.

David dio un paso hacia adelante.

—El destino, ¿eh?, pues ya era hora de cambiarlo. Y si eres religioso más vale que te busques otra tabla de salvación.

—Ah, qué frase más profunda —replicó con sorna.

—¿Dónde te deshacías de los cuerpos?

—Tienes que relajarte. Te tomas las cosas demasiado en serio.

—Exacto —dijo David. Le abofeteó tan fuerte con el dorso y la palma de la mano que le partió el labio.

Chandru movió la mandíbula instintivamente, paladeó la sangre que le salía del grueso labio inferior. Aquel gesto era repugnante y obsceno, hecho a propósito para sacarle de quicio. David levantó la mano con ademán de golpearle de nuevo, pero él habló de inmediato.

—Detrás hice un agujero. Es muy profundo. No has notado el olor, ¿verdad? Después de tirar al fondo un cuerpo, vierto un líquido para prevenir que el hedor se extienda por el bosque y acabe llamando la atención.

David hizo un gesto a los hombres para que mantuvieran vigilado a Chandru y salió de la habitación haciendo un gesto a uno de los tres para que le acompañara. Fueron al exterior. Dieron una vuelta a la casa. El fornido hombre le hizo una señal, indicando un terreno. Se acercaron despacio, con prudencia. Vieron lo que podía ser un terreno excavado. Había un plástico enorme que cubría el suelo. El hombre le miró esperando una orden y David asintió. Agarró una esquina y levantó el plástico. Los dos se echaron hacia atrás.

Había cientos de ratas en el fondo del hoyo correteando entre una veintena de cuerpos. Se taparon la boca con el antebrazo y observaron aquello con horror. Uno de los cuerpos parecía que hubiera sido echado ahí recientemente, aún quedaba carne entre sus huesos. Las ratas se alimentaban como hambrientas criaturas.

David se dio la vuelta y, lleno de furia, volvió a entrar en la casa. Bajó al sótano y nada más entrar en la habitación le arreó un puñetazo a Chandru que le partió la nariz. Luego se recompuso y dio orden de llevárselo. Lo metieron en la furgoneta, maniatado, amordazado y tumbado boca abajo. Estaba completamente inmovilizado. Uno de los

hombres sentado en el asiento de pasajeros lo mantenía sujeto con sus pesadas botas sobre la espalda y cuello. Otro se mantenía alerta frente al volante, pendiente de que ningún lugareño los viera.

Tenían que irse del lugar antes de que cualquier sospecha llegara a oídos de la gente del suburbio, de lo contrario destrozarían el vehículo y acabarían con Chandru antes de que pudieran obtener de él cualquier información relevante sobre el tráfico de órganos.

David y otro hombre vaciaron bidones de gasolina sobre el hoyo y después por el interior de la casa. Prendieron fuego primero en la casa. Luego en el hoyo. Los chillidos de las ratas comenzaron a sonar de manera escandalosa. Salieron corriendo sin volver la vista atrás. Subieron al vehículo y se marcharon del lugar.

24

El atentado terrorista en Madrid causó muchas víctimas mortales. Entre ellas un gran número eran menores de edad. A un anciano le tumbaron en el suelo y le metieron un tiro en la cabeza. Hubo viandantes que contemplaron la escena petrificados, como si hubieran sido congelados en el tiempo y en el espacio, entre la estupefacción e incredulidad de lo que veían sus ojos.

Aquel atentado había estado precedido de numerosas advertencias de los servicios de inteligencia españoles. Había habido numerosos incidentes en los últimos meses. Confidentes e infiltrados en las redes islamistas radicales habían advertido de un ataque terrorista en el centro de la capital de España. Pero la respuesta de los políticos fue no hacer absolutamente nada. Lo llamaban «alarmismo». Además, debido al rápido aumento del colectivo de inmigrantes musulmanes, abogaban por «diálogo, ayudas económicas, reconciliación». El propósito era no querer «molestar» a los musulmanes. Incluso después del sangriento ataque, el ministro del Interior dijo en rueda de prensa que la policía estaba investigando el suceso, omitiendo incluso la adscripción religiosa de los terroristas.

Los testigos dirían más tarde que los terroristas no dejaban de gritar ¡*Allâhu Akbar*!, ¡Alá es grande!, y que no había duda que los autores de la masacre eran musulmanes. Debido a presiones de la opinión pública y a las críticas de la oposición, el ministro limó asperezas con esta y especificó en sus siguientes declaraciones públicas que había sido un ataque yihadista. Sin embargo, añadía que, a pesar de que era «un suceso cuyos motivos eran confusos y difusos», prometía una respuesta rápida y contundente, por decir que estarían haciendo algo.

En la gran pantalla que cubría una pared de la sala de conferencias del Cervantes, Laura, Julián y Varun vieron la retransmisión de la rueda de prensa y escucharon las declaraciones del político.

—Al ministro del Interior no se le ha ocurrido otra cosa mejor que ordenar a la policía montar guardia en los aeropuertos, en las carreteras y estaciones ferroviarias —anunció Julián apagando las imágenes—. Desde luego tenemos que redoblar nuestro trabajo ahora mismo, porque probablemente haya más atentados en los próximos días.

Volvió a encender, cambió el canal y vieron las noticias sobre el hallazgo en una nave industrial de numerosos cuerpos mutilados. El

presentador de la cadena pública hizo una breve referencia al comercio ilegal de tráfico de órganos antes de pasar a la sección de deportes. Julián volvió a apagar la pantalla.

—¿Y bien? —preguntó.

—Después de haber hecho frente al terrorismo islámico, pensaba que ya lo había visto todo, pero esto… —Laura ladeó la cabeza con tristeza—. Francamente es salvaje, brutal, inaceptable que existan seres humanos de esta calaña.

—Hace tiempo que sospechábamos que el terrorismo islámico manejaba un negocio adicional, el robo de piezas valiosas de arte, la droga… —intervino Varun—. Ahora estamos viendo cómo el negocio de tráfico de órganos en todo el mundo se está convirtiendo en una práctica en auge. Es un comercio difícil de cuantificar, pero descaradamente enorme. Por un riñón se pueden llegar a pagar más de doscientos mil euros, mientras que por un hígado la cifra rondaría ciento cuarenta mil.

—Ya vemos cómo a menudo los órganos se consiguen de donantes no voluntarios —comentó Laura.

—Sí, gracias a que hoy en día se demanda mucho la venta ilegal de órganos humanos por parte de personas que no quieren esperar a un donante —dijo Varun—. Se llega a hablar incluso de turismo de trasplantes. Un gran porcentaje van destinados a países árabes, como Arabia Saudí o Kuwait, donde no existe la donación de cadáveres.

Julián señaló a Varun.

—¿Qué has averiguado de la conexión con la India?

—El cirujano que operaba aquí en Madrid se llamaba Naga Chaitanya. Trabajaba para Manzoor Khan, al que se le considera el principal proveedor de órganos humanos en Asia.

—¿Estás seguro de la relación con el terrorismo islámico?

—Absolutamente. De hecho, ha estado donando dinero a células terroristas.

Laura miró de hito en hito a Julián.

—Aunque tengas tus reticencias a que contactemos de nuevo con David Ribas, no permitas que eso te impida ver que ahora puede sernos útil —declaró—. Como has visto, hay pruebas que poseemos que vinculan al entramado de ese psicópata Naga no-se-qué con ese indio llamado Manzoor Khan.

Julián no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria y Laura se dio cuenta de que eso no le gustaba nada. Echó la cabeza hacia otras y lanzó un resoplido.

—¿Hasta cuándo vamos a tener esa espina clavada?

Laura contestó de inmediato.

—¿Espina? ¿De qué hablas? —Hizo una pausa para buscar la mejor manera de decir lo que dijo a continuación—: Cuando escasean las

opciones, ¿qué hay que hacer? Sacarles el máximo partido. Esta situación en la que nos encontramos es una prueba más de que no basta con tener los últimos drones del mercado, satélites y ordenadores de última generación ni a gente manejando el cotarro detrás de un escritorio. Tenemos a David Ribas, que es un gran agente sobre el terreno, capaz de llevar a cabo con éxito la operación.

Él levantó las manos, interrumpiéndola.

—Laura, basta. Estoy de nuevo de acuerdo contigo. —Se giró hacia Varun—: ¿Tu opinión?

—Hace unos meses un turista español caminaba por las calles de Cochín, en el estado de Kerala. Un coche le golpeó. Lo llevaron a una clínica en una supuesta ambulancia que se encontraba a pocos metros, qué casualidad. No informaron ni a la policía, ni al consulado de España en Bombay, ni a la embajada de España en Nueva Delhi. Lo metieron en un quirófano y le sacaron un riñón. Sedado, fue trasladado a un hospital del estado. Fue allí cuando las autoridades informaron de lo que había sucedido. El español no supo nada de lo ocurrido, ni siquiera se acordaba de cómo sucedió el accidente. Este *modus operandi* está siendo muy común últimamente entre la gente que trafica con órganos en la India asociada a Manzoor Khan, el jefe de Naga Chaitanya, el cirujano que operaba aquí en España y el que degollaron los terroristas islámicos.

—Al grano, Varun —le conminó Julián.

—Lo que quiero decir es que nos encontramos en la decisión de tomar una acción excepcional, y toda acción singular demanda una justificación extraordinaria. Me parece oportuno que David Ribas se encargue de este asunto.

Julián dio una palmada en la mesa.

—Contacta con él a través de esa mujer —ordenó.

—Hassena —dijo Varun.

—Eso es. Mejor será antes de que también tratéis de conseguir un aumento de sueldo.

Laura arqueó las cejas.

—Pues ahora que lo mencionas no es una mala idea.

—No me sigas presionando, inconformista.

Ambos rieron.

Al día siguiente Laura se bebió en ayunas un vaso de agua con zumo de limón y cúrcuma. Después, un zumo de naranja y otro de cereza que a veces sustituía por pomelo. Luego vertió un chorro de aceite de oliva virgen sobre la tostada de pan integral con cereales y puso encima jamón serrano y queso fresco. Café, yogur griego con semillas de sésamo y chía y trozos de kiwi y arándanos. Luego se

tomaría un puñado de frutos secos donde nunca faltaban las almendras y nueces. Mientras desayunaba se dio cuenta de lo silencioso que estaba su apartamento.

—A la mierda —se dijo.

Recibió un mensaje de Tom informándola de que acababan de llegar a su edificio. «Sube. En cinco minutos estaré lista», respondió con un mensaje de voz.

Puso las noticias de la radio.

Le gustaba vivir sola. Aunque había ocasiones como la noche anterior que le hubiera gustado tener a alguien para compartir el triunfo de haber conseguido destapar la conexión del tráfico de órganos con el terrorismo islámico. Durante tres meses había mantenido relación con un periodista al que hacía creer de manera convincente que trabajaba en una empresa dedicada a la importación y exportación. La relación acabó de común acuerdo. La más duradera había sido con un monitor del Grupo Especial de Operaciones (GEO), que le había propuesto matrimonio. Laura le contestó que le dejase tiempo para pensárselo. No tardó mucho en darse cuenta de que si fuera el hombre adecuado, no habría tenido que pensárselo.

Mientras terminaba de desayunar, pasó revista a su vida. De fondo, el locutor y los tertulianos del programa de radio hablaban sobre el atentado producido en el centro de Madrid y el aumento del islamismo en España. Poco o nada se hablaba sobre lo hallado en la nave industrial, no tenía rédito político y había quedado relegado a la sección de sucesos. Pero Laura no mostraba atención.

Tenía dinero suficiente en el banco, su carrera como agente operativa en el Cervantes iba viento en popa y la estimulaba su trabajo, a pesar que hubiera días que se sentía sola.

Suspiró recordando que unas amigas habían contraído matrimonio. Las parejas salían con otras parejas de tardeo o de fiesta, y no tardarían en tener hijos. Ella no. No quería esa vida. La suya estaba consagrada a su trabajo, a la defensa de España. No, no permitiría sentirse incompleta por no tener una pareja con quien compartir triunfos y fracasos, y ni mucho menos con alguien para consolarla cuando se sintiera deprimida.

La puerta de abrió de golpe.

—Buenos días, jefa —dijo Tom en voz alta.

Ella se levantó.

—Hazme un favor. Recoge la mesa, mete todo en el lavavajillas y ponlo en marcha.

—Sí, señora —replicó él con tono cómico a la vez que hacía una reverencia.

Laura se metió en el baño. Se lavó los dientes. Se arregló el cabello frente al espejo. Se quedó un breve instante contemplando su reflejo.

Apagó la luz.

Abajo esperaba Óscar al volante, Fabián y un equipo operativo del Cervantes. Aquel día viajaban por carretera a Vizcaya, donde habían detectado una célula terrorista en un municipio cercano a Bilbao.

TERCERA PARTE
EL ASESINATO DE SONALI

25

Priya y Anil Kumar fueron una de los millones de parejas de recién casados que se beneficiaron de la nueva política bancaria al comenzar los bancos a conceder hipotecas con más flexibilidad. Compraron un apartamento de cuatro habitaciones en Gurgaon.

Era un tercer piso de un edificio, con jardín y zona de recreo exterior, gimnasio en la planta baja y plaza de garaje. Había un parque cercano, donde los residentes acudían a las cuatro y cinco de la mañana a hacer ejercicio como dar vueltas andando alrededor del parque y yoga. A aquella hora del día el aire era más limpio y el tiempo menos caluroso.

Aunque tras el trascurso de los años aspectos relacionados con los prejuicios de casta en la India han ido a menos, fue surgiendo una peculiaridad en el núcleo urbano: la identidad de grupo. De este modo se construían zonas residenciales teniendo en cuenta que los futuros inquilinos serían hindúes de casta superior, como brahmanes o personas con estudios y alto poder económico. De esta manera la casta era una forma de unir a la gente en sociedad.

Anil Kumar era un dentista de éxito con clínica en Nueva Delhi y su mujer Priya había emprendido un negocio de exportación, dedicado a ropa confeccionada con distintos diseñadores y artesanos locales, recién salidos de la escuela de diseño.

Unos años antes el haber podido conseguir una hipoteca hubiera sido una tarea imposible. En la India, tiempo atrás un director de un banco tenía que estar plenamente convencido de que el cliente era un ahorrador antes de autorizar un crédito. Además, le hacían ingresar una suma mensual durante cierto plazo de tiempo para convencerse de su solvencia. Bajo ciertas condiciones, que venían en letra pequeña y tasas de interés fluctuante, ahora los bancos daban préstamos hasta del cien por cien del valor del inmueble. La demanda entre jóvenes recién casados aumentó de manera exponencial. La nueva generación quería apartamentos. Era un estatus social del que podrían presumir.

La generación anterior veía esos edificios altos y modernos como algo casi intocable, solo accesible para una clase social alta. La nueva quería imitar el estilo de vida occidental, vivir en la urbe y no en el pueblo del interior, atrasado y arraigado en costumbres religiosas que dictaminaban qué hacer y cómo.

Era una nueva sociedad donde la gente se comportaba de manera muy distinta a sus padres, tenían enormes salarios y la oportunidad de

poseer un apartamento producía una sensación de solidez digna de orgullo propio y admiración entre familiares, amigos y conocidos. Los jóvenes querían libertad, disponer de medios económicos para adquirir caprichos y vivir una vida opulenta, de pretensión en ser parte de una clase social alta.

Las construcciones aumentaron. Se desarrollaron muchos proyectos de bloques de edificios. Todo esto dio lugar a nuevos centros urbanos que orbitaban alrededor de las grandes ciudades. Con el tiempo estas zonas residenciales se convirtieron en nuevas ciudades y una de ellas fue Gurgaon.

De este modo se produjo una demanda de personas dedicadas al trabajo doméstico, conocida como la servidumbre. Muchos nepalíes encontraron trabajo como empleados domésticos en aquellas nuevas urbes, sobre todo, porque la frontera entre la India y Nepal siempre ha sido muy porosa. Igual que entre la India y Bangladesh.

Priya y Anil Kumar tuvieron una hija, Sonali. Tras dieciséis años viviendo en el extrarradio de Nueva Delhi, ya no quedaba nada de lo que vieron cuando llegaron a Gurgaon.

No había solares vacíos y las carreteras estaban asfaltadas. Edificios de oficinas, centros comerciales, restaurantes, franquicias de comida rápida, e incluso empresas extranjeras, como Inditex y El Corte Inglés, habían ubicado allí sus oficinas de representación. Gurgaon se había convertido en el lugar ideal de residencia frente al abusivo y disparado precio de las viviendas en Nueva Delhi.

Anil se hizo miembro del *laughter club* del edificio. Todas las mañanas temprano quedaba con varios de sus vecinos en el parque, formaban un círculo y levantando al unísono los brazos al aire y extendiendo la espalda hacia atrás, rompían a reír a carcajadas. Decían que aquel ejercicio tenía beneficios terapéuticos. El primer día se sintió algo avergonzado, pero fue su vecino, padre de una compañera de su hija, quien le inició.

—Primero sonríe, luego ríe, después ríe a mandíbula batiente, luego vuelve a reír lentamente y aumenta el volumen y el ritmo poco a poco. Que tu risa sea abundante. Pero para maximizar los resultados, tienes que abrir los brazos durante este proceso. Levántalos y ríete de todo corazón. Baja después las manos y paras dos segundos, y vuelves a levantar los brazos y soltar carcajadas al aire. Es cuestión de repetirlo y te irá saliendo de modo automático.

La familia Kumar vivía en un apartamento de un edificio habitado por otras relacionadas con las fuerzas aéreas y la marina. Los Kumar representaban un núcleo familiar especialmente feliz. Parecían una como cualquier otra. Eran trabajadores, responsables y vivían acorde como se esperaba de ellos en una sociedad de vecinos hindúes.

La hija, la joven Sonali, era educada, muy aplicada con sus

estudios y una lectora voraz. Su propósito era sacar matrícula de honor y entrar en la prestigiosa carrera de medicina.

Como el resto de residentes del edificio tenían a una señora de la limpieza que llegaba a su apartamento muy temprano por las mañanas. Sus tareas consistían en limpiar la cocina, barrer, fregar y lavar la ropa a mano. Luego llegaba un criado encargado de otras tareas como hacer recados, yendo y viniendo a las tiendas para comprar cierto artículo o producto de comida para cocinar. Pero también tenía como encargo limpiar el coche del señor y de la señora todos los días por dentro y por fuera. Cuando llegaba a casa por la mañana, era la señora de la limpieza quien le entregaba las llaves.

Minutos después de haber hecho ejercicios de yoga, ducharse, cambiarse de ropa y desayunar, Anil bajaba al garaje y el criado le daba las llaves del vehículo totalmente impoluto, aun teniendo los omnipresentes arañados en la carrocería como todos los coches en la India que circulan a diario por los abarrotados centros urbanos.

La servidumbre ciertamente era prescindible, pero la mano de obra en la India solía ser económicamente accesible para una familia de clase media. Hacían posible un determinado estilo de vida.

Anil quería comprar un nuevo coche, un todoterreno, y contratar a un chófer para que le llevara al trabajo y de vuelta a casa durante las casi dos horas de tráfico que tenía que soportar hasta llegar a su clínica, y así poder descansar en el asiento trasero leyendo un libro o simplemente escuchando música. Sin embargo, su mujer Priya le dijo que esperara. Habían matriculado a Sonali en un colegio privado para sus estudios superiores y había que ahorrar.

Además de otros muchos gastos, Sonali asistía a clases privadas de baile y de refuerzo en sus estudios. A diario se iba y volvía de clase con el chófer de los padres de una compañera que vivía en el mismo edificio.

—Cariño, vamos a esperar hasta después de Diwali —sugirió Priya ante las persistentes demandas de su marido—. Entonces contrataremos a un chófer para que te lleve a ti en la clínica, vuelva y pueda yo utilizarlo para acercar a Sonali al colegio y que me deje a mí en el trabajo. Y más tarde te va a buscar y me vienes a recoger. Ahora sigamos con la rutina. Sonali se vuelve con su compañera, Suchitra, yo de momento sigo yendo a mi oficina con mi coche y tú con el tuyo.

—De momento… ¿Quieres decir que venderás tu coche?

—Por supuesto. Descartado que tengamos dos. Además, con un SUV es más que suficiente. En verano podremos irnos a Manali de vacaciones.

Trascurrió el tiempo.

Finalmente compraron un Hyunday Tucson. Como tenían que contratar a un conductor experimentado, preguntaron a conocidos. No

había modo de saber quiénes podrían serlo de verdad y si eran de fiar, y por eso tenían que convencerse por la recomendación de una persona de confianza.

Fue un vecino, el padre de Suchitra, la compañera de Sonali, quien les recomendó a Pankaj, un hombre muy delgado y de piel muy oscura, con un aspecto aniñado. Él había sabido de Pankaj porque este había ido de puerta en puerta en zonas residenciales ofreciéndose como conductor. Cuando lo vio por primera vez, le pidió su número de móvil. Pankaj era originario de Noida, otra ciudad satélite a las afueras de Nueva Delhi que, debido a su expansión, entró a formar parte del estado vecino de Uttar Pradesh.

Anil hizo una prueba a Pankaj. Se manejaba muy bien en el denso tráfico, su conducción era perfecta, sin sobresaltos. No tenía un aspecto físico distinto al de otros empleados domésticos, que solían proyectar una imagen de haber tenido que trabajar como adultos desde su niñez. Nada fuera de lo normal en la India. Sin embargo, aquella falta de información sobre el verdadero carácter de Pankaj se convertiría en el detonante de la destrucción de sus vidas.

26

La carretera no se distinguía muy bien. El parabrisas se movía de un lado a otro con violencia. El conductor iba inclinado hacia adelante conduciendo con absoluta presteza. La tormenta que había azotado durante los días anteriores comenzó a arreciar inesperadamente.

Continuas ráfagas de espesa lluvia aporreaban la furgoneta.

Entraron en un viejo cementerio cristiano que, bajo la espesa lluvia, parecía un mar de lápidas de distintas formas, anchas y estrechas, altas y bajas, unas ornamentadas y otras sin adornos, pero todas antiguas y enmohecidas.

El vehículo brincó sobre charcos y baches mientras cruzaba un zigzagueante camino de tierra. Las luces largas perforaban la oscuridad e iluminaban matorrales y árboles. De repente enfocaron un edificio de piedra. Era una iglesia cristiana. El conductor frenó, cerró las llaves del contacto. Todos permanecieron escuchando el repiqueo de la lluvia. Al cabo de un instante alguien salió del edificio e hizo una señal con una linterna.

—Vamos —ordenó David.

Cruzaron la lluvia con Chandru a rastras. Hubo un momento en el que este se tropezó. Uno de los fornidos hombres lo agarró por el pescuezo y lo levantó de inmediato. Una vez en el vestíbulo, dirigidos por el haz de la linterna, atravesaron la capilla y fueron hacia la parte de atrás. El hombre que les dirigía era de lo más siniestro, tenía una prominente joroba y cojeaba de forma ostensible.

Mientras caminaban por el interior, el viento aullaba rasguñando el tejado y agitando los postigos. El hombre que iba por delante accionó un interruptor. El espacio oscuro que se abría a sus pies se iluminó parcialmente. Una vez abajo, alumbró con la linterna unos enchufes y los puso hacia arriba. Tras un chasquido se iluminó la habitación. Un enorme baúl parecido a un ataúd y una silla como único mobiliario y en interior del baúl se oían extraños sonidos de animales. Hicieron sentar a Chandru y lo maniataron. Su rostro estaba teñido de ira ardiente. Al igual que los demás, gotas de lluvia se desprendían de sus cabellos desmelenados.

—¿Sabes lo que puede haber ahí dentro? —preguntó gravemente David señalando el baúl.

—No —respondió con los dientes apretados, cambiando el semblante.

—Claro, no son las ratas a las que estás acostumbrado. Son tejones.

Al oírlo Chandru abrió los ojos bruscamente.

En la India se creía que aquellos animales, parecidos a hurones y mapaches, desenterraban los cuerpos de las tumbas para saciar su hambre, así que su reputación daba verdadero miedo. Suelen pelear con todo tipo de animales, sin importar su tamaño, como hienas, tigres e incluso cocodrilos, por lo que prácticamente no tiene depredadores. Cazan y comen cobras, y si una serpiente les muerde o envenena, tan solo con echarse a dormir un rato pueden purgar el veneno y seguir con su vida tranquilamente. Sus dientes y uñas son largas y afiladas, tanto que puede destrozar sin problemas el caparazón de una tortuga.

El hombre que les había hecho entrar se puso debajo de la luz de la bombilla. Ahora su aspecto era visible. Era muy delgado y de lo más peculiar, parecía que había salido de una película de terror. Su rostro enjuto estaba marcado de picaduras de viruela y tenía una profunda cicatriz desde el cuello hasta el ojo derecho. Se puso unos largos y gruesos guantes que le cubrían más allá de los codos.

—Estoy listo. Cuando me digáis.

Chandru clavó la mirada en David.

—¿Qué quieres saber? —preguntó alzando la voz, temiendo por su vida.

—Te hice unas preguntas. Pero ahora serán mis amigos quienes te las repitan —Ribas respiró hondo, cerró los ojos, los abrió y suspiró. Le observó y supo lo que sentía. Conocía ese momento, el preciso instante cuando una persona se encuentra cara a cara con su verdugo, cuando el miedo paraliza el cuerpo y el terror se apodera de uno—. Más te vale que cooperes con ellos, porque vas a pedir a gritos que acaben con tu sufrimiento.

David hizo un gesto con la cabeza a los hombres para que procediesen con el interrogatorio y salió de la habitación.

Chandru cambió el semblante. Por primera vez sus ojos mostraron completamente su color y su miedo.

27

Era media tarde en Nueva Delhi. Ya no había pacientes en la clínica de ortodoncia del doctor Anil Kumar, que había terminado de dictar a su secretaria la agenda para el día siguiente. Miró por la ventana. Le extrañaba que Pankaj no estuviera esperando en el *parking* privado como hacía a diario. Llamó una y dos veces a su móvil, pero no contestaba. Volvió a llamar y tampoco obtuvo respuesta. Entonces llamó a su mujer. Priya le dijo que no sabía nada, pero que igual habría tenido algún percance a la entrada de Nueva Delhi.

Volvió a llamar a Pankaj, pero su teléfono enseguida dejó de dar señales. Parecía estar apagado. Llamó de nuevo a Priya y le dijo que llamaría un taxi para que le recogiera.

—¿Qué te sucede? —preguntó después nada más sentarse a su lado en el asiento de pasajeros.

Priya dejó pasar unos segundos.

El taxi se metió en un embotellamiento, muy común a esa hora del día: *rush hour*, lo llamaban. Una congestión a la salida de Delhi y entrada en Haryana, estado de Gurgaon, que duraría varios minutos.

—Sonali no me coge el teléfono.

—Estará en clase.

—No, terminaron hace hora y media.

—Estará con Suchitra. Ya sabes cómo les gusta dar un paseo por el centro comercial.

Gurgaon había pasado de ser un asentamiento en la periferia de Delhi a convertirse en una ciudad con aspiraciones, planificada sector por sector. Había muchos jóvenes que salían de centros de enseñanza privados de refuerzo después de haber asistido a horas lectivas en el colegio. Restaurantes como Burger King, Domino´s Pizza o McDonald´s, cafeterías y tantísimas tiendas de ropa y lugares de ocio hacían que fuera un lugar vibrante para un estilo de vida moderno de clase media alta.

Priya quedó en profundo silencio con la mirada perdida en el denso tráfico.

—He llamado a Suchitra y me ha dicho que la dejó en casa.

—Pues ya está. Seguro que está escuchando Spotify con los cascos que le compramos por su cumpleaños y no presta atención a tus llamadas.

Priya siguió con la mirada perdida a través de la ventana. Anil le cogió del brazo.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Qué sucede? ¿Por qué te sientes tan preocupada? Dime. Habla.

Priya se giró y le miró a los ojos. Una lágrima caía por sus mejillas. Estaba temblando.

—Le dije a Suchitra que fuera a casa y me asegurase de que Sonali está bien.

—¿Y?

El embotellamiento se fue diluyendo y la conducción se hizo más fluida.

—Me ha dicho que vio salir con prisas a Pankaj de nuestro apartamento y que cerró la puerta de un golpe. —Hubo un gran silencio en el que ambos quedaron paralizados durante un momento antes de que Priya volviera a hablar—. Me ha dicho que ha estado llamando al timbre constantemente, pero Sonali no le abre.

Con el rostro desencajado Anil ordenó al conductor del taxi que se apresurara.

28

David Ribas encontró a Sameer hundido en una silla de la sala de emergencias, bajo el zumbido de un incesante movimiento giratorio de un ventilador de techo. Se fijó en su rostro. Tenía un apósito en el puente de la nariz y moratones en ambos ojos. La camisa estaba llena de sangre coagulada y alrededor del torso tenía una venda elástica. Al ver a su amigo se levantó y el esfuerzo le provocó una mueca de dolor. Le saludó moviendo la mano.

—Me duele —dijo con dolor, comunicándose por signos.

David le ayudó a tomar asiento de nuevo.

—Te podrás bien —le animó, pronunciando las palabras al tiempo que movía las manos a la altura del pecho.

Luego habló con los médicos sobre el estado de la niña. No corría peligro. Excepto por cortes en brazos y en las piernas, estaba estable. Sin embargo, aunque Sameer era mayor y se recompondría, la niña estaba emocionalmente trastornada. Necesitaría un largo proceso de seguimiento psicológico para salir de aquel trauma.

David acudió al despacho de Hassena tras avisarle ella de que quería hablar con él lo más pronto posible.

—¿Qué clase de monstruo puede planear a sangre fría la degradación sistemática de otro ser humano y pensar que puede quedar impune?

Ella levantó la mirada.

—Chandru era un cirujano lo bastante experto como para extraer riñones, corazones y otros órganos destinados a ser utilizados en un trasplante. Como todo lunático, tenía momentos de lucidez. Conocía muy bien la técnica. Solo pudimos obtener de él un nombre, Manzoor Khan, pero debe de haber un entramado más amplio detrás. El mismo nombre que me ha dicho Varun Grover.

David mostró su sorpresa.

—¿Te han llamado desde el Cervantes sobre este asunto?

—Así es. Por lo visto, un cirujano de esa red de tráfico de órganos ha estado operando en España. Dieron con él tras eliminar a un grupo terrorista. Creo que no te has enterado de que ha habido un nuevo atentado en Madrid. Murieron muchas personas antes de que tu amiga Laura García y su equipo les pararan los pies.

—Si dos de sus cirujanos han sido eliminados, Manzoor debe de

estar ahora mismo al acecho, a punto de largarse del país.

—He puesto vigilancia en carreteras, aeropuertos y estaciones de tren. No puede salir de Bombay. Su residencia está bajo vigilancia constante. Quiero que vayas y acabes con él y con su negocio.

David asintió. Guardó silencio un instante.

—Sabes que hay un nuevo asesino en Bombay, ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Desde cuándo? —preguntó en tono de enfado.

Ella por un instante no respondió.

—Desde que aterrizó en el aeropuerto. Es muy profesional, elusivo a más no poder. Supera a otros asesinos a sueldo que han venido a matarte en el hecho de que es de origen indio.

—¡Y no me lo haces saber! —exclamó con desaprobación.

Hassena se quedó mirándole desafiante.

—David, he estado pendiente de que algún confidente me informara de algún detalle, pero nada, el tipo desaparece en la ciudad. Debe de tener un piso franco. Si te informo de todo hombre de aspecto caucásico que llega a Bombay y que puede ser sospechoso, te vuelvo paranoico y no quiero eso. Acabaría con tu agudeza mental y enfoque.

—Teniendo en cuenta que casi me mata, creo que quizá deba darte la razón. Es un tipo con experiencia. Si debo evaluarle, diría que tiene sangre fría, se adapta sin problemas al paisaje urbano y está muy bien preparado.

—Se llama Rahul Patel. Se ha ganado la confianza de señores de la guerra en África. Es muy demandado por comerciantes de diamantes para ajustar cuentas.

—Demandado para matar gente.

—Para solucionar problemas, David. Parece que esto se le da muy bien. Así pues, lleva mucho cuidado cuando salgas a la calle porque estará al acecho. Su aspecto le hace camuflarse muy bien entre la gente.

—En mi sector laboral no dejo de granjearme enemigos.

—Yo quería que empezaras de cero, que te liberaras de todos los vínculos con tu pasado, que fueras un hombre nuevo. pero veo que no puede ser. Cada vez tus enemigos son más, tienen los bolsillos bien llenos, un montón de aliados y no parecen dispuestos a rendirse para verte muerto. Ándate con mucho cuidado.

29

Cuando los padres de Sonali irrumpieron en el apartamento se encontraron rastros de sangre en la entrada y en el salón. Corrieron al dormitorio y lo primero que vieron fue las manchas de sangre que había en la pared detrás del cuerpo tapado de Sonali con un edredón de dibujos estampados de los Simpson. Lo levantaron y mientras que Priya no pudo llorar ni gritar hasta cierto tiempo, Anil se puso a gritar como un histérico. Había mucha sangre por todas partes.

Sonali Kumar había sido violada y asesinada. Su cuerpo estaba mutilado. Habían intentado extraerle varios órganos sin éxito. Tenía los intestinos fuera. Habían hecho una auténtica carnicería.

Los vecinos se alertaron y entraron alarmados por los incesantes gritos. La policía llegó cuando la avisó un oficial retirado del ejército del aire, miembro del *laughter club* del edificio.

—Es un caso fácil de resolver —le dijo a Anil el padre de la compañera de Sonali—. Ahora mismo la policía ha ido a la zona de viviendas donde reside Pankaj y a la estación de tren y autobuses.

En unas horas todo el apartamento fue un ir y venir de gente, sin permiso ni autorización alguna. Los periodistas tomaron fotografías de las manchas de sangre en los suelos y entrevistaron sin descanso a los residentes del bloque de edificios.

Anil y su mujer estaban tan consternados por el suceso que no se percataron de que la gente entraba a su apartamento destruyendo toda prueba forense que pudiera haber. Hasta el timbre de la puerta se rompió por la insistencia de los numerosos medios de comunicación que llegaban de Nueva Delhi.

Ni tan siquiera la policía se había atrevido a proteger la escena del crimen, ante una flagrante demostración de incompetencia tan arraigada en el departamento de las fuerzas del orden. Los negligentes policías se fueron del apartamento en busca del presunto asesino, dejando que transeúntes y periodistas entraran y manipularan muebles y objetos, llenando todo de pisadas y huellas con el resultado de que no hubo ninguna pista para la investigación posterior.

Enseguida se declaró a Pankaj en busca y captura y se ofreció una elevada recompensa.

Anil escribió el FIR (informe policial de denuncia) en la comisaría de policía y volvió de inmediato. El cuerpo de su hija se envió a la morgue para la autopsia. Según los análisis forenses, el presunto asesino había intentado extraerle un órgano. Le había inyectado una

potente anestesia, pero por su incompetencia en operar sin utensilios médicos, debió de invadirle el pánico, dejó el cuerpo muerto y optó por huir. La incineración se produjo horas después, a las cuatro de la madrugada.

La policía de Gurgaon se encontraba muy nerviosa, con mucha presión para resolver el caso, que llenaba horas y horas de emisión televisiva y del que se hacía un constante bombardeo en las redes sociales.

Se hizo el acto que sucede tras la muerte de una persona, en el que los familiares del fallecido ofrecen en su vivienda la disponibilidad a amigos, conocidos, familiares y vecinos de presentar sus respetos.

En el salón del apartamento de los Kumar colocaron una foto en tamaño grande de Sonali, engalanada con flores de color naranja. Siguiendo la costumbre, alrededor se expusieron recipientes de cerámica llenos de aceite con mechas ardiendo flotando llamadas diyas.

Apareció el inspector de policía de la ciudad de Gurgaon. Se llamaba Kamlesh Sawant. Tenía un aire decidido y un rostro duro y anguloso y vestía un uniforme muy limpio y ajustado. Era alto y presumía de mantenerse en forma. Encontró un momento oportuno y se llevó a Anil aparte.

—Tenemos que comunicarle que hemos encontrado a su chófer —susurró.

Por un instante Anil se sintió ligeramente aliviado. La policía, tan vilipendiada por su ineficacia e incompetencia, era un motivo para sentirse orgulloso en ocasiones como aquella. La justicia prevalecía.

—¿Dónde?

—En su dormitorio, cerca de la estación de tren.

—¿Ha dicho algo? ¿Ha confesado? Recuerde que tenemos el testimonio de la compañera de mi hija, que le vio salir de nuestro apartamento.

—No.

El rostro de Anil mostró sorpresa.

—¿Cómo? ¿No lo han interrogado?

—Encontramos el cuerpo de Pankaj en el suelo, en medio de un charco de sangre.

—¿Se suicidó?

—Asesinado. Tenía un profundo corte en la garganta. —El oficial se aproximó a Anil y, como si estuviera confiándole un secreto, le susurró—: Le pido que mañana a primera hora venga a comisaría y nos ayude en la investigación.

—Por supuesto. Ahí estaré —confirmó Anil de modo contundente, aún asimilando la noticia.

—Una cosa más. No hable de nada con la prensa. Estamos en un

proceso en el cual cualquier comentario por su parte puede ser tergiversado por los medios y dañar nuestro trabajo.

—Descuide. Tiene mi palabra.

La noticia de la muerte del chófer corrió como la pólvora. El desleal empleado había sido víctima a su vez de su crimen, y aquel doble asesinato empezaba convertirse en un misterio. Los habitantes de Gurgaon, Nueva Delhi y del resto de la India estaban fascinados por el suceso. La obsesión del público era alimentada por las redes sociales y el morbo que suscitaban los medios de comunicación, pregonando distintas versiones a cada hora. Todos eran expertos policiales, investigadores, forenses, criminólogos. Todos daban sus opiniones acerca de lo que pudiera haber ocurrido.

Priya le aconsejó a su marido no encender la televisión ni entrar en internet. Los comentarios que se hacían públicos eran mezquinos, mostraban a una sociedad con una absoluta falta de respeto hacia los padres de la víctima y una profunda falta de empatía. En los telediarios de máxima audiencia permitieron que se pregonaran las especulaciones sobre el suceso. El chófer y Sonali eran amigos, contaban. El empleado de su padre debía dinero a terceras personas y estos quisieron darle una paliza, pero Sonali se interpuso con el resultado de que a ella la asesinaron sicarios de la mafia. Las opiniones eran cada vez más disparatadas.

Estás y tantas otras tantas teorías sin lógica ni seriedad se hacían públicas. En las redes sociales se comentaba la inutilidad de la policía de Gurgaon, donde las personas con uniforme solo movían un dedo cuando recibían sobornos. Se organizó una protesta frente a la comisaría y en pocas horas se habían reunido cientos de personas. Comenzaron a increpar a la policía con pancartas y enseguida aquello se convirtió en un campo de batalla. No tardaron mucho en comenzar a lanzar objetos, piedras y botellas y quemaron varios coches de patrulla.

Ante la falta de medios, el ministro del Interior envió a unidades antidisturbios a restablecer el orden. Esa noche, en una rueda de prensa, el jefe de la policía de explicó que la investigación sobre el doble crimen estaba llegando a su fin y que tenían pruebas. No quiso especificar, pero dio la noticia bomba del momento a los medios de comunicación.

El padre de la compañera de Sonali llamó a la puerta. Priya le abrió y él preguntó por su marido al tiempo que caminaba apresurado hacia el interior de la vivienda.

—Anil, no vayas mañana a la comisaria —dijo nada más entrar en el salón.

—¿Por qué? Tengo que colaborar.

—¿Colaborar? ¿Quién te ha dicho eso?

—El inspector Kamlesh, esta misma tarde.

—Te van a hacer cómplice.

Anil se dejó caer en el sofá asimilando lo que acaba de oír.

—Eso es una locura —intervino Priya—. Además de absurdo.

—Una locura es lo que acaba de decir ante los medios de comunicación y todo el país el mismo inspector que estuvo aquí esta tarde —dijo el hombre apuntando con el índice el suelo.

Anil levantó la cabeza.

—Y… ¿qué ha dicho? —preguntó incrédulo mientras la ansiedad le arañaba la boca del estómago.

30

Ketan Yadav era la mano derecha de Manzoor. Comenzó su primera etapa como matón rompiendo brazos y piernas a quien su jefe le ordenase y con quien compartía la pasión por la violencia. Conforme pasó el tiempo y las actividades criminales iban en aumento, sus acciones fueron más letales. Tenía, además, un gusto horrible por la ropa. Solía vestir pantalón corto con camisa de manga larga o incluso con un jersey, aunque hiciera calor húmedo. Sus atuendos junto con su musculado corpachón no pasaban desapercibidos y allí donde iba inspiraba inquietud.

Ketan entró en el despacho de Manzoor. Se quedó de pie frente a la ancha mesa donde su jefe estaba comiendo. Los muebles eran simples y la decoración deplorable. Nadie podía imaginar que en ese antro se movieran millones de dólares americanos. Ese era el propósito, que nadie oliera el muchísimo dinero que circulaba en el negocio.

—Alguien está metiendo la nariz. Ha desaparecido Chandru y destrozado su centro de operaciones.

Manzoor permaneció callado. Quien no le conociera habría creído que estaba calmado, pero no era así. En su interior se gestaba una explosión de furia de proporciones gigantescas. Miró a Ketan hasta que este bajó la vista.

—¿Quién?

Ketan vaciló en contestar. Aparte de dar malas noticias, lo que más detestaba de su trabajo era no dar la suficiente información.

—Un profesional. Nadie lo sabe.

Manzoor se quedó pensativo durante unos instantes mientras Ketan permanecía en silencio. Se reclinó en el asiento y unió las puntas de los dedos formando una pirámide. Meneó la cabeza con pesar.

—Vete de Bombay inmediatamente. Vuelve a Calcuta. Te reúnes con los compradores extranjeros que tenemos pendientes y desaparecemos durante una temporada.

—¿Tú dónde vas a ir?

—Me voy a Sudáfrica. Permaneceré ahí un tiempo hasta que se calme la situación.

Ketan sabía muy bien hablar en inglés, al contrario que su jefe, que solo lo chapurreaba. Por este motivo era el encargado de reunirse con los compradores extranjeros en un punto de encuentro: el hotel de lujo

ITC Royal Bengal, en Calcuta. Ahí tenía una habitación permanente durante todo el año. Sin embargo, Manzoor lo tenía como empleado prescindible. Si llegase el caso de que la policía le tendiera una trampa durante una de sus reuniones, cambiaría el *modus operandi*: encontraría un sustituto que supiera igual de bien el idioma inglés y cambiaría el punto de encuentro en otro hotel de cinco estrellas y en otra ciudad.

La llegada de compradores extranjeros era impredecible, ya que viajaban de incógnito y modificaban sus fechas de viaje y líneas aéreas, además del itinerario. A lo mejor, de Vietnam hacían escala en Singapur y de ahí a un tercer país, pasaban la noche y al día siguiente cogían un vuelo directo a Calcuta. De este modo evitaban que los localizasen.

31

El inspector dijo en la rueda de prensa que el crimen de Pankaj, empleado de la familia Kumar, fue perpetrado con un instrumento quirúrgico tan afilado que el asesino no tuvo que incidir ni hacer un gran esfuerzo físico para matarlo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó una periodista.

—Lo que quiero decir es que la garganta de Pankaj fue seccionada de tal forma que solo pudo haberlo hecho un profesional de la medicina.

Dejaba en el aire que los periodistas pensaran en el padre de la víctima como el acusado, que, aunque fuera dentista, tendría habilidad en manejar instrumentos quirúrgicos. Con su declaración implicaba indirectamente a Anil Kumar. Sin embargo, él y su esposa Priya no podían creerlo. Aunque el padre de la compañera de Sonali les hubiera advertido de que la policía sospechaba de Anil, él no podía entenderlo ni comprenderlo porque aquello estaba fuera de toda lógica.

—¿Cómo iba yo a matar al asesino de mi hija? Si no me he movido del edificio desde el asesinato de Sonali excepto para ir a comisaría y poner la denuncia por escrito.

A pesar de que Priya estaba muy molesta y enojada, a la mañana siguiente dejó que su marido se fuera a la comisaría.

—Cuando vuelvas nos vamos a Simla. Descansaremos, analizaremos lo que ha sucedido y ahí nos reuniremos con nuestro abogado y estudiaremos con calma cómo proceder.

De madrugada Priya había hecho la reserva en un modesto hotel en Simla, centro turístico muy popular en la montaña donde la gente acudía para evadirse del clima de verano con temperaturas máximas.

Aquella mañana le estaban esperando. La entrada y aledaños estaba llena de periodistas y curiosos. Cuando Anil apareció, lo llevaron de inmediato al despacho del subinspector.

—Siéntese.

Anil percibió tanta animosidad desde que había pisado el edificio que aquella orden le sentó como un puñetazo en pleno estómago. Se dejó caer en el asiento. No daba crédito a las maneras con las que lo trataban.

—Vengo… vengo… a… a reunirme con el inspector —llegó a decir tartamudeando.

—Está usted detenido.

Se encontraba tan apesadumbrado que aquellas palabras fueron como si un enorme bloque de piedra cayera sobre él. Ni siquiera hizo ademán de levantarse para protestar. Sus brazos quedaron inertes, colgando sobre sus piernas. Su rostro lo decía todo: miedo, pavor, incredulidad.

—¿Por qué? —preguntó temeroso.

—Está acusado del asesinato de Pankaj Bhatt —dijo el subinspector.

Hizo un gesto con la cabeza a los policías que permanecían de pie y estos cogieron a Anil por los brazos, lo llevaron a otra habitación y le hicieron vaciar los bolsillos. Después lo condujeron al piso superior y al final del pasillo lo encerraron en una celda, donde permaneció bajo custodia.

Minutos después el inspector Kamlesh, que había evitado encontrarse con Anil en las dependencias de la comisaría, atendía a los medios de comunicación reunidos frente a la entrada del edificio. A su lado tenía al subinspector.

—Durante años Anil Kumar ha dado una imagen en su comunidad de vecinos como la de una persona amable, amistosa y buen padre de familia. Como dentista de éxito, sus pacientes se han sentido protegidos cuando él examinaba sus bocas. La gente lo conocía como una persona con manos delicadas. Nunca perdía los nervios y mantenía la simpatía y el buen comportamiento incluso cuando sus clientes llegaban tarde o cambiaban la cita a última hora. Sin embargo, sintió que perdía el prestigio y el éxito de su carrera profesional cuando supo de la relación entre su chófer y su hija.

Hubo un murmullo entre la gente apiñada unos con otros. Los micrófonos y teléfonos móviles que grababan las declaraciones del inspector se aproximaron aún más.

En Gurgaon, los padres de la compañera de Sonali llamaron a la puerta del apartamento de los Kumar. Priya abrió la puerta y la apremiaron a que encendiera el televisor donde vieron y escucharon las declaraciones del inspector.

—Pankaj Bhatt pertenecía a otra casta hindú —continuó el inspector ante los periodistas ávidos de más morbo con el que alimentar a sus espectadores, seguidores en redes sociales y oyentes de sus cadenas de radio—. Por este motivo cometió un crimen de honor asesinando a su hija y luego a Pankaj. Hemos obtenido varias pruebas, no solo porque las muertes se hicieran con instrumentos quirúrgicos, sino también porque el acusado pretendía huir. Hemos sabido que hace unas horas planeaba ir a Simla. El propósito no era otro que esconderse y posteriormente marcharse al extranjero, seguramente a Nepal, para evadir a la justicia. Eso es lo que pretendía. Además, en sus bolsillos hemos encontrado una tarjeta de un conocido abogado. Si

fuera inocente, ¿por qué llevaba la tarjeta de un abogado tan caro? Además, hemos registrado su vehículo y hemos encontrado una pequeña cantidad de cocaína que guardaba en el fondo de la guantera. Al saber de la relación amorosa de su hija con su chófer cayó en la adicción. Podemos conjeturar que los asesinatos los cometió bajo la influencia de la cocaína.

En el apartamento de los Kumar Priya comenzó a llorar a raudales. Temblaba. Al principio no daba crédito. Todos los canales daban la misma noticia, su marido había sido arrestado por el doble asesinato. «Arrest ho gaye», «arrest ho gaye» (ha sido arrestado), repetían los reporteros a su audiencia.

—¿Por qué nos hacen esto?

32

La casa era de estilo colonial británico. Desde el exterior se percibía un aire solitario e incluso fantasmal. Daba grima. Las ramas de las palmeras se balanceaban al impulso de la brisa procedente del mar.

Manzoor cogió una botella de whisky. Se sirvió un generoso vaso y fue hacia la ventana. Se quedó de pie contemplando las luces de la ciudad. El panorama de Bombay con su habitual ajetreo y ruido de tráfico le calmó y contribuyó a hacerle recapacitar sobre lo acontecido recientemente.

No solo Chandru había desaparecido, sino que Naga no daba señales de vida, lo cual indicaba que había sido eliminado. Arrestado lo descartaba porque, de lo contrario, las autoridades españolas habrían informado de ello a través de los medios de comunicación. Estaba muerto como lo estaría Chandru.

¿Qué paso tendría que dar? ¿Le estarían vigilando? ¿Era el momento de largarse por un tiempo a su escondite de Tailandia? La idea de desaparecer por una temporada parecía ser la mejor opción. Sí, eso haría. Había mencionado a Ketan que iría a Sudáfrica en caso de que a él lo arrestaran, así le daría tiempo para moverse de Tailandia a otro lugar aún más recóndito. Ahora debía eliminar pensamientos negativos. Una vez en el extranjero, planearía vengarse por lo sucedido con Chandru y Naga y retomar el negocio del tráfico de órganos tan pronto se calmara el ambiente.

De repente vio una motocicleta Royal Enfield frenar en la calzada y estacionar al otro lado de la acera. ¿Quién diablos era?

David se apeó de la moto, cruzó la carretera y se aproximó a la entrada. Miró detrás y a los lados. Tocó al timbre. Nada. Al ver que nadie contestaba, tanteó la puerta. Estaba cerrada con pestillo desde el interior. Habría alguien. Miró hacia arriba. Todas las cortinas estaban echadas, pero vio un pequeño resquicio de luz. Se acercó a un pequeño interfono de metal, situado a un lado de la puerta, y apretó al botón. Acercó la boca.

—Hola —dijo. Se oyó un ruido de interferencias, pero nadie respondió—. Tengo un mensaje para el señor Manzoor Khan.

Se escuchó una voz cortante.

—Váyase de inmediato. El señor Khan no recibe visitas a esta hora.

Fuera de esta propiedad o llamaremos a la policía.

El interfono quedó en silencio. La policía sería lo último que querían que apareciera. David lo sabía muy bien. Fue hacia la parte posterior de la casa y abrió con facilidad la puerta que daba a la cocina. Una vez en el interior buscó el interruptor. Entonces distinguió una figura.

Manzoor corrió escaleras abajo con un cuchillo en la mano. El gorro de encaje blanco se le cayó. Al llegar a la planta baja, abrió una puerta y la cerró fuertemente. Frente a él había un estrecho pasillo. Caminó hasta situarse a la mitad y entonces se giró. Haría frente a aquel intruso. Lo mataría ahí abajo. Pero ¿quién era? ¿La policía? Quizá de algún departamento especial en colaboración con algún cuerpo o agencia de seguridad extranjera.

El aire era húmedo y frío. Las bombillas de escasa potencia colgaban a bastante distancia unas de otras, dejando todo aquel lugar sumido en la penumbra.

Manzoor aguzó el oído, el intruso estaba abriendo la puerta de arriba y comenzaba a bajar por las escaleras. Entonces lo vio asomarse por el corredor.

—Será mejor que salgas —dijo David alzando la voz. Las palabras resonaron por el eco.

—¡Ven y cógeme! —gritó Manzoor.

David caminó con paso firme y decidido hacia el fondo del pasillo.

Manzoor, escondido en la oscuridad, levantó el cuchillo y arremetió contra David. Este paró el golpe y le propinó un puñetazo en el estómago. Pero Manzoor, en vez de echarse hacia atrás, le dio una patada. David la esquivó y le golpeó la otra pierna, lo que hizo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo de espaldas. David fue a inmovilizarle, pero el otro descargó una estocada a ciegas con el cuchillo que él esquivó con una finta y al mismo tiempo le propinó una patada en la cara, rompiéndole la nariz. El rechoncho cuerpo embutido en una larga camisa de cachemir quedó flácido, noqueado.

Cuando Manzoor recobró el conocimiento su visión era borrosa. Tenía la cara aplastada contra el suelo de cemento, sucio y húmedo. Intentó hablar, pero una mordaza le cubría la boca. Intentó levantarse, pero se dio cuenta de que tenía los tobillos amarrados. Sintió un frío peculiar en los pies. Bajó la mirada y contempló con horror que los tenía hundidos en cemento dentro de una caja de madera. Con los ojos fuera de las órbitas, bregó inútilmente para quitarse las ligaduras.

David lo observó con detenimiento. Tenía el rostro salpicado de pequeñas marcas y su piel era un amasijo de colores, como si estuviera recuperándose de una adicción, quizás del alcohol o de algún tipo de droga.

—Creo que vas a tener complicado huir de aquí —dijo. Le quitó la mordaza y lo hizo sentarse en una silla.

—¡Maldito seas! —gritó Manzoor—. ¿Qué quieres de mí? ¿Para quién trabajas?

—Quiero que me hables de tu negocio.

—¿Y me dejarás marchar?

—Rogar y suplicar no te va a ser de mucha utilidad.

—¿Qué quieres decir?

David cogió del suelo un bidón metálico.

—Cemento, gasolina, botellas de gas, cuerdas, herramientas… Tienes de todo en el garaje —dijo mientras desenroscaba el tapón del bidón de veinte litros y después le roció la cabeza con el líquido que contenía.

—¡Para, para! —gritó Manzoor escupiendo el espeso líquido que caía por su rostro y evitaba tragar—. ¡Te lo suplico! ¡Diré todo lo que quieras!

—Háblame de tu negocio.

—Vendo los órganos a un contacto en Tailandia que se llama Tae Khunawut —comenzó a hablar a borbotones, como si la vida le dependiera de ello, a tal velocidad que David tuvo que prestar especial atención porque en su hindi mezclaba palabras en maratí—: Él me compra órganos, pero hace más negocio con jóvenes de Vietnam. Se le conoce como el rey de los riñones y es el responsable del mayor tráfico de órganos en Asia. Vende muchas niñas vietnamitas en China. Las casan con hombres mayores o trabajan en la limpieza. Te lo juro. Puedes comprobarlo. Es Tae Khunawut quien hace lucrativo este negocio. Si no fuera por personas como él, yo no vendería órganos de la India. Pero tengo que sobrevivir.

—Ya, y para eso no te importa que mueran niñas y que haya sádicos cirujanos que trabajen para ti, que les extraen los órganos a las víctimas incluso estando vivas.

El cuerpo de Manzoor chorreaba gasolina, le corría por el cabello y la cara hasta gotear en el suelo.

—Tienes razón. Chandru era un loco, un depravado, pero yo no lo soy. Te lo juro. ¿Qué quieres? ¿Dinero? ¿Acabar con este negocio en la India? Te diré cómo.

—¿Cómo?

—En Calcuta —respondió y comenzó a toser. Había tragado gasolina.

—¿Qué hay en Calcuta?

—En Calcuta hay un bangladeshí que se llama Ketan.

—¿Y qué tiene que ver?

—Él conoce el mayor laboratorio donde guardan en modernas cámaras frigoríficas, importadas de Europa, la mayor colección de

órganos humanos de la India. Los exportan en contenedores con productos como cereales, especias, textiles y lo que consideren más oportuno. Dentro de ellos meten neveras acondicionadas con tejidos y células. Tienen sobornado a todo el personal de aduanas. Para los trasplantes enviamos órganos vía aérea, en vuelos chárteres privados.

—¿Desde dónde? ¿Desde Calcuta? —preguntó David tirando a un lado la lata vacía.

Manzoor movió frenéticamente la cabeza.

—No, no, desde el puerto de Paradip, en Orissa.

—¿Dónde tienen el laboratorio? ¿Y el almacén?

—En Cuttack. Pero ya no sé dónde.

—Creía que eres tú quien dirigía el cotarro.

—En cierta medida sí. Digamos que soy un mediador. Un representante, quizá sea la palabra adecuada. Agente de compras, se me puede definir. Pero del aspecto logístico se encarga un señor que es extranjero. Y no me preguntes sobre él porque ni sé cómo se llama ni nunca lo he visto. Nuestra comunicación es a través de Ketan.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese Ketan?

—En Calcuta frecuenta el hotel de lujo ITC Royal Bengal. Ahí va todos los días. Va al gimnasio, a la piscina, toma masajes. Es ahí donde se reúne con clientes que vienen del extranjero.

—Ketan ¿qué más?

—Yadav, Ketan Yadav. Ahora que te lo he contado todo, ¿vas a dejarme en paz?

—Digamos que te voy a dejar libre de ataduras materiales —respondió David con una voz que no era más que un susurro ronco. Encendió una cerilla y la tiró.

Rápidamente surgieron unas llamas azules alrededor de la cintura de Manzoor al tiempo que él gritaba de manera histérica. Con los tobillos aprisionados en la caja de cemento era como el haber tirado el ancla y tocado fondo. No podía moverse. Lanzó un grito aterrador. Las llamas ascendieron de manera más frenética. El humo se volvió negro a medida que fue quemando la ropa.

La expresión del rostro de David Ribas era impenetrable. Permaneció contemplando el cuerpo de Manzoor con la cabeza erguida. Quería gritarle que todo aquello era debido a la muerte que había infligido a niñas inocentes, pero se contuvo. En breve se le incendiarían los pulmones y todo habría acabado. El rostro de Manzoor quedó cubierto de ampollas, ennegrecido. Los globos oculares se le salieron de las cuencas.

Cuando el hedor de la carne abrasada se volvió insoportable, David se dio la vuelta y se marchó.

33

Un grupo de mujeres policías irrumpieron en el apartamento de la familia Kumar.

—¡Esto es una vergüenza! —gritó Priya sin poder evitar que entraran en la habitación de su hija—. ¡No tienen derecho a hacer esto!

Metieron en cajas de cartón y bolsas los libros de lectura que Sonali tenía sobre las estanterías, además de cuadernos. También su ordenador de mesa. Una agente observó las fotos clavadas con chinchetas en el corcho de la pared.

—¿Dónde fueron tomadas estas fotografías de su hija? —inquirió de mala manera, señalando una imagen en la que se veía a Sonali riéndose junto con unas amigas.

—Fue en una fiesta.

—¿Había adultos?

—¡Cómo que si había adultos! —exclamó airada Priya—. Son amigas, compañeras. Fue durante el cumpleaños de una de ellas.

La mujer cogió el móvil que había sobre la estantería y lo encendió.

—Ah, no tiene clave —dijo de manera irónica, esbozando una sonrisa.

—¿Qué quiere decir?

—Que cualquier puede entrar y ver su contenido.

—Sigo sin entender qué quiere decir.

La agente la ignoró.

—¿Más fiestas? —preguntó mientras miraba la galería de fotos.

Priya estaba al borde de un ataque de nervios.

—¿Qué quiere decir esa pregunta y el tono que emplea?

—Conteste —señaló las fotografías clavadas en el corcho—. ¿Estas imágenes están en este móvil?

—No, creo que las borró.

—¿Por qué querría borrarlas? ¿Fue bajo coacción de un adulto? ¡Había imágenes comprometedoras de aquella fiesta!

—Lo que está usted diciendo es demencial. Los jóvenes se sacan fotos con sus móviles y si no les gustan, las eliminan, o en este caso ella imprimió las que le gustaban, las puso en su corcho y luego las borraría para que el móvil tuviera más capacidad. —Priya se aproximó e intentó arrebatarle el aparato.

La agente se lo impidió y se lo dio a un compañero para que lo guardase en una de las cajas de cartón en las que estaban metiendo

todas las pertenencias de Sonali.

—No les voy a permitir que se lleven nada del cuarto de mi hija. No tienen orden judicial.

—Señora, no se interponga —le recriminó la agente levantándole el dedo a la altura de la cara—. Si continúa impidiendo que hagamos nuestro trabajo, la tendré que detener por intentar interferir en una investigación criminal.

Priya salió airada de la habitación de su hija, se metió en la cocina, se sentó de cuclillas en el suelo y rompió a llorar de impotencia. Hasta que no escuchó la puerta cerrarse de golpe, no salió. Los padres de la compañera de Sonali entraron nada más irse la policía. La mujer corrió a abrazar a Sonali mientras su marido llenaba un vaso de agua. Eran los únicos que seguían comportándose como verdaderos amigos. Todos los residentes del edificio la habían ignorado nada más saber que Anil había sido detenido en comisaría. Siguiendo el comportamiento intrínseco en la mentalidad india, nadie quiere implicarse en una tragedia para evitar verse relacionados indirectamente.

Los padres de la compañera de su hija sentían el deber de hacer todo lo que estuviera en sus manos para ayudarles. Aunque Anil le dijera que se quitara el sentimiento de culpa al haber sido él quien le recomendó a Pankaj, este no podía hacerlo.

—Toma, bebe.

La levantaron del suelo y sujetándola por los hombros la llevaron al salón.

—Tranquilízate, Priya.

Pero ella no dejaba de temblar entre sollozos.

—No voy a poder continuar.

—Debes hacerlo, Priya.

—Esto es una pesadilla —dijo en voz alta, con labios temblorosos, como quien tiene mucho frío o mucho miedo—. Jamás hubiéramos pensado que de un día para otro nuestras vidas se convertirían en un infierno. ¡Mi Sonali! —chilló señalando la pantalla del televisor—. Hace poco estábamos los tres aquí sentados, viendo una película. Éramos felices.

La mujer la abrazó y por encima del hombro de Priya hizo un gesto a su marido. El hombre se sentó junto a ella y le cogió una mano.

—Priya, escucha lo que mi marido te va a decir.

Ella se giró. El hecho que el hombre le hubiera cogido una mano en otro momento hubiera sido un gesto transgresor en la relación de amistad con una mujer, pero estando su esposa delante, el motivo no era otro que darle una noticia relevante.

—Priya, presta atención. Como sabes, soy abogado mercantil. Me dedico a las relaciones vinculadas al comercio. Me duele muchísimo lo

que está pasando. La pérdida de Sonali la hemos sentido como si se tratara de nuestra hija. Suchitra está devastada. Ni un momento puedo dejar de pensar en lo que Anil debe de estar pasando.

—Díselo ya —dijo su mujer, con signos de impaciencia y todavía sosteniendo en sus brazos a Priya.

—Conozco a la única persona que puede poner en orden toda esta situación.

—Te lo agradezco, pero ayer Anil ya se puso en contacto con un abogado.

—No, no, esta persona está más allá del poder que un abogado pueda tener. Yo la he visto en una ocasión. Tuve que viajar a Bombay, por un tema relacionado con una mercancía de un cliente…

—Lo que quiere decir —le interrumpió su mujer, impaciente por desvelar la información— es que conoce a una persona que puede arreglar esta situación de una vez por todas.

Incrédula, con los ojos bañados en lágrimas, Priya levantó la cabeza.

—¿Y quién es?

34

La policía utilizó toda la información que obtuvo para manipularla y presentar pruebas contra los Kumar. Informaron a los medios de comunicación de que su vida familiar no era sana. Insinuaron que algún miembro era adicto a las drogas, probablemente el padre. Argumentaron también que Sonali había hecho un trabajo para la escuela sobre la adicción. En su ordenador se encontró que estuvo mucho tiempo recabando documentación sobre el tema. Pasaron por alto que era un trabajo curricular por el que obtuvo la mejor calificación en la clase. Aun así, los medios de comunicación y redes sociales se cebaron con aquella familia de clase media alta insinuando que tomaban drogas.

Intencionadamente y para que el bulo siguiera creciendo, la policía puso en manos de los medios de comunicación un mensaje de WhatsApp entre Sonali y su padre. En él Sonali le pedía perdón y le decía que no lo volvería a hacer.

«¿Qué era lo que no volvería a hacer?». «¿Por qué iba dirigido a su padre y no a su madre?». «¿Qué era lo que había hecho Sonali?» En todos los canales y redes sociales se hacían las mismas preguntas y cada cual sacaba sus conclusiones con supuesta acertada vehemencia.

A Priya no le preguntaron ni le permitieron que contara el motivo de esas comunicaciones: Sonali se fue con sus amigas al cine a ver una superproducción de Bollywood. Y aunque ellos eran reticentes a que fueran solas y no acompañadas por un adulto, le dieron su consentimiento porque fue la presión del grupo lo que les hizo acceder, porque a sus amigas sí que las dejaban ir.

Aquel mensaje enviado a su padre fue distorsionado y sacado de contexto, utilizado para continuar fabricando pruebas falsas.

Los habitantes del extrarradio de la capital de la India, Nueva Delhi, vivían rodeados de centros comerciales, restaurantes o cines, y llevaban una vida social activa y metropolitana. Lo que desconocían, o a lo que no prestaban atención alguna, era que nadie estaba a salvo de nada.

Recurriendo a pruebas falsas, suposiciones y chismorreos que dejaron circular en los medios de comunicación y estos a su vez sobre un entorno social incapaz de reflexionar y comprender, la policía había inventado una historia sobre la familia Kumar con la esperanza de cerrar el caso.

Era viernes cuando detuvieron a Anil en la comisaría. Ese mismo día lo mandaron ante el juez. Habían elegido el viernes para así no poder solicitar la libertad bajo fianza hasta el lunes. Antes de salir de la comisaría, le obligaron a firmar una confesión.

—¡Me niego a firmar nada! —exclamó muy enfadado—. ¡Quiero un abogado! ¡Exijo un abogado!

—Eres tú el hijo de puta que mató a una adolescente y a su amante.

—¡No puede usted hablarme así! —gritó enfurecido.

—Además, violento y agresivo.

—Exijo respeto. Está hablando de mi hija asesinada por un demente al que han encontrado muerto y quieren echarme a mí la culpa.

Le sujetaron de los brazos y lo arrastraron hasta el exterior. Lo metieron en la parte trasera de una camioneta con rejas y fueron a los tribunales. Cuando llegaron, la entraba estaba bloqueada por los medios de comunicación, ávidos de captar la imagen de Anil esposado. Antes de salir del vehículo le advirtieron de que si decía algo a la prensa, si se paraba de camino al interior del edificio, su mujer sufriría graves consecuencias. Sin embargo, él no pudo evitarlo.

—¡Me están incriminando ilegalmente! —gritó al tiempo que era empujado brutalmente por los policías.

—*Hum tere ko mar denge* (te vamos a matar) —le amenazó al oído uno de los agentes.

Luego lo presentaron ante el juez.

—Señor, juez, pido que se me conceda el derecho de hacer una llamada —suplicó Anil, pero sus palabras cayeron en saco roto. Nadie le prestó atención—. Tengo derecho a un abogado. —Miró a su alrededor, personal de los tribunales, policías y demás personas a las que habían dejado entrar le observaban como si fuera un animal de feria. Por su parte, el juez observaba distraídamente varias hojas que un asistente le iba mostrando sobre su amplia mesa—. No pueden hacerme esto. Vivimos en un país democrático. Me han calumniado y acusado sin pruebas. Mi hija ha sido asesinada, señor juez. Al asesino lo han encontrado muerto y quieren culparme a mí. Como ciudadano exijo hablar con mi abogado. ¿Me está usted escuchando?

El juez hizo un garabato sobre un papel, levantó la cabeza, miró con desprecio a Anil y espetó en voz alta

—*Ja yahan se* (largo de aquí).

Inmediatamente trasladaron a Anil a prisión. Aquel era un mundo aparte. Lo cachearon y le dieron una sábana. Lo encerraron en un barracón junto con delincuentes peligrosos y drogadictos. Aunque le habían dado una sábana apestosa allí no había camas. Los prisioneros

la utilizaban para cubrirse el cuerpo y evitar las moscas y los mosquitos. Durante el tiempo que estuvo allí encerrado le dieron lentejas aguadas para comer junto con *chappati*, pan redondo.

Aquella primera noche no pudo probar bocado. Quería gritar, pedir ayuda. Pensó que si Dios existiera, no permitiría que le sucediera esto. Pero ¿y si Dios en verdad fuera una creación de los hombres? «Dios no existe», se dijo durante aquellas primeras horas encerrado. Pensó en su mujer y en lo mal que lo estaría pasando. Tuvo necesidad de ir al baño. Se dirigió hacia un rincón, resbaló sobre algo húmedo y entonces se dio cuenta de que no había urinario. Se había caído en un charco de orina y heces. Vomitó sobre el suelo y corrió hacia su lugar, rompiendo a llorar.

Durante el viernes, sábado y domingo las televisiones y redes sociales emitieron todo tipo de «pruebas», cada cual más digna de una telenovela. Durante todo el fin de semana los medios de comunicación quedaron apostados frente a las puertas de la cárcel, pendientes de captar imágenes de «la esposa del asesino».

Entonces aparecieron nuevas «historias»: los Kumar hacían intercambio de parejas con amigos suyos relacionados con el mundo de la moda. Como Priya tenía una empresa de confección, eso dio pie a generar aquel tipo de argumento. La policía lo confirmó así: se realizaban prácticas sexuales en el apartamento de los Kumar y cuando esto sucedía, encerraban a Sonali en su habitación. De ese modo la hija sintió la necesidad de sentirse protegida junto al chófer de la familia. La falta de pudor y la incipiente necesidad de practicar sexo la hicieron mantener una relación en secreto con Pankaj Bhatt.

Varias organizaciones protestaron por la continua difamación de la familia Kumar y, sobre todo, de la adolescente fallecida. Hubo quien se grabó en vídeo y lo subió a las redes sociales argumentando punto por punto todas las incoherencias. El chófer asesinó a Sonali, este fue asesinado por la propia policía y toda la culpa se la querían cargar al padre de la joven. Pero si fuera esto cierto, la gente se preguntaba ¿por qué se asesinó al chófer Pankaj Bhatt? De este modo se silenció y no se prestó atención alguna a quien defendía a la familia Kumar.

La otra pregunta que se hacían los periodistas atrincherados a las puertas de la cárcel durante aquel fin de semana era dónde estaba Priya Kumar.

35

Una de las diferencias más significativas entre una familia de clase media occidental con otra de la India reside en la presencia de personas en las casas dedicadas al trabajo doméstico, la servidumbre —dijo Hassena.

El hombre que tenía sentado enfrente llevaba chanclas, pantalón de chándal y una camiseta blanca interior. Parecía que hubiera salido de su casa de manera precipitada para reunirse con la jefa del crimen organizado de Bombay. Un musculoso guardaespaldas estaba de pie y en silencio a una distancia prudencial del visitante, pendiente de cualquier orden por parte de su jefa.

El visitante no mostraba signos de tener miedo, pero en su interior no dejaba de analizar la situación. Había sido secuestrado de su casa durante la madrugada, puesto en un avión privado y traído a Bombay, a más de mil kilómetros de distancia. Su nombre era Kamlesh Sawant y era el inspector de la comisaría de Gurgaon. Era consciente de que el modo de actuar era dejar hablar a aquella señora. Sabría cómo llevar a buen término la reunión. En el momento oportuno le haría mención de la cantidad económica que podía ofrecerle. Lo que no comprendía era qué importancia le daba en todo esto. Ella era musulmana y la familia Kumar era hindú. ¿Qué tenía que ver ella en todo aquello?

«Ya está. Me imagino la razón. Conoce el negocio ilegal de tráfico de órganos y después de su cháchara querrá una cuantiosa parte. Qué inteligente es esta mujer. No es de extrañar que maneje una red criminal tan importante en Bombay». Kamlesh analizaba de esa forma la situación con mentalidad de policía corrupto mientras movía la cabeza pretendiendo que le prestaba una atención exclusiva.

Hassena le explicaba que estaba harta de ver a niños en las calles vendiendo ejemplares de libros *bestsellers* pirateados y revistas de moda como *Vogue*, *Hello!*, *Elle* o *Cosmopolitan*.

Cada vez que un vehículo quedaba atrapado en el tráfico o parado por un semáforo en rojo, contaba, enjambres de niños pequeños se agolpaban en los cristales de los acondicionados coches para tocar con los dedos el cristal, llamar la atención de los pasajeros y mostrarles las portadas de las revistas.

—Es tan vergonzoso que hasta los descendientes de maharajás se venden a las revistas amarillas. Son ensalzados y fotografiados en sus grandes salones, vestidos con ropa cara y los nombran a pie de página con títulos pasados de moda. No solo ellos, actores y modelos están

dispuestos a apostar por esas lujosas y extravagantes etiquetas del glamur más falso y artificial.

El inspector Kamlesh asentía dándole la razón, pero en su fuero interno seguía pensando a dónde quería ir a parar con aquella cháchara. Hassena le caía absolutamente mal y la despreciaba no solo porque fuera una mujer, sino porque era musulmana. Ese despreciable sentimiento hacia ella, aunque él no lo supiera, se le notaba como si se evaporase por sus poros. Su interlocutora era perspicaz y lo sabía.

—Es la India liberal y urbana —continuó diciendo Hassena—. El impulso económico que desde hace una década ha provocado una propulsión en la sociedad como jamás se había visto. Esa misma India liberal es la que critica los males del colonialismo y el trabajo infantil, pero en sus casas se dejan servir la comida o el té por una niña adolescente. Aunque es cierto que la mayoría de las veces la relación entre criados y sus señores es cruel, también puede ser buena. De vez en cuando el empleador contribuye a costear la boda de la familia de su servidumbre. En ocasiones constituye una relación amable de éxito, un *win-win*, que dicen en inglés. Incluso la servidumbre puede encontrar una vivienda anexa a la residencia donde trabaja, lo que le facilita el acceso a agua, electricidad y comida en abundancia.

»Así pues, como el costo de contratar criados es bastante bajo en este país, una familia de clase media puede permitirse un jardinero, una criada, una mujer solo para lavar la ropa, y ya que esta es de cierta casta baja y no se le permite tocar la comida, contratan a otra para cocinar *puris*, *chappatis*…, un guardia de seguridad apostado horas y horas bajo una sombrilla a la entrada de la casa, e incluso un chófer.

Al oír aquella última palabra el inspector Kamlesh puso todos sus sentidos en alerta.

—De verdad, con todos los respetos, no sé a dónde quiere ir a parar —dijo mirando fijamente a los ojos de Hassena—. Si me quiere decir algo referente al doble asesinato cometido por Anil Kumar…

Hassena levantó la mano, interrumpiéndole, y pegó un sonoro golpe sobre la superficie de la mesa

—No te permito que insultes a mi inteligencia —espetó. Le miró tan fijamente por unos instantes que el vello de Kamlesh se erizó—. Sé que Pankaj Bhatt, el chófer de la familia Kumar, fue asesinado con un khukri (cuchillo en forma de curva).

Se levantó de la silla y el inspector hizo lo mismo.

—No, tú te quedas sentado.

Kamlesh tomó de nuevo asiento ante la mirada del fornido guardaespaldas que se situó aún más cerca de él, amedrentándolo con su enorme presencia.

Hassena salió de la habitación y entró en otra. Priya Kumar se

levantó de la silla, pero Hassena le hizo ademán de permanecer sentada y le mostró en una tableta una imagen en tiempo real de su despacho. Era la que proyectaba una pequeña cámara de seguridad instalada en un rincón de la estancia. Hizo *zoom* en el rostro de Kamlesh Sawant.

—¿Es este el inspector que fue a tu apartamento y habló con tu marido?

—Sí, es él.

Hassena le puso una mano en el hombro.

—Ahora mis empleados te acompañarán al aeropuerto. Te prometo que tu marido estará contigo dentro de unas horas.

David Ribas entró en el despacho de Hassena y vio al inspector, pálido, vigilado por la atenta mirada del guardaespaldas de su jefa. En ese momento entró ella tras haberse despedido de Priya Kumar, que no había dejado de llorar de alegría y de repetir lo agradecida que estaba.

—Me vas a hacer un favor, Kamlesh —dijo Hassena tomando asiento frente a su escritorio.

El inspector pensó que saldría airoso de aquella situación.

—Por supuesto.

—Vas a llamar ahora mismo a tu subinspector y le vas a decir que Anil Kumar queda libre de todo cargo, que irá a sacarlo personalmente de la cárcel y que lo llevará a su casa. Y en todo momento él y sus oficiales mostrarán un comportamiento ejemplar. Si golpearan a Anil Kumar o recibiera un insulto, quedarían expulsados del cuerpo.

—Pero…

—¿Sí?

—Necesitará presentar una orden judicial.

Hassena tecleó en la pantalla de su tableta.

—Ahora mismo te la acabo de mandar a tu móvil. Reenvíaselo a tu subinspector para asegurarte que lo tiene.

El inspector Kamlesh no daba crédito. ¿Cómo en Bombay había podido hacer que un juez del norte de la India firmara tal documento?

—Pero…

Hassena le interrumpió sacando un documento de la impresora y poniéndoselo delante.

—Y ahora mismo vas a firmar esta declaración. Ya me encargaré de que tenga los sellos correspondientes.

Kamlesh leyó el texto. Iba dirigido a los medios de comunicación. Mencionaba que se habían encontrado pruebas de que Pankaj Bhatt, el chófer de la familia Kumar, era el autor del asesinato de Sonali Kumar. Una nota escrita en nepalí ponía que lo había hecho en un arrebato de ira por la falta de ayuda del Gobierno para regularizar su estancia en la India. Por lo tanto, se exoneraba de cualquier culpa a

Anil Kumar. Desde la comisaría de Gurgaon se pedía perdón por no haber hecho la investigación de manera correcta y haber permitido que se difamara a la familia Kumar con pruebas falsas. Lo firmó.

Hassena llamó a un ayudante, que entró y se llevó el documento. Luego le tendió su teléfono móvil al inspector Kamlesh, que llamó al subinspector y le dio la noticia. Este no daba crédito y Kamlesh se la tuvo que repetir y subir la voz para que sus palabras causaran más impresión a su subalterno, que no salía de su asombro. Le dijo que imprimiese el documento que acababa de recibir en su móvil y le dio las instrucciones, haciendo hincapié en lo que Hassena le había dicho respecto al trato a Anil Kumar durante el traslado de la prisión a su casa. Terminó la llamada y dejó el móvil sobre la mesa.

David sabía que aquel hombre estaba muerto. Quedó a la espera de cómo reaccionaría cuando Hassena se le hiciera saber su sentencia.

—Tú diste la orden de asesinar a Pankaj Bhatt —lo acusó ella. Aquellas palabras cayeron como un mazo sobre el inspector—. Y para convertirte en una estrella en los medios de comunicación, te dedicaste a difamar a la familia Kumar. Diste de comer a las hienas de los periodistas con pruebas falsas. Te creías que así ibas a generar tanta repercusión que te ascenderían. Vete de mi vista. —Hizo un ademán a su guardaespaldas y este lo agarró, arrastrándolo hacia la salida.

Kamlesh hizo amago de abalanzarse sobre el escritorio, pero el guardaespaldas se lo impidió, doblándole el brazo y sujetándole la nuca con la otra mano.

—¡Un momento, déjame hablar! ¡No puedes hacerme esto! —gritó alterado.

En ese instante entró otro fornido hombre y se lo llevaron a rastras.

David tomó asiento en una silla junto a la pared. Sabía que Hassena tenía tolerancia cero a casos relacionados con asesinatos de mujeres, pero sobre todo de menores. Sentenciaba a muerte sin contemplación alguna a los implicados. El haber destrozado la vida a los padres de la víctima no tenía perdón alguno. A aquel hombre que acababa de salir a la fuerza por la puerta le quedaban minutos de vida.

—El utilizar el asesinato y violación de una joven de una forma tan vil y grosera trasciende todo límite que pudiera existir —dijo Hassena —. El pobre padre de la víctima ha sido arrastrado por un submundo de mentiras, manipulación mediática y, sobre todo, por el acoso del perverso Estado.

Poco después un demacrado inspector Kamlesh estaba en una lancha que se alejaba de la orilla. Tenía los pies dentro de una caja de madera llena de cemento. En breve estaría en el fondo del agua.

En cuanto a los Kumar, no solo se sintieron abandonados por amigos y vecinos, aun quedando exonerados de cualquier acusación. Ni los medios de comunicación pidieron disculpas ni se retractaron por las injurias y difamaciones que hacía poco habían vertido contra ellos. La sociedad quiso pasar página. Gracias a una generosa ayuda económica y a los contactos de Hassena, los Kumar se mudaron al poco tiempo a Inglaterra donde se instalaron en un suburbio de Londres. Anil comenzó a practicar la ortodoncia en una clínica privada y Priya inició desde allí su negocio textil. Sus vidas profesionales comenzaron a despegar, así como las personales y encontraron nuevos motivos para seguir viviendo con alegría y optimismo a la vez que mantenían vivo el recuerdo de Sonali.

36

Hassena contactó con Varun Grover haciéndole saber lo que David había averiguado sobre un tal Tae Khunawut y su lucrativo negocio en Tailandia. Más tarde desde el Cervantes lo comunicarían a la CIA.

Averiguarían qué parte del dinero obtenido por la venta de órganos era transferida de aquí allá y luego desaparecía para acabar en los bolsillos de grupos fundamentalistas del sudeste asiático y qué parte iba a parar a cuentas en paraísos fiscales para financiar equipamiento del terrorismo islámico en Europa.

En el sudeste asiático se estaba dando un paradigma ciertamente peculiar con los islamistas radicales, que no solo obtenían financiación con el tráfico de órganos, sino que varios grupos fundamentalistas musulmanes emergentes se habían hecho adictos al juego y a objetos lujosos.

Hassena le explicó a David Ribas que aquello era una amenaza que debían atajar. Tenía que viajar de inmediato a Calcuta y encontrar a Ketan Yadav.

—El monstruo que el doctor Frankenstein crea no es malo ni violento, es la falta de amor la que ocasiona su comportamiento destructivo. No creo que la gente nazca con la necesidad de hacer el mal, sino que es la sociedad la que transforma a ese individuo conforme pasa de la niñez a la adolescencia y madurez. La sociedad de la India está enferma, patológicamente enferma. ¿Te has fijado en cómo los medios de comunicación han tratado este suceso? Crearon un *reality show* donde todo ha tenido cabida. ¿Ahora te crees que se retractarán o pedirán perdón? Ni hablar, pasarán página y comenzarán a tratar otro tema «de actualidad». Y al vilipendiado, odiado, castigado y humillado Anil Kumar nadie le va a pedir perdón.

—Menos mal que ni el chófer ni el inspector eran musulmanes, de lo contrario las calles hubieran ardido.

—*Alhamdulillah* (alabado sea Dios). Aquí en la India existen diversas formas de pensamiento islámico, pero hay un aspecto peculiar que sobresale en este más que en el extranjero, y es que dentro de esa diversidad la mayoría de los musulmanes indios son amantes de la paz.

Durante los años que David había vivido en la India había aprendido que los musulmanes eran la comunidad más atrasada, exceptuando los *dalits*, popularmente conocidos como los intocables.

Ese atraso no solo se observaba en la esfera de la cultura o economía, sino también en la sociedad. Tras la independencia en 1947, los funcionarios e intelectuales musulmanes, en su mayoría, se fueron a Pakistán y se quedaron los analfabetos y más pobres, que tuvieron más difícil integrarse en la sociedad. Sin embargo, jamás se interesaron en la radicalización. Las nuevas generaciones son muy diferentes y desean progresos económicos, quieren un empleo y consideran la educación como un arma.

—Fíjate, David —continuó Hassena—. Con más de doscientos millones de musulmanes en la India, el yihadismo es un fracaso. Y eso se debe a que nosotros los musulmanes somos muy nacionalistas, muy patriotas. Aquí predomina la integración mientras que en el extranjero, como Francia o Reino Unido, el multiculturalismo te envía a un gueto. Y es esa ausencia de un sentimiento de lealtad y pertenencia la que conduce a las nuevas generaciones de pakistanís británicos, por ejemplo, a cometer atentados en su propio país.

—Desde luego —dijo David—. Lo que yo he aprendido durante estos años es que la civilización india no distingue en términos de religión. Es un logro imposible a nivel mundial. Existe una armonía comunitaria. Aunque la mecha a veces se encienda, el Corán y el Gitá viven en consonancia.

En ocasiones había habido explosiones con bombas, a menudo por la lucha interna entre grupos políticos rivales. Pero los intentos de cambiar la imagen del islam en la India por la versión más radical nunca habían cuajado.

Los musulmanes indios se mostraban cada vez más interesados en que sus hijos adoptasen una educación secular y moderna y no imponer una interpretación puritana del islam. Incluso a pesar de vivir en comunidad o barrios musulmanes en su mayoría, si en alguna ocasión hubiera disturbios con hindúes en partes lejanas de la India o sospechas en tiempos difíciles, la mayoría de los musulmanes solían mostrar una excepcional y característica lealtad a la idea india de carácter nacional.

—En ciudades del Reino Unido hay zonas mixtas en las que no predomina una comunidad étnica concreta. Conviven cingaleses, bangladesís, pakistaníes e indios. Todos juntos con personas blancas británicas. Cuando una mujer india va a una carnicería o pescadería, el vendedor de forma instintiva sabe su origen. Los indios y pakistaníes tenemos eso en nuestro ADN. ¿Cómo se empieza la conversación? En inglés, pero, acto seguido, se cambia de idioma. El vendedor comienza a hablar en urdu y la clienta lo hace en hindi. Con este gesto ambos dan a conocer su procedencia. Si la clienta le pregunta si el producto es fresco, el vendedor le contesta que no vende productos en mal estado a su gente.

—Yo siempre he creído que la relación entre Pakistán e India es como una pelea entre hermanos. Desde el extranjero se interpreta que sus diferencias podrían acentuarse y llegar a la guerra nuclear, pero en verdad son conflictos que surgen de vez en cuando, que tienen todo el amor y odio como si fuera una disputa pasajera entre familiares.

—Así es. Y cuando personas de ambas nacionalidades se encuentran en el extranjero lo que verdaderamente les importa es una relación cordial, el respeto. Ese vendedor pakistaní solo sería capaz de vender un producto en mal estado o a punto de caducar a un cliente blanco. No lo haría con una mujer india porque la considera de su mismo lugar de origen. Porque, aunque los británicos se fueran, la India se independizase y se formase un nuevo país llamado Pakistán, queda claro que indios y pakistaníes son la misma gente y vienen originalmente del mismo país.

—Pero ningún político o gobernante se atrevería a decir o comportarse como ese vendedor pakistaní en Inglaterra con su clienta india.

—Ahí está el auténtico quid de la cuestión, del porqué de esa fama de enemistad entre la India y Pakistán. Los políticos ponen drama a la escena cuando les conviene.

CUARTA PARTE
UN FINAL INESPERADO

37

Los viajeros escaneaban nerviosos las pantallas para comprobar los andenes, retrasos, cancelaciones, salidas inminentes y llegadas. Cientos de personas deambulaban por la estación Victoria Terminus de Bombay, también denominada Chhatrapati Shivaji. Era un auténtico hervidero de actividad, de pasajeros con y sin equipaje, perros callejeros, vendedores ambulantes… una especie de caos controlado típico de la India, porque solo allí podía existir tal cosa.

Desde un lugar apartado, fuera de todo campo de visión, un hombre observó con atención el destino del tren en el que se había subido David Ribas, a quien el tiempo que duró el viaje no se le hizo eterno, sino que se le pasó volando porque la mayor parte fue durmiendo. Eran esos momentos en los que aprovechaba para descansar y quitarse el sueño acumulado. Cuando viajaba en tren como en aquella ocasión, pagaba una propina a un empelado para que estuviera atento a que nadie le molestara, y se tumbaba en una litera superior para dormir a pierna suelta bajo el pequeño ventilador de techo.

Estaba a gusto en el tren, con el ruido, el movimiento, el ajetreo en cada estación, las voces y gritos de pasajeros que subían y bajaban.

Al llegar a Calcuta y salir de la estación Ribas se encontró con el paisaje urbano acostumbrado. La calle estaba abarrotada de vehículos y gente. Sin embargo, Calcuta parecía una ciudad aún más poblada que Bombay. Se mezcló entre cientos de personas que caminaban o estaban de pie conversando o hablando en grupo. Había muchos bengalíes, pero también gente de Bangladesh y de otros estados. Las lenguas cambiaban a cada paso, al igual que la música, y cada restaurante y puesto de comida callejero vertían un aroma distinto en el aire húmedo, pegajoso, hirviente.

Calcuta se fundó como un establecimiento comercial de la Compañía de las Indias Orientales y fue la capital de la India bajo el Raj británico de 1773 a 1911. En la actualidad, el contraste entre lo excepcional y ordinario se veía por doquier.

Restaurantes, tiendas, puestos de comida callejera, hostales, hoteles baratos de mochileros, oficinas de cambio de divisas, joyerías y numerosas agencias de viaje, uno junto a otro, llenaban la calle en toda su longitud. Hombres andrajosos tiraban de carros de madera entre el denso tráfico vendiendo frutas y verduras. Desde otros, tirados por bueyes, pujaban por repartir pucheros metálicos y artículos de

cocina.

Un hombre se agachó detrás de un coche Mercedes aparcado a hacer sus necesidades. Un tullido se movía entre la gente sobre un tablón de madera, con ruedas también de madera. Todo aquello confería a Calcuta la imagen de ser una ciudad donde el pasado distante se había colado intacto en el siglo XXI, como si hubiera traspasado la barrera del tiempo.

David brincó a un lado antes de que alguien tirara porquería desde la ventana de un edificio sin previo aviso. Al final de un largo bulevar junto a un enorme y frondoso parque, giró en la esquina y entró en una ancha calle flanqueada por edificios modernos. Vio el lujoso hotel ITC Royal Bengal con porteros con librea apostados bajo una enorme marquesina de colores. Entró en el vestíbulo. Se había puesto gafas de pasta gruesa y se había peinado con raya a un lado. Cualquiera que lo viera pensaría que era uno de tantos turistas extranjeros alojados en el hotel. Cogió un periódico de una mesa de centro y tomó asiento en un cómodo sofá tapizado de suave tejido de chenilla. No tardó nada en ver a la persona que buscaba.

Ketan Yadav salió del ascensor, se dirigió a la recepción y dio unas instrucciones sobre lavandería al recepcionista. Tenía la tez muy morena y el cabello cortado al rape. Era de constitución musculosa. Ribas percibió el reflejo de una ostentosa cadena de oro alrededor de su cuello. La incapacidad de aquel tipo para pasar desapercibido y detectar a alguien que pudiera estar observándole no parecía tener otra explicación a menos que estuviera esperando a alguien.

David recordó las palabras de Gurú: «Cuida tu anonimato. En tu trabajo, si llamas la atención, cometes un grave acto de violación de las leyes del sentido común y, por lo tanto, pondrás en peligro tu vida. Si alguien, tu objetivo, se percata de tu presencia, es posible que detecte algo en ti observándote con más atención. Ese patrón tuyo que había permanecido oculto saldrá a la vista. Quedarás descubierto. Un craso error y peligro para tu supervivencia».

Ketan se dirigió a la zona del bufet. No tomó asiento en ningún lugar estratégico, sino en la primera mesa que el camarero le indicó.

Desde lo lejos David se situó al lado de una columna e hizo un barrido visual de las mesas ocupadas. Jóvenes profesionales, parejas de enamorados, muchos turistas, un grupo de empresarios. Nada. No advirtió ninguna llamada de atención. Ninguno resultaba parecer un posible cliente de órganos que estuviera esperando a un contacto.

Ketan pidió el desayuno de la carta en vez de levantarse y servirse la comida del bufet dispuesto en cazuelas de metal. Cogió un periódico y comenzó a hojearlo.

Otra vez la voz de Gurú resonó en la cabeza de David: «Hay quien necesita la rutina y no es consciente de las consecuencias que conlleva

la previsibilidad de sus movimientos. Este tipo de persona más pronto que tarde muere».

Ketan recibió una llamada en su móvil. Tras colgar, se levantó, firmó la factura y con apremio subió las escaleras hacia el vestíbulo. David lo vio cruzar la entrada principal, pero Ketan, en vez de coger un taxi, se apresuró a cruzar la calle con absoluta eficacia. David esquivó los vehículos e hizo lo mismo.

En muchos sentidos Calcuta, como el resto de la India, era un misterio. La maquinaria y las inmensas grúas removían la tierra para construir todavía más puentes con la promesa de que el tráfico fluiría sin atascos. Aquellas máquinas se alzaban como figuras mitológicas hindúes, deformes, descomunales, irguiéndose sobre la populosa ciudad. De hecho, su exceso resultaba amenazador. ¿Qué empresa constructora privada se beneficiaría con los sobornos a empleados de la administración pública?

Ketan pasó por un subterráneo bajo la calle. Como experto en seguimiento urbano David era consciente de que ahí iba estar expuesto a ser descubierto. Si Ketan se diera la vuelta, le sorprendería. Pero si no le seguía por aquel subterráneo con tantísima gente caminando por las calles, lo perdería.

Los transeúntes iban muy pegados unos a otros. David guardó las distancias. Se dio cuenta de que Ketan no hacía ningún movimiento de vigilancia. Se sentía seguro. Jamás pensaría que alguien le estuviera siguiendo ahí en Calcuta.

Salieron por el otro extremo del túnel. La muchedumbre seguía ofreciendo a David innumerables oportunidades para mantener el anonimato. Ketan accedió al andén del metro, la forma más económica de circular a cualquier punta de la ciudad. Un enjambre de gente se interpuso y, por un instante, David pensó que lo perdía. Cuando llegó al andén, estuvo seguro de que allí habría cien personas como mínimo. Recorrió con la mirada los rostros de la gente. Dio con Ketan, que se acercó a las vías para acceder rápidamente a un vagón cuando llegara el metro.

El tren llegó a la estación con un estruendoso ruido. Acto seguido, aparecieron los vagones desvencijados con el rechinar de los frenos. David vio de refilón a un sij conduciendo el convoy con su distintivo turbante. Al abrirse las puertas la gente se abalanzó al interior. David se metió en un vagón. Se quedó de pie cerca de la puerta que comunicaba con el otro para poder ver bien a Ketan. En la siguiente parada miró de reojo cuando se abrieron las puertas y vio que Ketan seguía sentado con los brazos cruzados y la barbilla apoyada en el pecho, como si estuviera echándose una siesta.

Las puertas se abrieron y una riada de pasajeros salió antes de que entrara otra igualmente densa. David se quedó atento por si Ketan

salía también en el último momento. No sucedió así. Se cerraron las puertas y el tren se puso en marcha de nuevo.

Antes de llegar a la siguiente parada, David vio por el rabillo del ojo que Ketan se había puesto de pie y estaba mirando el plano del metro que había en la pared del vagón. El tren paró en la estación y Ketan salió del vagón junto con la tropa de pasajeros. David se apresuró a hacer lo mismo, librándose por los pelos de quedar atrapado, ya que los viajeros que tenía delante se demoraron en salir. La puerta automática se cerró justo a su espalda cuando pisó el andén.

Le siguió la pista a Ketan, manteniéndose a la suficiente distancia para que no lo descubriera, pero lo bastante cerca como para ver qué dirección tomaba entre la muchedumbre. Ketan pasó la barrera de salida y accedió al ruidoso exterior. A pocos metros de distancia David hizo lo mismo y después lo vio entrar en una cafetería. Era un local moderno, frecuentado por gente adinerada. Ahí un café o té costaba muchísimo más que en cualquier franquicia a la que acudían jóvenes estudiantes, por ejemplo. Desde la cristalera lo vio tomar asiento frente a un hombre cuyo aspecto sin duda era extranjero. ¿Sería quien dirigía la logística, la persona de la que le habló Manzoor Khan o sería un cliente? No lo parecía.

Daba la impresión de ser lo primero, alguien poderoso y con responsabilidades. No se levantó a saludar a Ketan, lo cual decía mucho. De espalda recta y brazos cruzados, era alguien acostumbrado a tratar a Ketan, por tanto, sí podría pensarse que era quien controlaba la logística.

David entró y se quedó de pie viendo a través de la vidriera los productos de repostería expuestos. Un empleado terminó de cobrar a un cliente y le preguntó si podía ayudarle. David eligió un cruasán. Mientras se lo preparaban echó de nuevo un vistazo a Ketan y a su acompañante. Sin duda trataban de negocios. El extranjero gesticulaba mucho. En un momento dado Ketan indicó con la mano una parte de su cuerpo. David vio cómo el extranjero le reprendía por aquel gesto. Tomó el cruasán envuelto, pagó y se quedó mirando las fotografías de los diversos cafés que ofrecían en el lado superior de la pared. Por el reflejo en el cristal, vio cómo Ketan le mostraba al extranjero la pantalla de su móvil.

Rápidamente David sacó el suyo del bolsillo y pretendiendo hacer una llamada grabó a ambos con la cámara. Inmediatamente le mandó las imágenes al número personal de Varun Grover acompañadas de un texto: «Averigua quién es el extranjero».

Al cabo de un momento dio la impresión de que ambos quedaban satisfechos. El extranjero soltó una sonora carcajada por algo gracioso que acababa de decir. Luego se levantaron y se dieron la mano. El extranjero se sentó de nuevo, pero Ketan salió de la cafetería. David lo

siguió. No había duda, se dirigía de vuelta al hotel.

Ribas necesitaba un arma. Así pues, tomó el metro de nuevo, se bajó en la siguiente parada, salió al exterior y cogió el primer taxi que vio libre. Acudió a la dirección de un contacto de Hassena.

Era una confitería. En el interior había varias personas tomando té en las mesas. Alzaron la mirada como analizándole, por si era o no un ingenuo cliente que de verdad quería algo de aquel antro. El local era la antítesis de donde había estado escasos minutos antes. Había una iluminación muy escasa, prácticamente estaba en penumbra. «¿Pero quién querría venir a tomar algo en este lugar?», se preguntó el español.

Muy sencillo. Era una simple tapadera. El suelo estaba sucio y estaba lleno de servilletas, e incluso por debajo de las mesas había cucarachas. David se dirigió al mostrador, donde un hombre evitaba mostrar interés por la presencia del recién llegado leyendo un periódico local bengalí.

—Vengo a ver Krisna —dijo pronunciando la primera frase del código.

—¿Para qué?

—Para hablar de una película —contestó. Las frases le resultaban demasiado ridículas, pero así era como se las había hecho saber Hassena.

—¿Cómo se llama?

—*Meghe Daka Tara* —mencionó un título de una película bengalí de los años sesenta.

El hombre cerró el periódico aun sin prestarle atención y con un gesto con la mano le indicó que le siguiera.

Entraron en la parte de atrás. Cruzaron un pequeño almacén lleno de bidones y cajas. Al final había una puerta por la que accedieron a otra, y allí el hombre movió un armario y pasaron a una habitación secreta. Era un almacén enorme. En una lateral había todo tipo de armas como cuchillos o navajas. En otro, pistolas. En otro, esposas y aplastapulgares. Hasta lo más moderno como taladros eléctricos y sierras. En una estantería había chalecos antibalas y *walkie talkies* no rastreables.

—Todo está limpio —dijo el hombre—. Concretamente tengo aquí doscientas dieciocho cajas de munición, sesenta pistolas y treinta revólveres. Dime, amigo, ¿qué necesitas?

—Digamos que algo modesto. Con una pistola y un cargador me basta. No voy contra un ejército.

El hombre sacó de un cajón dos pistolas de nueve milímetros, una Glock 17 y otra 19, una caja de cartuchos y unas fundas que se podían enganchar al cinturón.

—¿Es solo un hombre?

—Sí.

Le tendió una de las pistolas, la Glock 19.

—Entonces toma esta. Podrás deshacerte de ella donde quieras y no será rastreada. Tan solo evita dejar tus huellas.

David la tomó y la estudió. Echó hacia atrás la guía y sacó el cargador. Sacudió la guía tres veces, cogió un nuevo cargador y lo insertó.

—Perfecto.

El hombre la volvió a coger y pasó un trapo por el arma. Luego la envolvió en papel de periódico junto con un cargador y se la devolvió.

38

David llamó al timbre de la habitación de Ketan Yadav. Se situó a un lado de la puerta para quedar fuera de visión por si Ketan echaba un vistazo por la mirilla.

—¿Sí? —se oyó desde el interior.

—Servicio de habitaciones —respondió David cambiado el tono de voz.

La puerta se abrió. Ketan le dio la espalda y volvió al interior de la habitación quejándose del mal servicio.

—Dije esta mañana en recepción que vinieran a recoger la bolsa de la ropa sucia. La necesito con prontitud. Me quejaré a la dirección.

Cogió la bolsa, se giró y vio a una persona dentro de su habitación cuyo aspecto no era la de empleado del hotel. Le lanzó la bolsa en un movimiento bastante lento y previsible. David se apartó a un lado y sacó el arma. Ketan se abalanzó sobre él.

—¡No, espera! —gritó David, pero no pudo evitar apretar el gatillo dos veces.

El primer tiro le destrozó a Ketan la parte superior del cráneo al entrarle por el ojo derecho; el segundo le dio de lleno en la boca, haciéndole saltar los dientes en pedazos. Ketan cayó al suelo enmoquetado, hizo unos sobrecogedores espasmos y luego se quedó inmóvil.

Y ahora ¿cómo sabría dónde estaba ubicado el laboratorio que utilizaban también como almacén de logística? Revisó toda la habitación en busca de alguna información. Nada. El móvil le sonó en el bolsillo. Era Varun.

—Es australiano —informó—. Reside en Vietnam desde hace más de una década. Se llama Miles Campbell. Viaja muy a menudo a Calcuta. Lleva en la India una semana y tiene vuelo para Tailandia pasado mañana.

David ya sabía cómo actuar. Tenía que seguir la pista de aquella persona.

—¿Desde Calcuta? —se apresuró a preguntar agarrando con fuerza el aparato.

—No, desde el aeropuerto Biju Patnaik, también conocido como aeropuerto de Bhubaneswar, en Orissa.

—Y aquí en Calcuta ¿dónde está alojado?

—Ahora te lo digo. —Varun dejó la llamada en espera. David caminó impaciente hasta el fondo de la habitación y se quedó de pie

observando el tráfico de la ciudad que se veía desde la ventana. A cabo de un instante, se escuchó un chasquido y Varun añadió—: Ha dejado el hotel Mariott hace escasamente una hora. Tiene una reserva en el tren Howrah-Puri SF Express 12837. Destino Bhubaneshwar, Orissa.

—¿A qué hora? ¿Cuándo sale ese tren?

—Tiene prevista la salida dentro de cuarenta minutos escasos —contestó Varun atolondradamente—. Campbell debe de estar ya en la estación Howrah Junction. Si te das prisa puedes coger el mismo tren.

David cerró la puerta de la habitación y salió corriendo hacia los ascensores por el pasillo enmoquetado.

—No me da tiempo a comprar un billete, ¿puedes hacer algo al respecto?

—Eso está hecho. Voy a meterme en el ordenador de Northern Railways y te hago una reserva inmediatamente. Recibirás el código en el móvil y copia de un pasaporte belga con tu foto a nombre de Pierre Declercq para evitar problemas. Pero tienes que salir ya para la estación.

39

Para el visitante extranjero una imagen de la India puede ser más popular y otra más íntima; una más rica y desarrollada y otra también bien distinta, una India más precaria y empobrecida. Pero lo que es incuestionable es que el subcontinente indio no deja indiferente al viajero.

Esto es lo que pensaba David mientras veía el paisaje exterior por la ventana de su vagón de primera clase.

Acababa de mostrar al revisor su billete a través de la pantalla móvil. Su asiento estaba en el pasillo opuesto al australiano Miles Campbell, que dormitaba tranquilamente. El revisor le despertó y él enseñó un billete imprimido. Enseguida volvió a la misma postura de antes. David le miró de nuevo. Observándole, daba la impresión de que Campbell hubiera hecho ese itinerario muchas veces. No había duda, era un hombre de mundo, maduro y viajero experimentado.

Entraron en Orissa, un estado en el este de la India en la bahía de Bengala, conocido por sus culturas adivasis (tribales) y sus numerosos templos hindúes antiguos. Es conocido por formar un triángulo sagrado con los milenarios templos de Bhubaneswar. Por un lado, el dedicado a Yáganat, uno de los nombres sánscritos usados para denominar al dios Krisna, que concentra una de las mayores masas de peregrinos del país, y el famoso e importante templo de Suria, dedicado al Sol, declarado Patrimonio de la Humanidad por su importancia arquitectónica y la abundancia y calidad artística de sus relieves, muchos de ellos por su naturaleza erótica, considerados los segundos en importancia tras los templos de Khajuraho.

Miles descendió en una parada de un pueblo muy alejado de la estación de ferrocarril de Bhubaneswar. Fin de trayecto. David le siguió por el andén y le vio entrar en un todoterreno con chófer que le esperaba en el *parking*. Él cogió enseguida el primer conductor que le ofreció sus servicios y le dijo que siguiera a aquel vehículo. Pasaron los últimos vestigios de civilización, y el conductor le comunicó que era lo más lejos que le podía llevar. No se adentraría más por aquella zona por riesgo a un pinchazo o problemas mecánicos. Habían pasado del asfalto a la gravilla y ahora a tierra. David le pagó y en un puesto de té en la cuneta del camino se hizo el despistado mientras escuchaba la conversación de un obeso policía con el esquelético propietario del negocio ambulante. El agente le amenazaba con ponerle una multa y requisarle el hornillo y la bombona de gas si no le pagaba cierta

cantidad de rupias.

David no se lo pensó dos veces. Subió a la moto del policía y arrancó a toda velocidad. Por el espejo retrovisor vio al incrédulo agente corriendo patosamente por detrás mientras lanzaba improperios y amenazas con el puño en alto.

Tras unos minutos circulando miró alrededor en busca del todoterreno. No había muchos sitios donde esconderse. Era imposible que pasara desapercibido. El terreno se volvió más escarpado y dedujo que no habrían pasado por ahí. Estaba muy cerca, lo presentía.

Se detuvo, dejó la moto y se adentró por un claro. Echó un vistazo alrededor desde la posición ventajosa que le ofrecía la elevación del terreno donde se encontraba y vio un gran tejado metálico que asomaba entre frondosos árboles y palmeras. Ahí estaba. Encontró un camino de tierra que conducía hasta aquel lugar. Vio la marca de los neumáticos que había dejado el todoterreno hacía escasos minutos.

Llegó a un gran almacén. El conductor del todoterreno estaba cambiando una rueda. David se acercó por detrás y le golpeó en la nuca lo bastante fuerte como para enviarlo al suelo. Dejó el cuerpo inconsciente en el interior del vehículo. Abrió la puerta del edificio y entró. Había un pasillo que le llevó a una sala de recepción. No había nadie, pero escuchaba ruidos lejanos desde algún lugar en el interior. Siguió caminando despacio.

—Oiga, usted no tiene permiso para estar aquí —dijo una voz a su espalda.

David se giró. Era Miles Campbell.

Las miradas de ambos se cruzaron y por un instante los dos permanecieron inmóviles. David detectó un «yo he visto a esta persona antes».

—Nos hemos visto antes, ¿no es así? —dijo Campbell en inglés con un fuerte acento australiano mientras entrecerraba los ojos. Intentaba hacer memoria. En parte era una acusación.

—Puede que tenga razón —contestó David aproximándose y bajando el tono, como en un susurro.

Entonces lo sorprendió. Lo aferró del cuello, le tapó la boca y lo obligó a tumbarse en el suelo. Miles forcejeó violentamente. Era más fuerte de lo que David pensaba. Tenía todos los músculos en tensión. Se le hincharon las venas de las sienes y pillándole de imprevisto sacó una navaja. David se echó a un lado y con una mano se la arrebató, se la acercó a la nuca y clavó la punta en la base del cráneo. Entonces notó cómo los músculos del hombre se relajaron bajo el peso de su cuerpo y dejaba de forcejear: desapareció la última chispa de sus ojos y todo acabó.

David se levantó de un salto. Alguien podía haber escuchado el ruido. Comprobó que el pasillo estuviera despejado y siguió

caminando hacia el fondo. Empujó la barra que accionaba una puerta. Entró en una gran sala con una extraña iluminación de color rojo. Una bruma de aire frío salía de unas rejillas del techo. El fuerte aire acondicionado hacía revolotear las partículas de humedad. Percibió un fuerte olor antiséptico. El pasillo parecía desierto, así que se aventuró a abrir uno de los enormes frigoríficos empotrados en las paredes. Una ola de humo frío salió al exterior. Órganos humanos se apilaban en las estanterías. Distinguió algo que podía ser un corazón. Cerró la puerta.

En aquel momento apareció un hombre ataviado de pies a cabeza con un traje blanco, una especie de escafandra y una botella de oxígeno pequeña a la espalda. Parecía sacado de una película de ciencia ficción.

—¿Qué hace aquí? —gritó—. ¡Hay un protocolo anticontaminación!

David dio una serie de rápidos pasos hacia él, le golpeó en el estómago, giró sobre su espalda y agarrándole el mentón y la cabeza, se la dislocó de la columna con absoluta precisión. Después siguió caminando por aquel lugar. Era como estar dentro de un submarino y cada vez parecía más extraño. Había tubos por doquier en los techos y se oían ruidos de generadores.

Escuchó una serie de gemidos y le dio escalofríos. Aquello no presagiaba nada bueno. Conforme se adentraba más por el pasillo, los gemidos se volvían lloros. «Inconfundible», pensó: aquellos eran llantos de un niño o una niña. Giró en la esquina. El suelo estaba bañado en sangre. Había un fuerte olor a desinfectante mezclado con menta. Algo horroroso. Ya antes, en un pasillo anterior, había percibido aquella sensación.

Lo cierto era que cuando entraba en un lugar peligroso hacía un tipo de respiración especial para relajarse, con el fin de que las extremidades ganaran agilidad y el ritmo cardíaco se ralentizara. Este método de concentración para un momento como aquel se lo había enseñado Gurú en la *akhara*: «Tendrás un campo de visión despejado y una sensación especial de claridad, como si llevaras gafas con un tipo de lentes que reforzaran la visión. Te permitirá analizar con más calma lo que veas alrededor. Por tanto, actuarás con mejor juicio».

Entonces vio instrumentos médicos sobre carros metálicos de ruedas. Dos camillas bajo potentes lámparas portátiles. Dos cuerpos desnudos sujetos con correas. Dos niñas. Una estaba quieta y tenía un color azulado: muerta, sin duda. Tenía un tubo metido por la tráquea y heridas sin suturar por los costados. Le habían extraído órganos. La otra niña respiraba de manera intensa, su pecho subía y bajaba. Tenía puesto un gotero intravenoso y estaba conectada a un cardiógrafo: el ritmo del corazón era acelerado. La presión arterial era anormalmente baja. No cabía duda de que iba a ser la siguiente a la que operarían.

Dos hombres cubiertos de pies a cabeza con un mono blanco, con la misma extraña escafandra y tubos de oxígeno, aparecieron de repente.

—¿Quién es usted? —preguntó uno con voz de extranjero. El otro tenía aspecto indio.

David cogió un escalpelo de un bote sobre una carretilla y se abalanzó con rapidez sobre los dos hombres. Aquel imprevisto ataque les cogió por sorpresa. Al primero le clavó la hoja de acero en la garganta, por debajo de aquel casco, y al segundo se la clavó una, dos, tres y cuatro veces a la altura del pecho. Después desató con rapidez a la niña y buscó alrededor alguna sábana con la que cubrirla. En un armario encontró ropa médica. Le puso dos batas por encima. La chiquilla tenía el cuerpo frío como el hielo, la piel dura y el color grisáceo. Estaba medio dormida, sedada.

—Soy amigo. Te voy a sacar de aquí —le dijo al oído.

La levantó y con ella a cuestas sobre un hombro fue recorriendo de vuelta el laberinto de pasillos que conducían a los diversos laboratorios y salas de cámaras frigoríficas. De repente oyó que la niña decía algo con palabras en un idioma extraño, pero su voz se fue apagando. David creyó entender «mamá» y «casa». En aquel estado de Orissa se estimaba que habitaban más de sesenta tribus indígenas diferentes, con sus costumbres y lenguas. A aquella niña la habrían secuestrado de algún lugar del interior.

—Aguanta. Te llevaré a un hospital para que cuiden de ti —dijo David en hindi. Aunque hablara otro idioma, quizás la pequeña lo entendía porque era el oficial.

Llegaron al final de un laboratorio. Sintió algo extraño en el cuerpo de la niña. Se paró y la miró. Puso el cuerpo sobre una camilla y le tomó el pulso. Estaba muerta. David la observó más detenidamente. Tenía unas facciones dulces, casi perfectas. Había sido muy guapa. Quiso decirle algo, pero él no la había entendido. ¿Quién era esa niña? ¿De dónde era? ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde estarían sus padres? No tenía respuestas ni tampoco idea sobre cómo terminar todo aquello.

Sacó su móvil y llamó a España. Debía informar a Varun de lo sucedido con el fin de vigilar los datos informáticos en aduanas del puerto mercantil de Orissa, ya que, por lo que estaba viendo, el tráfico de órganos desde aquel almacén había sido productivo hasta ahora.

Pero la llamada no se produjo. Tenía la batería llena, pero no había conexión. Eso significaba que habían bloqueado la señal. ¿Habría alguien esperándole? Recorrió rápidamente la mirada a su alrededor y agudizó el oído. De pronto experimentó un súbito mareo. Cayó en la cuenta de que no tenía idea de qué hora era. «Debo controlarme y relajarme». Respiró hondo. Tenía la sensación de que se encontraba disociado de la realidad. ¿Era real todo eso? ¿Lo estaría

soñando?

Debía salir del lugar. Al entrar en un nuevo pasillo notó una ráfaga de olor a limpio procedente de las rejillas de ventilación.

—Has tenido mucha suerte de sobrevivir, español —dijo una voz.

Por detrás de una mampara salió Rahul Yadav. David le perforó con la mirada. El resplandor de las bombillas que colgaban del techo se le reflejó en el rostro. Llevaba puesta una especie de máscara con la cual podía inhalar gracias a una botella de oxígeno adherida, que tendría un tiempo de veinte minutos, un instrumento más moderno y portátil que el que llevaban los otros hombres con los que anteriormente se había encontrado.

David lo comprendió. Había sido expuesto a algún tipo de virus en alguna de las salas en las que había estado. Quizá estarían probándolo.

—¿Cómo has podido seguirme hasta aquí?

—Soy un profesional, como tú, bueno, mejor que tú. Porque tú vas a morir y yo no. Estabas tan obcecado en entrar en estos laboratorios que no te has enterado de que te estabas infectando por un virus.

David sintió un sudor frío. Intentó moverse, pero se resbaló y se agarró a un mueble metálico. Las luces del techo le daban la apariencia de un espectro. Estaba bañado de sudor. Durante los últimos minutos se había puesto enfermo poco a poco sin haberse enterado. «¿Será este mi fin?». Debía permanecer alerta porque, de lo contrario, acabaría siendo un rival fácil de vencer.

—¿Crees que te has ganado el derecho de matarme? —preguntó intentando permanecer de pie. Sentía calambres en el estómago.

«Toda victoria depende de tu estado anímico. Un hombre fracasa por sí mismo, no por el arma que se use contra él». Las palabras esperanzadoras de Gurú le surgieron en la mente, pero no tenía fuerzas para recapacitar. «Paciencia, David. Economiza fuerza. Calma». «El miedo, David, es el arma. El miedo a ti mismo, no al enemigo.»

Rahul permanecía observándole desde una prudente distancia. Soltó una carcajada.

—Ahí atrás has entrado en una sala de riesgo biológico. Estaban analizando la acción de un nuevo tipo de cepa del coronavirus a través de las células epiteliales de las vías respiratorias. Lo mencionaban en los carteles puestos en las puertas. Deberías haber sido cauto, como yo, pero no te fijaste. Dentro de poco no tendrás fuerzas ni para levantar un brazo. ¿Sabes lo que voy a hacer contigo? —amenazó. Parecía un loco.

David buscó la salida. Debía huir, marcharse cuanto antes. Dio unos pasos hacia la puerta y cayó al suelo de rodillas.

Rahul comenzó a rebuscar entre diversos aparatos quirúrgicos. Sacó un cuchillo.

—Vaya con lo que he encontrado.

David gateó hacia la salida. Agarrándose al pomo de la puerta, se levantó y la abrió cayéndose sobre el primer escalón. Comenzó a gatear escalones arriba. Escuchó la respiración de Rahul cada vez más cercana. De repente, sintió una punzada en la espalda y un desgarro. Hizo un gesto negativo. No lo permitiría. Apretó los puños y, cogiendo impulso de un escalón, se giró y le golpeó el rostro. Rahul cayó hacia atrás, momento que aprovechó David para avanzar hacia el exterior.

Sentía un dolor intenso, demoledor. Las manos le temblaban a causa de la adrenalina. Corrió escaleras arriba y salió hacia el exterior. Cayó en la tierra. Se inclinó hacia adelante, de rodillas, y vomitó bilis. Sentía como si las costillas se le separaran del cuerpo. Jamás había tenido una sensación como aquella. Iba a morir. Lo sabía. Se desplomó en el suelo de costado. Entonces oyó a su asesino salir en tromba al exterior.

—No tienes ninguna posibilidad de vivir. No hay absolutamente nadie en este lugar para salvarte.

David pensó que si tenía que morir, lo haría con dignidad. Apoyó las manos en el suelo e intentó levantarse, pero recibió una patada en un brazo, lo que hizo que cayese al suelo de bruces.

—Por fin voy a matar a David Ribas —exclamó Rahul triunfante.

Le rodeó el cuello con el antebrazo. David enrojeció, le fallaban las piernas, jadeó, giró el cuerpo hacia un lado para zafarse al tiempo que hacía amago de golpearle en el costado, pero sus fuerzas eran tan débiles y los movimientos tan lentos que no conseguía nada.

Rahul se rio a mandíbula batiente, pero algo le llamó repentinamente la atención. Alzó la cabeza hacia el cielo y se puso serio. Lo que vio hizo que soltara a David.

Ocurrió algo tan espectacular como impredecible.

40

Una ola gigantesca surgió desde lo alto de las copas de las palmeras, tiñendo el lugar de penumbra.

Rahul se enderezó, quedando absolutamente petrificado ante el suceso. Se quitó la máscara para ver aquel espectáculo con absoluta incredulidad, movimiento que David utilizó a su favor. De un saltó le agarró la mano que sostenía el cuchillo, lo invirtió y se lo clavó por debajo del mentón hasta perforar la tráquea.

La luz del sol fue despareciendo, como si fuera tapándolo una manta.

David se desplomó en el suelo para ser barrido por una fortísima corriente de agua. El tejado del almacén salió despedido por los aires. Palmeras, barcas, fragmentos metálicos y de madera, todo salió propulsado por el agua hacia el interior. La calma le recorrió el cuerpo, una calma extraña. ¿Estaría muerto? No había nada que pudiera hacer. Flotaba. Se sentía adormilado, sedado. Saldría de aquella situación tan extraña como fuera. Pero ¿y si no lo conseguía? Extendió el brazo y se agarró a lo primero que sus manos pudieron: una madera.

Un tiempo más tarde.

Un golpeteo continuo y rítmico. Dolor. David abrió los ojos, pero no veía nada. Estaba todo en silencio ¿Dónde estaba? ¿Estaba muerto? Qué sensación tan extraña.

Intentó hacer el esfuerzo de tomar conciencia. No estaba ni muerto ni inconsciente. Sentía dolor, aprisionamiento. Parecía tener paralizados brazos y piernas y la sensación de estar cubierto por agua. Se sintió agotado, carente de voluntad. Tenía la boca seca. El cansancio y el sueño pudieron con él.

Mucho después volvió a despertar. Abrió los ojos. Luz, un resplandor que latía y crecía. Alguien se interpuso entre él. Entonces escuchó a gente hablar a gritos. Era un idioma local. Una persona quitó un gran plástico y lo dejó a la vista, atrapado entre los escombros. Poco después, sintió que se encontraba suspendido por los brazos y las piernas a cierta distancia del suelo. Hizo amago de levantar la cabeza y vio a varios lugareños vestidos con lungis. Lo que en un principio le parecían ramas de un árbol caído sobre una montaña de fango resultó ser piernas y brazos.

El sol calentaba con intensidad.

Reconoció el hastial de un hotel que había tomado como referencia para ir al almacén. Pero aquello estaba a más de un kilómetro de distancia. Parecía que la tierra se hubiera tragado todas las infraestructuras de la edificación. ¿Cómo había llegado hasta allí? Intentó recordar que se sintió empujado por una fuerza descomunal y se agarró a una tabla de madera. El corazón le empezó a latir muy deprisa. Sintió dolores por todo el cuerpo. Le comenzaron a doler las piernas, los brazos, la espalda y todo de una forma como nunca antes.

Los habitantes de los pueblos del interior habían acudido a ayudar en la zona en busca de supervivientes. Se oían lloros y gritos por doquier. Muchos eran desgarradores. Unas cuantas ambulancias llenas de cuerpos iban y venían. Conductores de *autorickshaws* y de vehículos privados transportaban a heridos que habían sido rescatados.

Los lugareños que habían encontrado a David lo dejaron apretujado entre otras personas en el remolque de un camión. Todos hablaban muy deprisa en oriya, el idioma oficial de aquel estado.

A él le palpitaba la cabeza y le temblaban las piernas. Era consciente de que estaba herido y había perdido mucha sangre. Si no lo operaban, moriría. Pero ¿cómo pedir ayuda? No tenía fuerzas ni para hablar. Se pasó las entumecidas manos por brazos y piernas para espantar a las moscas, atraídas por las numerosas heridas. Alzó la cabeza por encima del remolque y vio un paisaje devastador.

El lugar donde había estado antes ya no era el mismo. Era como si le hubieran teletransportado a otro.

Barcas, tejados, estructuras de hierro, las palmeras… Todo había sido aplastado. Como si un gigante hubiera pisado la zona. Peor. Era como si hubiera caído una bomba atómica y hubiera destrozado todo. Había mucha gente semidesnuda deambulando sin rumbo y otros chillando en busca de seres queridos.

La multitud pareció tranquilizarse cuando el camión se puso en marcha. Alguien le ofreció agua. Él bebió con gusto, estaba sediento, y devolvió la botella con una sonrisa. Cuando ladeó la cabeza vio muchos cuerpos semidesnudos, jóvenes y mayores. Había incluso cuerpos tumefactos. Exhausto y rendido, suspiró. No tenía fuerza alguna. Apoyó la cabeza contra la estructura de hierro del remolque y alzó el rostro hacia los rayos de un inclemente sol que caía encima casi como plomo derretido.

Cuando llegaron al hospital, aquello era un caos absoluto. Médicos y enfermeras atendían en las aceras. El lugar estaba a rebosar. David observó que el ejército estaba levantando carpas en las inmediaciones, lo más parecido a hospitales de campaña. Estaba tan débil que no se había percatado de que exponía todo el torso, tenía roto el pantalón, pero la camiseta estaba hecha girones. Una enfermera llamó la

atención a un compañero suyo y ambos se aproximaron a atender a aquel extranjero de piel blanca.

—¿De dónde eres? ¿Cómo te llamas? —le preguntaron en inglés.

David estaba tan mal que no tenía fuerzas para responder. La enfermera vio la profunda herida de su espalda, con toda la piel manchada de sangre seca. El barro contra el que había estado tumbado le había ayudado a frenar la pérdida de sangre.

Llamaron a un médico. David vio a un hombre que se acercó y le inspeccionó con rapidez las piernas y los brazos con numerosas heridas purulentas e inflamadas, y oyó que dijo:

—Has tenido mucha suerte de no morir desangrado.

Después ordenó que se lo llevaran en camilla al interior del hospital.

David supo que solo por el hecho de su piel blanca de extranjero era una persona prioritaria para que lo trataran con más deferencia que al resto de heridos de nacionalidad india. La India seguía siendo un país de castas y divisiones sociales. Era consciente de que a los lugareños de las clases sociales más bajas como los adivasis los dejarían en las aceras a la espera de ser atendidos.

Enseguida le pusieron suero. Tenía fiebre muy alta. ¿Cuánto tiempo había permanecido entre los escombros? Más tarde supo que fue encontrado tres días después de aquel devastador tsunami. Tres días después de haber sido salvado por aquella gigantesca ola.

41

Tras ser operado se le asignó una cama. La fiebre le consumió y permaneció varios días en una especie de letargo. Cuando el personal le veía despierto se acercaban y le preguntaban por su nombre y nacionalidad. Él hacía como que no se acordaba y se quedaba dormido otra vez. Pero no podría seguir durante mucho tiempo con aquella farsa. Era consciente de que tarde o temprano la policía aparecería y preguntaría sobre su identidad. Debía evitar que le tomaran huellas o muestras de ADN para conocer su nacionalidad. Necesitaba ganar fuerzas y cuando llegara el momento se escaparía.

Le siguieron limpiando las heridas y los puntos de sutura, pero continuaba débil y con fuertes fiebres que le atacaban más durante la noche. Cuando esa subida de temperatura se prolongó durante días, el doctor que le atendió en un principio ya no supo qué tipo de enfermedad podía padecer. Además, debido al gran número de pacientes no era posible hacer análisis. Un enfermero anotó «malaria» en un documento y así lo pensaron los demás. Dedujeron que era un extranjero que acababa de llegar a la India y tenía bajas defensas en su sistema inmunológico. Pensaron que sería cuestión de tiempo que se recuperara con la fuerte medicación y cuidados que le daban.

Las enfermeras eran muy atentas con él. Le comenzaron a llamar Annan, palabra en idioma tamil con la que se le designa de manera afectuosa a un hermano mayor. Al pronunciarla se omite la n y suena como «Anna». Entonces supo que aquellas mujeres eran de Tamil Nadu, el más al sur de los estados de la India, y escuchar aquella palabra le llenaba de optimismo. Al principio le hacía sonreír, ya que recordaba el nombre español de mujer, Ana. Una noche, un gigante de tez muy oscura le despertó moviéndole el hombro.

—David, David.

Abrió los ojos y se encontró con tres tipos de lo más extraño. Tenían el aspecto de extras en una película sobre la mafia de la India. Pensó que habrían venido para darle muerte. Creyó estar en peligro, le agarró la muñeca al tipo y le hizo amago de doblarle el brazo para inclinarle y así golpearle con la otra mano. Sin embargo, estaba tan débil que sus movimientos fueron lentos y predecibles. El hombre lo detuvo y le tapó la boca con una mano.

—Calma —volvió a susurrar—. Nos manda Hassena *madame*. Te hemos estado buscando durante días. Creíamos que estabas muerto. Te llevamos a Bombay. Tenemos un avión esperando en el aeropuerto.

El director del hospital que hacía su ronda junto con un grupo de enfermeras les llamó la atención.

—¿Quiénes sois? Voy a llamar a seguridad.

Uno de los tres se adelantó, sacó de su bolsillo un grueso sobre y se lo tendió.

—Esto es muy sencillo de comprender. Aquí el paciente es empleado de una embajada extranjera cuyo embajador quiere mantener su situación en secreto y que no trascienda a los medios de comunicación.

—¿Y esto? —preguntó el director mirando el interior del sobre donde había unas cien mil rupias.

—Digamos que una contribución para usted y su equipo por la labor que están haciendo.

—Padece un tipo de virus extraño. Creemos que puede ser malaria, pero no se recupera a pesar de la medicación. Le recomiendo descanso y un confinamiento de al menos un mes. Las heridas en el omoplato están cicatrizando bien, pero si lo mueven mucho hay peligro de que se abran.

—Necesitamos una camilla —dijo el gigante.

El director asintió e hizo un gesto con la cabeza a una enfermera.

—Le daremos todo lo que necesite y tengamos disponible, pero la camilla nos hace falta. Tendrá que llevarse una plegable, de las que nos ha donado el ejército.

Las enfermeras, que habían cogido cariño al paciente, se apresuraron a cambiarle la ropa y colocarle en una estrecha camilla militar.

—Se lo agradecemos —añadió el desconocido.

—¿De qué país es? —preguntó una enfermera.

—De Irlanda. —El hombre mintió con una sonrisa.

—Ah, muy bien. No debería tener ningún problema, pero dentro de una semana tendrán que quitarle los puntos.

—Ahora le daremos los papeles de autorización para el alta, que tendrá que firmar responsabilizándose de la salud del paciente —dijo el director—. Como comprenderá, siendo un extranjero, no queremos hacernos cargo de ninguna responsabilidad si empeora durante el traslado.

En ese momento entró en tropel un grupo de gente con heridos medio desnudos y otros llenos de harapos acompañados de enfermeros. El director se aproximó rápidamente junto con las enfermeras.

Entre el ruido y la confusión formada por los recién llegados los tres hombres sacaron enseguida a David Ribas. Cuando una enfermera volvió con una serie de documentos para que firmaran el alta, ya no estaban. Habían desaparecido junto con Annan.

En aquella parte de India se tardaría en ver a gente paseando despreocupada, incluso reír a alguien. Durante días y semanas los lugareños pusieron fotos de sus familiares y seres queridos desaparecidos en tablones de anuncios, en postes y paredes de hospitales y clínicas. Se aferraban a la posibilidad de, al menos, encontrar sus cuerpos. Hubo quien lo consiguió, pero muchos otros no.

Los cadáveres seguían surgiendo conforme desaparecía el agua del mar. Cuerpos doblados de forma antinatural rodeados de suciedad, tierra y rastrojos, con los ojos hundidos aparecían en las aceras, en tejados y sobre los escombros. Otros continuarían apareciendo flotando en las orillas de la playa, con las barrigas hinchadas y la boca abierta. Fanáticos religiosos atribuyeron aquella furia del mar a un castigo divino. Hubo un periódico que mencionó la posibilidad de que el tsunami podría haberse producido por maniobras militares en alta mar que habrían hecho explotar bombas experimentales. Pero a nadie le importó los seres más vulnerables, los niños. Nadie se preocupó de que miles de ellos se estuvieran pudriendo en tumbas anónimas.

42

Varun Grover levantó el brazo sobre su escritorio y señaló lo que proyectaba la gran pantalla en la sala de operaciones del Cervantes.

—Estas son las imágenes de uno de nuestros satélites.

—¿Qué opinas? —le preguntó Julián.

—Después de ver lo sucedido no creo que haya sido capaz de sobrevivir. La última vez que supe de él fue a través de su dispositivo móvil. La última señal que tengo es de cuando estaba entrando al almacén de logística donde operaba el australiano Miles Campbell, donde se dedicaba al almacenaje y distribución de materiales sanitarios. La tapadera para sus negocios con el tráfico de órganos. —Mostró un antes y después del tsunami. Aún estaba todo invadido por el agua del mar—. Como se puede apreciar, no ha quedaba nada.

Julián extendió las manos.

—Ha sido un agente operativo contumaz. Poseía un buen espíritu de lucha y combatividad. Nos ha ayudado en la lucha contra el terrorismo como nadie hubiera sido capaz. Nuestros éxitos han sido sus éxitos.

—Opino lo mismo —aseveró Varun—. Dedicó su vida a matar a los malos. Fue una persona valiente, profesional como ningún operativo de campo. Era un valioso agente en Asia.

—Así es —añadió Julián—. Se le daba bien matar a terroristas. Siempre demostró tener unas agallas a prueba de bomba.

Laura intervino.

—Me alegra oír vuestras alabanzas, pero ¿no creéis que os precipitas en vuestras esquelas?

Julián la miró con seriedad.

—¿Tú crees que viendo lo sucedido ha tenido posibilidades de sobrevivir? Complácenos. Dinos que perdió el tren y no llegó a la zona antes de que se produjese este desastre y entonces estaré de acuerdo contigo en que sigue vivo. Pero si Varun nos ha confirmado su presencia en la zona minutos antes del tsunami, hay razones para pensar que David Ribas es pasado.

Laura se quedó azorada.

—Aún sigo pensando que pertenece a otra especie.

—¿Qué significa eso?

—Que la supervivencia forma parte de su ser. Es como si tuviera dos pieles y no llegara nunca a mudarlas por mucho que lo desee.

David Ribas tiene un caparazón que le protege de cualquier tipo de peligro.

—Creo que lo subestimas demasiado.

—Puede que sí. Por eso albergo esperanzas de que pronto tengamos noticias suyas.

43

David Ribas estaba tumbado en una cama dentro de la residencia de Hassena, en una habitación habilitada para atención médica. Un tubo de alimentación intravenosa de la bolsa de fluido que colgaba de un gancho al lado del cabecero estaba conectado a uno de sus brazos extendidos. Ladeó la cabeza y observó el tubo transparente por el que descendía el líquido. Suspiró. Levantó la vista y dijo:

—Con tantos dioses que tiene la India ya podría al menos uno de ellos castigar a aquellos que causan daños a los más inocentes.

Hassena dio unos pasos hacia adelante, acercándose al borde de la cama.

—Tienes que asumir que ese tipo de personas no son humanas, son monstruos. Como el terrorismo islámico, son especies de seres mutantes. Se alimentan por el odio y la sinrazón. No se detendrán. Aunque el perro guardián se haya cansado de mantener alejados a los lobos, no quiere decir que los lobos se hayan cansado de alimentarse de ovejas. Más tarde o más temprano reaparecerán aquí o en otro lugar.

—Si lo hacen me tendrán enfrente —dijo David apretando la mandíbula con determinación y haciendo un esfuerzo para hablar. Se acordó de la niña muerta que dejó en el interior del almacén y de la devastación que había causado el tsunami—. Desde hace años llevo matando y he celebrado cada una de sus muertes. Pero el mundo sigue girando, el tiempo sigue pasando como siempre y otro monstruo, quizá aún más depravado, sustituye al difunto.

—Una antigua leyenda sánscrita habla de una conexión kármica entre las personas, un destino escrito, predestinado. Tenemos suerte de que tú seas para nosotros como el ángel de la guarda.

—No, te equivocas. Yo no tengo alas ni me considero una buena persona. Dentro de mí habita un diablo demasiado grande para eso. Debo alimentar mi lado negativo, el de asesino, de lo contrario, si me ablando y me quedo de brazos cruzados, los monstruos ganarán. No pienso permitirlo.

Sintió que los ojos de Hassena escrutaban su rostro y luego ella le puso una mano sobre la suya.

—¿Quieres saber mi opinión?

—¿Que padezco trastorno de estrés postraumático? —respondió con una ligera sonrisa.

—No, que nunca serías feliz llevando una vida ordinaria.

Sí, era tarde para volver al pasado. Sin poner objeción, él apartó la mirada y observó la luz que provenía de la ventana. Fuera, en el exterior, Bombay seguía respirando profundamente, inspirando, expirando, como un animal sin resuello.

El final de David en la India quizá no sería nada satisfactorio ni tendría que ver con las películas de ficción donde todos los cabos sueltos quedan bien atados con un nudo perfecto. Pero, mientras, él continuaría con su cruzada particular: la guerra contra el terrorismo hasta los confines de la tierra, si fuera necesario.

Si disfrutaste de esta novela puedes adquirir cualquier otra entrega de la serie David Ribas pinchando aquí.

Quisiera mencionarte que mi mejor recompensa como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de *No te quedes en casa*. Para mí es de suma importancia tu opinión, ya que me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra.

Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una valoración y opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

Muchas gracias.

Alfredo